

En y contra el Estado



London Edinburgh
Weekend Return Group

Publicado originalmente en inglés como *In and Against the State: Discussion Notes for Socialists* (1979)

Traducción a cargo de Ediciones Extáticas y sus colaboradores. Agradecemos a todos los que han hecho posible la publicación de este libro.

ISBN: 978-84-317-0607-4

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual. De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue editado y maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en noviembre de 2025.

Prefacio a la primera edición

Somos un pequeño grupo de personas que trabajamos para el Estado o para organizaciones que reciben dinero del Estado. Somos socialistas. Creemos que la lucha por el socialismo incluye una lucha contra el Estado, en la que nosotros, como trabajadores estatales, ocupamos una posición clave y, al mismo tiempo, contradictoria. Si queremos trabajar en y *contra* el Estado, debemos encontrar formas de integrar la lucha por el socialismo en nuestro trabajo diario.

La posición de clase de algunos trabajadores estatales¹ es clara. Muchos trabajadores manuales y administrativos del sector público son los peor remunerados de todos los empleados. Para otros es igualmente obvio: son personal directivo con salarios elevados, altos funcionarios, directores de industrias nacionalizadas. Pero ¿qué pasa con las enfermeras, los profesores, los trabajadores sociales? Su posición parece ambigua.

Los que escribimos este libro pertenecemos al grupo intermedio de trabajadores, a los que a menudo se denomina «profesionales». Somos trabajadores sociales, comunitarios, asesores e investigadores. A menudo, este tipo de trabajos pueden parecer como si estuvieran por encima de la clase. Pero se han vuelto cada vez más disciplinados, especialmente desde los recortes en el gasto público, los cuales nos están empujando a todos a posiciones y actitudes similares a las de los trabajadores del capital privado.

1. **NdE:** Aunque cabría pensar que el libro quiere apelar principalmente al funcionariado, realmente su foco es mucho más amplio, siendo por tanto «trabajadores estatales» el término más preciso, pues da cabida a la totalidad de relaciones laborales en las que el Estado es la parte contratante.

No queremos afirmar a la ligera que somos clase obrera. Eso pasa por alto las diferencias reales entre la opresión de las personas, ya que la clase deriva de todo tipo de ventajas y desventajas ocultas, además de nuestros trabajos. Pero los cambios en los trabajos que hemos realizado durante los últimos 15 o 20 años nos han llevado, al igual que a miles de personas en puestos similares, a considerarnos parte del movimiento obrero. Como muchos otros, hemos tomado una decisión. Si no elegimos formar parte de él, inevitablemente elegimos trabajar en su contra. El objetivo de este libro es que elegimos formar parte de la lucha por el socialismo *dentro de nuestros propios trabajos* por la forma en que los realizamos.

Escribimos desde nuestra propia lucha, la lucha contra el Estado. Algunas de nosotras somos mujeres y feministas. Para nosotras, la lucha por cambiar las relaciones dentro de la sociedad no es solo contra el capitalismo, sino también contra el sexismo. La subordinación de las mujeres por parte de los hombres existía mucho antes del capitalismo, pero se ve reforzada por el sistema capitalista y el Estado. La lucha por un cambio en las relaciones entre hombres y mujeres debe ir de la mano con la lucha por el socialismo. No se puede dar por sentado que el sexismo desaparecerá automáticamente en una sociedad socialista.

En nuestro grupo, algunas somos inquilinas, otras somos madres; todas, en algún momento u otro, hemos sido pacientes. Sabemos que no tenemos más remedio que entablar relaciones rutinarias con el Estado para obtener dinero, recursos y servicios. Dependemos y estamos controlados por las prestaciones, las normas y las exigencias del Estado. Como «clientes», también sentimos la necesidad de organizarnos para luchar contra el Estado.

El Estado no es neutral. Proporciona servicios y recursos que la mayoría de nosotros necesitamos: educación, asistencia sanitaria, seguridad social. Pero no lo hace principalmente

por el bien de la clase trabajadora. Lo hace para mantener el sistema capitalista. Aunque pueda parecer que el Estado existe para protegernos de los peores excesos del capitalismo, en realidad protege al capital de nuestra fuerza, asegurándose de que nos relacionemos con el capital y entre nosotros de formas que nos dividen y dejan las desigualdades básicas sin cuestionar.

Creemos que es esencial que el capitalismo se conciba no solo como un sistema económico, sino como un conjunto de relaciones sociales. Determina la forma en que nos vemos a nosotros mismos y a los demás, la forma en que nos tratamos unos a otros, la forma en que algunas personas tienen control sobre la vida de otras.

El Estado también es más que una estructura que administra numerosos servicios y programas. Es un conjunto complejo de relaciones sociales que deben mantenerse para que el capitalismo «continúe». Es característico del Estado que nos trate como ciudadanos individuales, familias, comunidades, grupos de consumidores, todas ellas categorías que ocultan la clase. Mediante este proceso, el Estado parece definirnós a nosotros y a nuestros problemas de formas que nos confunden. Ayuda a ocultar el hecho de que es la *relación capitalista* la que está en la raíz de nuestro problema y da forma a nuestras vidas. El Estado también establece una jerarquía de poder y toma de decisiones. Esta jerarquía es de clase, pero incluye la subordinación de las mujeres y las personas de determinadas razas y religiones. Estos grupos tienen una experiencia especial de la opresión estatal y a veces deben organizarse de forma autónoma, así como junto con otras partes de la clase trabajadora.

Quienes de nosotras trabajamos para el Estado formamos inevitablemente parte de él. Debemos encontrar formas de oponernos desde nuestra actividad diaria, lo que significa romper con las relaciones sociales en las que el Estado nos

involucra y crear formas alternativas de organización mientras luchamos por el socialismo. Si no lo hacemos, lo reconocamos o no, estamos perpetuando una sociedad capitalista, una sociedad explotadora, sexista y racista.

La lucha contra el Estado, contra las relaciones sociales que perpetúa, es constante. El Estado es a menudo una parte frustrante y amenazante de nuestra vida cotidiana, y la lucha contra él es instintiva. Pero a menudo es individual, arriesgada e ineficaz. La lucha debe ser colectiva. Es importante que comprendamos qué formas de acción colectiva desafiarán más eficazmente la forma estatal de las relaciones y proporcionarán una base para construir el socialismo, y que luego nos organicemos en torno a ellas.

Dado que los partidos y los sindicatos, en general, han prestado poca atención al problema de cómo las horas de trabajo de un empleado estatal pueden orientarse contra el capitalismo y hacia una transición al socialismo, hemos descubierto que, cuando nos unimos a ellos, nos vemos limitados al socialismo «fuera del horario laboral». Pasamos nuestras tardes y fines de semana luchando contra el capitalismo, y nuestros días trabajando diligentemente como agentes del Estado capitalista para reproducir el sistema capitalista. Como Penélope, en el mito griego, cosemos cada día el tapiz de la sociedad burguesa e intentamos cada noche deshacerlo antes del amanecer.

¿Hay alguna salida a este dilema sin esperanza? ¿Podemos configurar nuestra actividad diaria de tal manera que evitemos coser el tapiz del capital, podemos obstaculizar en lugar de promover la reproducción de las relaciones sociales capitalistas? ¿El hecho de que nuestro trabajo se desarrolle en el Estado nos brinda oportunidades especiales en este sentido, o se trata simplemente de una ilusión reformista? Estas son las cuestiones que queremos debatir. El objetivo de este libro es proporcionar un marco para ese debate.

En primer lugar, analizamos en detalle la difícil situación en la que se encuentran las personas, ya sea como trabajadores estatales o como «clientes» y súbditos del Estado. A continuación, analizamos más directamente el propio Estado. ¿Cuál es su papel en la sociedad capitalista, cómo se ha desarrollado en los últimos años, cómo ha respondido a la crisis y al cambio, y qué diferencia ha supuesto eso para nosotros? En particular, hacemos hincapié en que el Estado no es solo un conjunto de instituciones, sino una forma de *relaciones* omnipresente. Por último, consideramos la forma que ha tomado la lucha de la clase trabajadora contra el Estado, las formas en que la gente ha visto y aprovechado las oportunidades para oponerse y desafiar la forma del Estado.

El Gobierno conservador elegido en el verano de 1979 está aparentemente atacando muchos aspectos del Estado y recortando aún más el gasto público, lo que provoca la pérdida de puestos de trabajo estatales. Esto confunde a muchas personas, que sienten la necesidad de defender el Estado, pero no sienten que sea «su» Estado y saben que el propio Estado las oprime. Por lo tanto, es aún más urgente que, como socialistas, busquemos formas de luchar de forma opositora, en lugar de limitarse a defender un Estado que sabemos que es indefendible.

Otoño de 1979

Prefacio a la segunda edición

Cuando escribimos el folleto *En y contra el Estado*, le pusimos por subtítulo «Notas de debate para socialistas». Esperábamos que formara parte del proceso de construcción de ideas sobre cómo trabajar por el socialismo y que aportara una nueva dimensión al mismo.

Ha habido discusión, debate, críticas y apoyo. Nos ha animado el hecho de que la gente haya considerado nuestras ideas lo suficientemente importantes. Ha habido discusión, debate, críticas y apoyo. Nos ha animado el hecho de que la gente haya considerado nuestras ideas lo suficientemente importantes como para dedicar tiempo a hablar de ellas, discutir las y trabajar para aclararlas. Parece que *En y contra el Estado* ha logrado reflejar la experiencia de la gente. La respuesta que ha recibido ha confirmado que esto forma parte de la lucha socialista, en la que se necesitan nuevas ideas y formas de acción.

Hemos decidido reeditararlo por varias razones. Nos ha dado la oportunidad de profundizar en nuestra comprensión de las ideas que proponemos y de actualizarlas: desarrollarlas a la luz de la crisis cada vez más profunda y los rápidos cambios que se están produciendo en la forma en que el Estado afecta y controla la vida de las personas. Y nos ha permitido responder a los debates y críticas que se han producido en torno al folleto.

No pasamos del folleto al libro sin reservas. Hemos debatido largo y tendido las cuestiones políticas que implica el cambiar la forma de presentación y distribución. El tamaño y el diseño del folleto, su precio y, sobre todo, las fotografías, que en nuestra opinión a menudo dicen tanto como las palabras, se perderán. Y somos conscientes de que al recurrir a una editorial profesional renunciamos a nuestra producción

y financiación colectiva de *En y contra el Estado*, y retiramos el trabajo de distribución de PDC [*Publications Distribution Co-op*], cuya creación de un colectivo socialista en este ámbito consideramos importante.

Al final, hemos optado por publicar a través de Pluto: creemos que esto significará que *En y contra el Estado* llegará a un grupo diferente y más amplio de personas y, lo que es más importante, garantizará su continua disponibilidad y distribución durante un período de tiempo más largo.

Solo hemos realizado pequeñas modificaciones en el texto original, tratando de aclararlo en aquellas áreas en las que ha habido malentendidos y de simplificar nuestras ideas cuando han sido confusas o confundidas. Es en el *post scriptum* donde hemos intentado desarrollar el debate.

Reconocemos que *En y contra el Estado* se dirige directamente a y habla solo de un grupo de trabajadores estatales. Su mensaje principal trata de las frustraciones, contradicciones y oportunidades que experimentan los trabajadores estatales más «profesionales»: profesores, trabajadores sociales, asesores, enfermeros y trabajadores del SNS [Sistema Nacional de Salud [DHSS en inglés]]. En el prefacio de la primera edición explicamos qué tipo de trabajo hacemos y hemos hecho, y el folleto surgió en gran medida de nuestra experiencia individual y colectiva.

Pese a que el día a día de los trabajos manuales y precarios dista de ser el mismo que el nuestro, creemos que lo planteado aquí es relevante para trabajadores de todo tipo, ya sea en el sector estatal o en la industria privada. Es esencial encontrar formas de luchar por el cambio desde dentro de nuestros puestos de trabajo y vidas privadas; formas de desarrollar una acción de oposición eficaz y organizada que surja directamente de la opresión cotidiana que experimentamos.

Verano de 1980

1. En el Estado

Mucha gente ha empezado a hablar de instituciones como las escuelas, los hospitales, los ayuntamientos y los juzgados como «el Estado». Sin embargo, hace algunos años hubiese sido extraño para la mayoría de la gente usar un término tan complicado y «político» para hablar de cosas tan familiares y cotidianas. Al ver estas instituciones como partes del «Estado», estamos interrogándonos también acerca del Estado británico de hoy en día: ¿es este nuestro aliado, un ente neutral o algo que nos oprime? ¿Cómo podemos influenciar sus acciones? Y muchos interrogantes más.

Estas preguntas aparecen porque cada vez más y más de nosotros y en más y más formas guardamos una relación estrecha con las instituciones estatales. Tomemos el ejemplo de una mujer trabajadora promedio con niños. A mediados del siglo XIX su único contacto con el Estado hubiese sido la ley de *Poor Law Guardians* y la policía. Hoy en día, una mujer así tiene relación con la autoridad educativa encargada de la escolarización de sus hijos, con el doctor y el hospital que tratan su salud y la de su familia, con el Departamento tributario a causa de sus impuestos y con el de Vivienda con relación a su alquiler. Además, servicios sociales le hará una visita, y así también un supervisor de libertad condicional y la oficina juvenil sobre la vida callejera de sus hijos; Hacienda sobre sus ingresos, la Oficina de Empleo o la Seguridad Social si se encuentra en el paro y puede que se dirija a un Juzgado de lo Social por un salario inferior a convenio o a uno Civil por problemas con su casero.¹ Asimismo, es probable que en algún momento de su vida tenga un trabajo en una empresa pública, puesto que alrededor de un tercio

1. NdE: muchas de las instituciones que enumera Conrad son específicas del Reino Unido. Se ha intentado ofrecer un análogo lo más cercano posible en el contexto del Estado español.

de los trabajadores actuales trabajan para el Estado —ya sea como limpiadores, cuidadores, cocineros, trabajadores sociales, arquitectos, profesores, doctores o administradores—.

A menudo se hace una distinción entre nuestra vida pública y privada, pero incluso las partes de nuestra vida consideradas privadas ya no están, si alguna vez lo estuvieron, bajo nuestro completo control y sin influencia alguna del Estado y sus políticas. El Estado parece ahora, en ocasiones, penetrar incluso nuestras relaciones más cercanas con los demás. Más allá del hecho que es el Estado quien nos casa y nos divorcia, la oficialidad tiene una visión muy definida sobre «la familia» y lo que esta debería ser.

Las relaciones entre hombres, mujeres y sus hijos son relevantes para las instituciones estatales y revisten de importancia para las autoridades. Los hombres son nombrados «cabezas de familia» y tienen ciertos derechos y responsabilidades. De las mujeres, como amas de casa y madres, se espera que lleven, con cierto estándar de eficiencia, varios trabajos en los que el Estado también se entromete, como educar a los hijos o cuidar de los mayores y los enfermos. Las viudas son tratadas de forma diferente y reciben beneficios distintos de aquellas que se han separado o divorciado. El desajuste de poder e iniciativa que las mujeres han sufrido tiene su origen en el hogar, en las relaciones sexuales, en la crianza y en el trabajo doméstico. Pero este desajuste no se limita a los confines del hogar: ha extendido su influencia al mundo exterior, al mundo del trabajo y los negocios y de la ley, la administración y el bienestar. Las mujeres se dan cuenta de esto y así señalan que su experiencia con el Estado, como empleadas o «clientes», es en cierta manera una extensión de las desventajas que experimentan en su vida privada.

El Estado también influencia cómo nos relacionamos con la gente con la que trabajamos y con nuestros jefes, con aquellos que están por arriba y por debajo de nosotros en la

jerarquía. Decide, *en parte*, cuánto nos pueden pagar nuestros empleadores y si somos prescindibles o no; pone límites en cómo nos podemos organizar y actuar como trabajadores, e influye en la manera en la que nos relacionamos con otros a través de nuestro trabajo, con nuestros «clientes». Esto es especialmente cierto si somos funcionarios.

NUESTRA EXPERIENCIA CON EL ESTADO ES CONTRADICTORIA

Las formas en las que interactuamos con el Estado son contradictorias y confunden a mucha gente. Parece que necesitamos cosas de él, como guarderías, vivienda o tratamientos médicos, pero lo que recibimos muchas veces es una miseria, tanto cuantitativa como cualitativamente, y además, nos es dado de forma que parece limitar nuestra libertad y reducir el control que tenemos sobre nuestras vidas. El inquilino de vivienda social, agradecido por tener un alquiler, aún podría decir bastante sobre el mantenimiento inadecuado y las regulaciones y normas restrictivas que se le imponen. Como trabajadores del Estado, y a lo mejor como votantes de los laboristas, puede que tengamos esperanzas de que un gobierno laborista velará por los intereses de los trabajadores. Sin embargo, como los obreros manuales contratados por una administración laborista, nos damos cuenta de que estamos igual de explotados y precarizados que en una empresa privada.

Como trabajadores en carreras consideradas como «profesiones», como el trabajo social o la educación, nos topamos muchas veces con problemas imposibles de resolver que tienen su origen en la pobreza o la impotencia de nuestros «clientes». Los recursos que tenemos para mantener nuestra intervención —los presupuestos del Estado de bienestar— son una gota en el océano de la necesidad. Y, además, queda

claro que muchas de las acciones del Estado y de la economía misma empujan en la dirección opuesta, complicando las cosas a los más pobres. Muchas veces sentimos que se nos pide que manipulemos a la gente, que nos sirvamos del apego al hogar de las mujeres o el amor por sus hijos, así como su necesidad de ciertos recursos que controlamos parcialmente y a los que podemos dar acceso para conseguir su colaboración.

Como socialistas siempre se nos ha enseñado que de alguna manera los servicios provistos por el Estado son mejores que aquellos provistos por el sector privado. Mejor estar en manos de un ayuntamiento que de un casero privado, mejor un sistema nacional de salud que los extorsionadores sistemas de seguros médicos privados —y así con todo—. Y esto parece ser verdad, pero sólo hasta cierto punto. De alguna manera lo que recibimos no es jamás lo que realmente hemos pedido. Las listas de espera para las camas de hospital siempre son demasiado largas; se empiezan a introducir importes graduales para tal servicio o aquel. Otro ejemplo fue la promesa de ciudades nuevas después de la guerra —que hizo a Reino Unido famoso por su planificación urbana, pero que, de alguna manera, cuando el proyecto se llevó a cabo, dejó áridos desiertos sociales en los que vivir—. No es solo que las infraestructuras proporcionadas por el Estado son inadecuadas, infrafinanciadas y de gasto mínimo. La manera en que nos son provistos y administrados estos servicios no parecen reflejar nuestras necesidades reales. Las pensiones, por ejemplo, parecen estar congeladas en cierto nivel y ciertas condiciones que poco tienen que ver en como *nosotros* experimentamos el ocaso de nuestra vida. Parecen ajustarse más a las necesidades de los empleadores o del Estado.

Los bienes del Estado nos dejan con mal sabor de boca. Las instituciones estatales son normalmente autoritarias, nos someten y nos constriñen con sus normativas. Y mucha gente

de clase trabajadora parece ser definida por el Estado como «irresponsables», «problemáticos» o «gorrones»; si naces fuera del matrimonio el Estado te define como «ilegítimo».

Todo esto nos deja con la duda: si el Estado no nos proporciona estos servicios tal y como los queremos, no puede ser que realmente lo esté haciendo por *nosotros*. Entonces ¿por qué nos los da?

PROFUNDIZANDO EN LAS CONTRADICCIONES

Algunos años atrás, a finales de 1975 o principios de 1976, la gran amenaza de reducción del gasto estatal comenzó a tomar forma sin impedimento alguno. El recorte de servicios y el abandono de importantes planes de construcción solo empezó a tener efecto gradualmente. Para nosotros cada vez está más claro que las asunciones que muchos hicimos en los sesenta sobre el «Estado de bienestar» eran erróneas. Nuestras esperanzas y peticiones por mejoras generales han sido pervertidas y transformadas en «casos especiales», en un bienestar selectivo inadecuado y con fuertes constricciones.

El Partido Laborista siempre prometió ser un partido de la «reforma». Incluso aquellos que sentían que la reforma no era suficiente o una ruta equivocada para llegar al socialismo, confiaban en que al menos el crecimiento económico combinado con la presión de la clase trabajadora aseguraría una mejora gradual de los estándares de vivienda, sanidad y educación. En la actualidad, cada vez más gente se da cuenta que los «recortes» no significaban un retroceso temporal en una curva general de mejora de los estándares, sino un recordatorio de que el término «bienestar» siempre ha sido ambiguo.

Los recortes y las luchas contra estos, empero, han planteado preguntas útiles en las cabezas de la gente. ¿Puede que nunca fuera *nuestro* Estado de bienestar? Seguimos, aún, enganchados a la idea de que está bien luchar contra la venta de la vivienda social a propietarios privados; de luchar contra la conversión de la medicina en una actividad privada; de la desnacionalización de la industria del acero..., pero a lo mejor no deberíamos plantearnos defender el Estado, ni siquiera el «Estado de bienestar», sino que deberíamos, quizás, luchar por algo mejor. De ser así, ¿cómo consigues lo que está dentro de tus posibilidades, cómo te defiendes de las pérdidas, cómo resistes a la opresión cuando las pérdidas y las ganancias parecen ser dos caras de la misma moneda?

Cuando empezamos a escribir esto ya sentíamos que, basándonos en nuestra propia experiencia como trabajadores estatales y como «clientes» del Estado, teníamos una idea precisa y dolorosa del aprieto en que nos ponía el Estado. Queríamos completar esta dimensión a través de largas conversaciones con personas en varios tipos de situaciones. Decidimos incluir aquí informes sustanciales de lo que nos habían dicho porque nos sorprendía lo agudas que eran las contradicciones que la gente experimentaba, la claridad de sus observaciones y la imaginación que empleaban con tal de encontrar una solución política.

Las conversaciones no se aportan como evidencia, sino para a modo de ejemplo. Las personas seleccionadas y su relación para con el Estado no son una muestra ideal y no cubren, ni tan siquiera representan, todas las facetas de nuestra interacción con el Estado. Reconocemos que tal muestra no representa en su justa medida los trabajadores manuales, los cuales son, de hecho, el grueso del empleo estatal. Tampoco el trabajo clerical, ni tampoco la posición especial que ocupa de la gente negra y otros grupos (los católicos de Ulster)

contra el Estado. Tampoco queda reflejada la opresión del Estado en sus definiciones y trato de las personas homosexuales.

La primera conversación fue con Maureen, una mujer que ha criado una gran familia y que necesitaba al Estado para sus ingresos. Para ella, el Estado es, al mismo tiempo, fuente de independencia y dependencia.

La segunda conversación fue diseñada para que los trabajadores manuales del Estado sacaran a la luz algunas de las contradicciones que enfrentan. Hablamos con John sobre la situación de un conductor de la red de buses de Londres.

Sarah, Neil, Patrick y Mary son profesores, conscientes de que la educación estatal es opresora de muchas maneras, pero cada una tratando de encontrar una forma de enseñar que sientan que es justa.

Joan y Kate trabajan para un consejo de salud municipal. Saben que su trabajo para el Estado consiste en canalizar las protestas para que sean controlables, pero también hablan de cómo podían usar su posición para dar apoyo a la lucha por un sistema sanitario mejor.

La quinta conversación que tuvimos fue con un gran número de trabajadores en dos centros de atención y asesoramiento abrumados con las solicitudes para ayudas del hogar y otros problemas, pero que intentaban desarrollar formas de organización colectivas y con conciencia de clase en su zona.

Cuando hablamos con estas personas les dejamos claro que éramos socialistas, y que para nuestra investigación las habíamos elegido a ellas porque, aparte de trabajar para el Estado, también eran afines políticamente, de modo que podíamos preguntarles sobre las limitaciones y posibilidades de sus posiciones.

Finalmente, tuvimos una reunión con tres militantes del Partido Laborista. Dos de ellos tenían un escaño como concejales en una autoridad local controlada por los laboristas, con esperanzas de poder usar su posición para pujar hacia políticas radicales a favor de sus miembros de clase trabajadora. Su caso es diferente al de la otra gente con la que hemos hablado en la medida en que habían elegido su posición precisamente por lo que sentían que esta podía ofrecer a un socialista. En esto se diferencian de un trabajador estatal, quien puede que simplemente alegue una necesidad de trabajo y dinero.

El registro que sigue a continuación trata con los problemas que la gente experimenta, lo que puede volverse un tanto deprimente. Sin embargo, sentíamos que era importante enumerar las contradicciones minuciosamente, para que las dificultades que plantean no sean subestimadas cuando tratemos, más tarde, de encontrar una forma de sortearlas. Las discusiones nos llevaron a ideas constructivas y optimistas sobre cómo actuar como socialistas o feministas con relación al Estado. Estas esperanzas aparecerán de nuevo más adelante.

MAUREEN

Maureen Murphy vive en el sur de Londres y tiene diez hijos; exceptuando uno, todos son mayores de edad. Su marido murió hace nueve años, cuando el más pequeño tenía seis. Ya ha hecho y ha sacado adelante a sus hijos a través de tejemanejes cuidadosos y extenuantes con un elenco de organismos oficiales. Entre ellos, los más importantes son la seguridad social, la administración de las viviendas sociales, el sistema sanitario, el sistema educativo, la policía y los juzgados. Aun así, sería posible hacer una lista de una docena más de instituciones con las que ha tenido que tratar.

El Estado es más importante para Maureen que cualquier jefe que llegase a pagar un sueldo a su marido. Ella nunca ha dejado de pelear con las autoridades. «No te llevará a ningún lado, no ganarás. Siempre tienen la mayoría. Puedes ir al ayuntamiento y quejarte y gritar, y aun así tampoco conseguirás nada. Si agachas la cabeza y preguntas educadamente, a lo mejor así, sí que consigues lo que necesitas». Ella trata de caerles bien. Al final, «esta gente es importante para mí. Dependo de ellos, no puedo tomar riesgos». Esta buena reputación es importante ya que Maureen cree que hay una conexión entre los distintos organismos oficiales. «Si tienes problemas con uno, los otros lo sabrán. O eso es lo que pienso, da igual».

La familia ha dependido de la seguridad social durante muchos años. Cree que normalmente obtiene lo que se merece, aunque a veces presenta apelaciones contra ciertas decisiones. «El dinero para las zapatillas de Eileen, por ejemplo. Rellené el formulario y expliqué por qué las necesitaba». Le dieron la retribución extra sin necesidad de acudir a un tribunal. La seguridad social no la visita, tampoco le molesta. «Ya me conocen».

Por lo que hace a la vivienda, la familia ha tenido un alquiler social durante 36 años, como inquilinos de GLC. Ahora vive en una casa rehabilitada. «No me dan de qué preocuparme». Pero tampoco hacen reparaciones. Maureen lo acepta como moneda de cambio.

Ella y sus hijos han crecido familiarizados, a pesar de las constantes crisis, con los hospitales cercanos: Kings, St. Thomas's, Guys, Great, Ormond Street, Belgrave, Evelina. La misma Maureen tiene asma y bronquitis, y padece de ataques al corazón. Su hija más joven padece epilepsia leve. Sus hijos han sufrido enfermedades graves y accidentes. Uno tuvo neumonía, otro polio. Otro dejó caer una cerilla en un barril de gasolina y tuvo quemaduras graves en la cara. El

otro se desgarró una pierna con una barra de metal jugando en un sitio donde había caído una bomba y tuvieron que ponerle 32 puntos. Maureen está acostumbrada a tratar con el sistema sanitario y con sus propias preocupaciones. «Te acostumbras, nace de ti. Es como hacer la compra todos los días».

Aprendió que era suficientemente grave como para ir a los grandes hospitales universitarios, aunque prefirió los hospitales infantiles locales, como el Belgrave, ahora amenazado por los recortes presupuestarios del gobierno. «Eran muy buenos con los niños. Iban muchas mujeres. A los niños les daban comida. El Hospital Evelina también era así, pero hace mucho tiempo que cerró». Los médicos de cabecera, sin embargo, no han sido de mucha utilidad para la familia. «No conozco ninguno que esté bien. El médico de mi barrio siempre me hace prescripciones, pero nunca me pregunta cómo estoy. Trabaja mucho, debería hacerse una consulta a sí mismo».

El estado del sistema de salud es tan importante para la familia de Maureen que las huelgas convocadas por los conductores de ambulancias, los médicos y los enfermeros son momentos de preocupación real para ella, donde tiene miedo de no tener a dónde acudir. «Cuando ya han pasado siempre digo que menos mal que no ha ocurrido nada durante su desarrollo».

El sistema escolar ha sido un problema para los hijos de Maureen. La mayoría de ellos pasaron su infancia alejándose de este. La escuela nunca fue capaz de retener su atención. Eileen, siendo epiléptica, lo pasó muy mal durante el tiempo que estuvo en la escuela pública. «Se quedaba en la puerta de clase, no podía entrar. Era incapaz de mezclarse con la gente. No aprendió nada allí».

Entonces, para el alivio de Maureen, el Hospital Great Ormond, le comunicó que debería mandar a Eileen a una escuela de educación especial. Así, fue capaz de usar el sistema sanitario como palanca para acceder al sistema educativo, consiguiendo un sitio para su hija, pero solo tras un año de espera. Durante ese año Eileen estuvo todo el tiempo en casa bajo el cuidado de Maureen. «Verás, no quería que fuese sola por ahí, nunca sabes cuando puede tener un ataque». Esta responsabilidad adicional para Maureen fue causada por una escuela que no tenía ni tiempo ni dinero para gastar en una pobre muchacha. El trabajo de cuidar y afrontar este tipo de problemas puede pasar, así, de manos del Estado a manos de una mujer en casa.

La escuela pública era demasiado grande. «Había demasiados niños y no podían hacerse cargo. No pueden ir detrás de cada criatura todo el rato». Maureen tuvo una reunión oficial sobre el tema con muchos profesores distintos. Después de eso, el único contacto que tuvo con el colegio fue a través de cartas. No recuerda que la invitasen nunca a ningún tipo de evento social o a charlar con algún profesor en concreto.

La «escuela especial» a la que finalmente transfirieron a Eileen no tenía muchos recursos. Era una escuela ideal a los ojos de Maureen. «El director es muy agradable. Además, los padres siempre pueden ir a ver las instalaciones. Te hablan sobre el centro y te dan una vuelta. Hay fiestas de Navidad y días de puertas abiertas. Todos los días llevan y traen a Eileen en bus. Tiene a la misma profesora todo el tiempo. Le dan la medicación a la hora de comer y en caso de no encontrarse bien siempre puede llamarme y decírmelo. Se preocupan mucho por ello. Le gusta mucho, tanto como para quedarse, aunque puede que tenga que dejar la escuela después del verano».

Dado que las escuelas públicas fallaban en conseguir la atención de los niños, las autoridades se encargaban de ellos. La policía local, a cuyos miembros Maureen conoce y respeta como si fuese ella misma parte de la patrulla, la visitaba frecuentemente para decirle «si Eileen no va al colegio acabará en problemas». A pesar de todas las visitas a los juzgados, nunca le han quitado a ninguno de sus hijos. Pero la amenaza de la ley siempre es una preocupación.

Otro de los aspectos del Estado de bienestar en el cual muchos de sus amigos también están involucrados es el de los servicios sociales. Maureen se ha librado ya de los trabajadores sociales. «He tenido a gente de servicios sociales y seguimientos una vez, cuando mis hijos estaban en problemas. Nunca les he seguido el rollo. Cada cosa que les digas, en teoría, se supone que es confidencial, pero ellos lo apuntan todo. Recuerdo una chica que trabajaba en la oficina que una vez me dijo: “He visto tus informes.” Bueno, me descolocó completamente. De todas formas, no creo que tengan nada que ofrecer. Uno de mis chicos siempre estaba abriendo y puenteando coches. Una trabajadora social me preguntó “¿cuál crees que es la respuesta?”. Le dije “no lo sé” y ella me respondió “yo tampoco”. Bueno, lo que quiero decir es, son gente que se supone que saben sobre educación. Si no saben la respuesta, ¿cómo voy a saberla yo? Así, cuando me ofrecieron un trabajador de servicios sociales, lo rechacé. Sentí que no podía pasar por ese absurdo otra vez, siendo tratada de menos constantemente y con el resto de gente leyendo tus cosas».

Maureen contrasta su vida y su relación con el Estado en contraposición con la de su madre, de una generación anterior. La madre de Maureen, que murió recientemente a la edad de 92 años, llevó adelante a su familia en un pueblo irlandés. Enfermo desde los 40, su marido fue más una responsabilidad que una ayuda para ella, por lo que tuvo

que sacar algo de dinero haciendo trabajo doméstico para otra gente. «Tenías que pagar para ir al médico, así que no íbamos. Simplemente intentábamos mejorarnos. Así era. No había ningún tipo de ayuda hasta la pensión a los setenta años. El único problema con el que nos encontramos era pillar fruta de los huertos de otra gente. Aunque lo único que nos decían era “si no os vais, suelto al perro”. Se suponía que el juzgado abría una vez al mes, pero raramente lo hacía. Cuando pasaba, normalmente era porque había alguien que iba sin luz en la bici, o alguien que había dejado a sus vacas sueltas por la carretera. Mi madre nunca se preocupó porque nos metiéramos en problemas o cualquier cosa por el estilo. Nunca pasaba».

Nos dio la impresión, hablando con Maureen, que el equipamiento y servicios del sistema sanitario gratuito y las ayudas harían al Estado actual más atractivo para ella en comparación con el Estado de la época de su madre. Después de todo, el sistema de bienestar le había permitido llevar adelante a su familia sin depender de un hombre o de sus ingresos. Incluso cuando el marido de Maureen vivía, era ella quien tenía que preocuparse de que la familia saliera a flote. «Nunca estaba en casa. Nunca quiso hacerse responsable de los niños». De todos modos, ella no deseaba que las cosas hubiesen sido de otra manera. «No hubiese querido que me mandasen». Y fue el Estado de bienestar el que hizo posible este pequeño grado de independencia para ella. Pero para Maureen estas ventajas no parecen compensar el poder que el Estado tiene sobre ti, especialmente el poder de quitarte a tus hijos. «Es peor para mí de lo que lo fue para mi madre», enfatizó.

Maureen no tenía ninguna duda de que el Estado, tal como reconocen ella y su familia, supone una especial preocupación para las mujeres. «He aprendido a moverme mejor, igual que para muchas mujeres». Maureen no tiene un trabajo

estable, no ha tenido nunca otra ocupación que preocuparse 24 horas sin cesar de sus hijos —ahora en su segundo ciclo, el de ocuparse de sus nietos—. Pero tratar con las estructuras del Estado ha sido para ella una forma de trabajo desde que la calidad de sus relaciones con el Estado determina sus ingresos, su residencia, su salud y la de sus hijos, y el respeto por sí misma.

SOBRE EL TRABAJO EN LOS AUTOBUSES

Hasta hace poco John era conductor de autobús. Lo fue durante tres años, después de seis o siete trabajando de administrativo y de contable en otra industria nacionalizada. Es socialista y está involucrado en organizaciones antirracistas. No esperaba, sin embargo, que trabajar para el Estado tuviera cierto mérito para un socialista. Tenía la idea que su trabajo de «servicio público» en London Transport no merecía más la pena o fuese más gratificante que un trabajo para una empresa privada. Y sus suposiciones eran ciertas.

El salario base en London Transport es bajo. Se dan bonos por horas extras y turnos partidos. Un turno partido puede consistir en 4 horas de trabajo, 4 horas de descanso y de nuevo 4 horas de trabajo. El tiempo de descanso se paga. Esta jornada de trabajo, empero, te trastorna los horarios. E incluso así los salarios son insuficientes y muchos conductores hacen horas extras. Esto se traduce en trabajar uno de los dos días de «descanso» que tienen a la semana. No se les permite trabajar los dos porque iría contra el convenio colectivo del sector. La manera en que el trabajo está organizado es, a su vez, insatisfactoria, puesto que divide a los trabajadores. «En una cochera puede haber 500 personas trabajando, pero normalmente solo ves a tu propio equipo y a los que tienen el mismo turno. Los cambios de turno son frecuentes. Hay mucha gente en la cochera a la que no verás nunca».

Es un trabajo muy estresante. «Eres la persona que tiene que aguantar las salidas de la gente enfadada por el mal servicio y las altas tarifas. Es humillante. Es una ofensiva de dos frentes. Digamos que hay un espacio de una hora entre dos buses. La gente se enfada, lo pagan contigo y tú se la devuelves, aunque sepas que sus intereses y los tuyos en realidad son los mismos. Es esta negatividad la que te hunde». Pero probablemente la carga sobre los conductores es peor. «El estrés de conducir por Londres ha aumentado mucho en los últimos 15 años. Hay coches enormes, atascos y mucho más tráfico».

Los conductores están en el escalón más bajo de la gestión. Su trabajo es supervisado por inspectores de distintos grados. «Tienes que mostrar respeto a los inspectores y llevar a cabo sus instrucciones. Son como capataces. Se creen que son tu jefe. Hacen valer su posición sobre ti. Hacen una formación especial y llevan un uniforme distinto, llevan una placa plateada y pantalones sin dobladillo. Los que están por encima de ellos llevan una placa dorada y pantalones con dobladillo. Estos son los inspectores encargados del control de rutas o hacer las revisiones de billetes». Hay otros en la cochera —que no llevan ningún tipo de uniforme— a cargo de los horarios y la supervisión de la cochera. «Una de las cosas que hacen es revisar si tu llevas el uniforme. Si llevas vaqueros te dicen “¿dónde están tus pantalones grises?”, y si respondes “no me apetecía ponérmelos hoy” el inspector dará parte y te enviará con el responsable de la cochera. Si pasa más de una vez, te envían a Recursos Humanos. Y si llegas tarde un par de veces empiezan a mirar tus registros».

Como inspectores uniformados, London Transport emplea a espías, llamados «*spots*» por los conductores. «Estos *spots* se encargan de revisar si los pasajeros pagan el viaje, pero también que los conductores no se quedan parte del dinero. Si hay paradas o estaciones donde la gente suele bajarse después de un recorrido corto en hora punta, la gente suele

pagar al conductor sin esperar al tique. El *spot* se pone estratégicamente en el arcén contrario para ver si el conductor se guarda o no el dinero».

Por encima de los inspectores está el director de la cochera, y por encima de este Recursos Humanos. Tienen una jerarquía racista y sexista. «Aunque no hay ningún impedimento legal para que las mujeres sean conductoras o inspectoras, estas siguen siendo muy pocas». El número de conductoras va por cuota, y muchas veces las contratan porque no han podido contratar a conductores hombres. Son aún menos los conductores negros.

Con este sistema de gestión sobre tu cabeza y jornadas largas de trabajo con un salario bajo no hay ningún sentimiento de compromiso con los servicios públicos. Para la mayoría es solo un trabajo. «No sorprende a nadie. Aparte del trabajo, se impone toda una ideología sobre la gente de que las empresas estatales son ineficientes, no rentables y pagadas a costa de los contribuyentes. Empresas estatales como London Transport operan de la misma forma que compañías privadas, donde los trabajadores no tienen voz ni voto. Así, ¿cómo van a ver su trabajo como algo útil y que valga la pena? ¿Por qué deberían?». La gente no se queda mucho, hay muchos relevos. Solo un tercio se quedan por cinco años o más. Hay un déficit de miles y miles de conductores en London Transport. «La gente se da cuenta, los pasajeros saben en qué condiciones está el sector. Tienes que estar muy desesperado para hacer un trabajo así».

Aquellos que escogen el trabajo de conductor están tan enajenados por las condiciones, el estrés y la ansiedad constante causada por la vigilancia que entran en una especie de guerra de guerrillas contra las condiciones de trabajo. «Es una lucha diaria. Si quieres, puedes ponerte quisquilloso. Si el bus no

está limpio cuando llega tu turno, o uno de los intermitentes no funciona, puedes usar esto de forma oficial como una razón para no salir».

John describió este tipo de sabotaje desde abajo que lleva a cabo el equipo de autobuseros: «A veces dejan las ruedas sin hinchar. O conducen lentos, yendo por calles de baja velocidad. A veces hay un “agrupamiento” a propósito, cuando varios buses de la misma ruta van uno detrás de otro sin parar. Aunque la mayoría de los casos de “agrupamiento” son consecuencia del tráfico y de otros factores, cuando pasa los equipos pueden aprovecharse de la situación porque no les apetece llevar a nadie o tener un viaje sin problemas. O la gente sale 5 minutos antes para poder aprovechar mejor la pausa del café al llegar al final de la línea. También puedes hacer cosas para molestar a un inspector si este te las hace también. Si te ve llegar 15 minutos tarde y no te dice a dónde tienes que ir, puedes retrasar la ruta de vuelta 20 minutos más y así causarle aún más problemas. Todo esto hace el servicio peor para los pasajeros. Pero eso es secundario. Básicamente, no hay suficientes autobuses, muchos están en mal estado o necesitados de reparaciones, pero no hay suficientes piezas de recambio. Es un mal servicio».

El servicio se ha deteriorado considerablemente en los últimos 20 años. «Antes había cerca de unos 42.000 conductores en London Transport, ahora hay unos 20.000». Los recientes recortes en gasto público han tenido un efecto importante sobre el servicio que se ofrece a los pasajeros, así como en las condiciones de trabajo de los empleados. «Han recortado la flota un 10%. Han racionalizado los horarios. Algunas rutas se han unido, otras recortado, y así con todo. El tema es que las rutas de bus más cortas son inútiles, no cubren el coste-beneficio. En un periodo de seis meses darán

media vuelta y dirán “estas rutas no son rentables”. Mostrarán los datos y los trabajadores tendrán que estar de acuerdo con que las quiten».

La introducción del sistema de «bus de una sola persona» —en el que el conductor se encarga de las puertas y de cobrar— es parte del intento de GLC y London Transport de racionalizar el servicio. Los resultados de esto han sido la pérdida de puestos de trabajo y un peor servicio. «La introducción de los buses de una sola persona ha sido una derrota para los trabajadores de los autobuses. Desde su aparición a finales de los 60, el servicio ha sido destruido poco a poco. En lo que parecía una mejora para el público, ha sido una trampa para los trabajadores», explicaba John.

Están quitando el turno partido. De primeras puede parecer una mejora, pero a la gente le pagaban las horas entre turnos. Ahora están alargando las jornadas de 6 o 7 horas hasta 8. El objetivo es darnos 40 horas semanales. La gestión cada vez nos aprieta más. A través de los años ha ido pareciéndose cada vez más y más a la gestión de un negocio privado. La táctica de los recortes ha sido la de divide y vencerás. Hay recortes en las rutas y empleos en una cochera y a cambio otra gana algunos de estos. Cada cochera acaba preocupándose de luchar por salvar sus propios puestos de trabajo.

A nivel individual los trabajadores también son divididos y enfrentados los unos contra los otros. «La incorporación de los buses de una persona significa una pérdida de conductores y más estrés para los que hacen el trabajo. Pero los conductores que se quedan con estos trabajos (y no hay una falta de demanda) cobran un 25% más que el resto. Así, cada vez hay menos resistencia».

El sindicato que representa a los conductores de London Transport es el *Transport and General Workers Union*. Su postura es completamente defensiva. De hecho, su principal

demanda es para más, y no menos, explotación. «La lucha es por aumentar la cantidad de horas extras que pueden hacer los trabajadores, en vez de luchar por mejores servicios tanto para los empleados como para los pasajeros».

Cuando London Transport introdujo el plan de recortes de buses en 1978 lo presentaron como un hito al sindicato. «El sindicato se opuso, pero no por principios. Defendieron que LT “había hecho mal en no consultarles”. Empezamos con pequeñas huelgas en las horas punta. Esto hizo que London Transport negociara con el sindicato, pero no hubo concesiones mayores ni retiraron su postura, esto es, no dieron marcha atrás con el plan. Solo compensaciones mayores y los recortes se alargaron durante más tiempo: se llevaron a cabo a lo largo de 18 meses en vez de en un año. El 87% participó en estas huelgas, el 13% restante se quedaron a un lado. La mayoría de estos últimos eran conductores de buses de una persona».

La historia tiene un peso en las luchas presentes. La última gran huelga de autobuseros de Londres fue en 1958. Se exigían mejores sueldos y tuvo una duración de 6 o 7 semanas. Sin embargo, los conductores de metro no apoyaron la huelga y esta fracasó. Volvieron al trabajo por un sueldo inferior al que pedían, lo que significaba que entraron en este ciclo de lucha contra los recortes ya desde una posición débil. Y la ofensiva, lejos de unir a trabajadores y pasajeros contra el Estado, creó muchas más fricciones entre ambos grupos. A medida que el servicio se deteriora, los conductores se enfrentan a más abusos. Subida de las tarifas, menos buses, retrasos..., de todo esto se culpa al conductor quien se encuentra preso entre el servicio de transportes y otras secciones de la clase trabajadora.

«¿Debería el conductor responsabilizarse si rompe con la norma de 5 personas de pie en el bus y dejar subir a más pasajeros? Como conductores nos interesa hacerlo porque

recibimos una comisión de £1 por cada colecta de 46£ en billetes. El límite de las 5 personas está decidido por el convenio colectivo, por ley podemos llevar hasta 9. Pero si dejas subir a gente hasta petar el bus es peligroso, dificulta tu trabajo y además quita presión para poner más buses, que es lo que todos necesitamos en realidad».

A más presión sobre los pasajeros y trabajadores a causa de los malos servicios, más resentimiento de los unos por los otros. «Muchos conductores se irritan con los pensionistas que tienen permitido viajar gratis durante algunas horas en Londres. En mi opinión, fue la mejor legislación hecha por un GLC Laborista, pero es más trabajo y más preocupación para los conductores. Lllaman a los pensionistas “Los Wombls²”. ¿Entiendes? Se mueven despacio, necesitas un poco de paciencia, pero tienes prisa, hay presión para seguir con la ruta. Añade tensión al trabajo. Pienso que los pensionistas deberían viajar gratis todo el tiempo, pero hay resoluciones del sindicato de nuestra rama sectorial que dicen que deberían de revocarse este derecho ya que entorpecen el viaje al trabajo de otras personas, en vez de pedir más autobuses».

Hay un riesgo considerable para los conductores de ser agredidos por pasajeros enfadados o borrachos. Uno de cada diez es atacado en algún momento. «La ironía de la situación yace en el hecho de que, desde el punto de vista del gerente, cuánto mejor haces tu trabajo, cuanto más profesional eres, más posibilidades tienes de que te peguen. Deberías poder hacer lo que ellos quieren que hagas, al menos, sin tener que correr el riesgo de salir herido. Muchas agresiones son a causa de los malos servicios. Pasajeros furiosos que van más allá del abuso verbal, que a veces emplean la violencia física».

2. Personajes creados por Elisabeth Beresford con grandes narices y pelo cano que ganaron popularidad en los 70 en Reino Unido al aparecer en un programa de televisión para niños en la BBC.

El problema es que cuando los conductores actúan para defenderse del Estado acaban hiriendo aún más a los pasajeros. «Afecta a la gente con la que quieres solidarizarte, y al día siguiente sufres una agresión; las posibilidades de encontrarte con pasajeros rabiosos se incrementan. Hay que encontrar maneras de participación, de politizar a la gente del sector, pero los cambios de plantilla lo dificultan». Las acciones de huelgas cortas también perjudican a otros compañeros. «Si hay una huelga en la zona de una cochera, otras rutas cargarán con un extra de pasajeros. Cuando en el sindicato se ponen sobre la mesa ideas acerca de que la huelga debería perjudicar más al Estado y menos a la clase trabajadora, como no cobrar el billete en vez de no circular, muchos trabajadores creen que es utópico e impráctico. Ven la lucha en términos económicos. “Si no cobramos no nos pagarán el aumento que pedimos”».

John siente que el sindicato procede de forma burocrática. «Delegados sindicales y comités de empresa han estado ahí durante años. El trabajo sindical es solo una rutina. Es muy difícil insertar la política en todo ello. Es un taller cerrado,³ por lo que no necesitan afanarse para involucrar a la gente activamente, para atraer a gente, para que le vean sentido. Cuando aceptas el trabajo lo que más les interesa es cómo pagarás la cuota».

Aun así, la gente no ha perdido su habilidad para organizarse, para relacionarse después del trabajo y pasárselo bien. El club social de London Transport es muy grande y exitoso, con muchos locales por toda la ciudad. Hay una sala de billar en la mayoría de cocheras, donde también hay gente

3. NdT: *Closed shop* es un término de negocio que designa un lugar de trabajo en el que tienes que pertenecer a un determinado sindicato, una práctica ilegalizada en EE. UU. desde la Taft-Hartley Act 1947 y que ahora refiere a la situación en la que la sindicación es elemento esencial del contrato de trabajo.

jugando a las cartas. Pero no hay ningún tipo de conexión entre estos lazos amistosos, las actividades sociales y las luchas sindicales. «Si el sindicato organiza un baile, solo aparecen dos personas».

TRABAJADORES DE LOS CENTROS DE ASESORAMIENTO

El primer «centro legal» fue inaugurado en Notting Hill a principios de los 70. Muchos más le siguieron en los próximos años, primero en Londres, luego en las áreas suburbanas más pobres de otras ciudades grandes. Actualmente, hay unos 30 por todo el país. Muchas veces se abrieron por iniciativa de socialistas, incluyendo abogados profesionales que querían emplear sus habilidades para ayudar a gente de las zonas más pobres. La mayoría de esta gente se dirigía al Programa de Ayuda Urbana del Ministerio de Interior para el apoyo financiero: la financiación de estas es gubernamental, medio centralizada, medio local.

De forma similar, en el mismo periodo se abrieron centros de asesoramiento menos especializados cuya función principal era dar información a la gente sobre sus derechos. Tanto los centros legales como estos centros más informales se encuentran justo en medio de la línea que separa lo estatal de lo no-estatal; algunos dirán que cruzaron la línea y se convirtieron en organismos oficiales en el momento en que empezaron a recibir dinero del gobierno. Ciertamente, el gobierno los ve como parte de sus políticas. Son una manifestación de la reestructuración del aparato estatal descrita en los capítulos 3 y 4. No obstante, los trabajadores poseen un cierto grado de autonomía y sus propias ideas sobre como deberían operar estos centros, así, su funcionamiento es una lucha diaria.

Por lo general, los centros han tenido buena recepción entre los socialistas, conscientes de las limitaciones económicas que limitan el acceso de la clase trabajadora al sistema legal y los relativamente pocos abogados especializados en derecho laboral y seguridad social, dos ramas que preocupan directamente a la clase trabajadora. Los centros legales parecían ofrecer un mecanismo más efectivo para el uso de estos recursos, pero encontramos que los trabajadores con los que hablamos no tenían muchas esperanzas puestas en la ley. Lejos de ser un medio para mejorar las cosas para la clase trabajadora, les pareció que era una manera de ocultar la realidad de clase de sus «clientes» y distanciarse de una solución real.

Los trabajadores de los Centros Legales nos dieron un ejemplo de las situaciones con las que tienen que tratar. Nos hablaron de una inmobiliaria que tenía pisos en alquiler en su zona.

Esta empresa trabaja en los márgenes de la ley, con consultores legales muy ingeniosos. Muchos inquilinos han venido a vernos por ellos. La forma en que esta empresa trabaja es haciendo beneficio a través de la rehabilitación y la subida del precio de los alquileres de sus pisos. Para hacer esto necesitan llegar a un acuerdo con los inquilinos para que se vayan. Les ofrecen una alternativa habitacional, como incentivo para mudarse. Más tarde, empero, los inquilinos descubren que esta nueva vivienda no pertenece a la misma empresa. Utilizan este tipo de trucos».

Nuestro problema es que el ayuntamiento debería haber comprado los terrenos con los que opera la empresa. Aunque el ayuntamiento no es un casero ideal y habría problemas de todos modos, pero serían problemas de otro tipo. Lejos de comprar propiedades, pero, nuestro ayuntamiento —en el cual gobiernan los conservadores ahora— está vendiendo las viviendas que posee, que la administración Laborista

anterior había comprado. Así, estos caseros asquerosos tienen vía libre. Además, los mecanismos para hacerles rendir cuentas no son muy fuertes, necesitas muchas evidencias para ir a juicio por reparaciones. E incluso los inquilinos más fuertes temen demasiado a la propiedad como para pasar por el proceso. Los propietarios se salen con la suya 9 de cada 10 veces porque los inquilinos no pueden con la presión. Es un proceso lento, casi imposible, obtener reparaciones a través de las Public Health Acts o la sección 32 de la Housing Act 1961. Fíjate, a través de la sección 157 de la Housing Act 1957, puedes acercarte a poner una orden de cierre en un piso. Esto significa que el casero debe echar al inquilino y el ayuntamiento debe realojarlo, pero por encima de todo significa que alguien más se pone a la cola para obtener una vivienda. Y segundo, que el casero, aunque ahora esté obligado a reparar el inmueble antes de realquilarlo, consigue vaciar la vivienda, que es lo que quería en primer lugar.

Los trabajadores de los Centros Legales hicieron énfasis en que este tipo de casos son muy frecuentes. Su trabajo parece ser lidiar con un potencialmente interminable flujo de problemas que sufre la clase trabajadora a causa del capitalismo y el Estado, como los bajos ingresos, el desempleo o el estrés; viviendas caras e insalubres y propietarios rapaces. Los recursos que el Estado les proporciona para llevar a cabo su trabajo —un puñado de salarios, legislación inadecuada o injusta y procesos legales tortuosos— son irrisorios.

En respuesta a su comprensión de las necesidades de la clase trabajadora empobrecida a su alrededor, los trabajadores de este Centro Legal en concreto rápidamente dejaron a un lado el trabajo de «abogacía» para ayudar a los individuos a poner demandas ellos mismos. Desde ahí siguieron con organizar, donde se pudiese, grupos de clientes para apoyarse los unos a los otros. Hoy en día tratan de utilizar su trabajo

de asesorar e informar como un método para movilizar en conjunto grupos para llevar a cabo campañas alrededor de problemas concretos.

Hay mucho en común entre el enfoque de estos trabajadores del Centro de Asesoramiento y el de los centros no profesionalizados que también participaron en esta conversación. Ambos grupos afrontaban problemas y tenían que tomar decisiones muy difíciles.

Por ejemplo, está el problema de las «puertas abiertas». Hay un torrente de casos llegando al centro, una expresión de la profunda necesidad en la que se encuentra la clase trabajadora de la zona. «Es todo un reto únicamente administrar el tiempo y las tareas de recepción. Tenemos dos recepcionistas a tiempo completo, uno de los cuales dejó el trabajo a los seis meses a causa del estrés. Ahora hacemos rotaciones para la recepción, incluyendo un servicio de emergencia 24 horas. Somos muy reticentes a rechazar casos. Aunque con los años hemos ido cerrando más las puertas del centro, no soluciona el problema porque entra más gente cuando abrimos».

En algunos casos, a nivel individual, se puede conseguir algunas victorias, se pueden reparar algunas injusticias. De otro lado, la gente puede adquirir confianza y pasar del derrotismo a la ira a través de llevar a cabo el proceso judicial todo lo lejos que puedan. Y, en términos humanitarios, es complicado rechazar a alguien que te pida ayuda. En un nivel superior es posible, a través de la acumulación de muchos casos exitosos, mejorar el funcionamiento de la ley, de educar a los abogados locales en nuevos casos y más. A menudo, sin embargo, es la presión abrupta de los números lo que te hace quedarte trabajando en estos niveles. «Estoy tan enterrado en los casos que no veo siquiera como puedo trabajar con los grupos».

Los trabajadores, no obstante, saben que lo que pueden conseguir de esta manera es limitado. De todos modos, no hay tiempo para encargarse de todos estos casos y es esencialmente selectivo, puesto que algunos deben elegirse en lugar de otros y una victoria para uno se lleva a costa de la derrota de otro. Es un procedimiento «individualizante» en una situación donde ven que su papel principal es el de elevar la conciencia de clase. Por encima de todo, sienten que todo el trabajo individual es precisamente lo que el Estado quiere que hagan.

Se sienten seguros al afirmar que los centros se inauguraron con el objetivo de dirigir la militancia de la clase trabajadora que pudiese suponer una amenaza a través de canales establecidos que se consideran aceptables. «En vez de ir en masa al ayuntamiento vienen a vernos de uno en uno y pasamos por todos estos procedimientos. Si nos dicen “no tenemos suficiente para seguir adelante”, les damos un panfleto y decimos: “Ah, ¿pero has solicitado la ayuda para la calefacción?”. La contradicción yace en el hecho que los canales sí que funcionan, para algunas personas y algunas veces, y no podemos ignorar esta posibilidad».

A la inversa, los trabajadores sienten que existe la posibilidad de combinar casos que tienen problemas en común y trabajarlos en un dossier, en una organización, en una campaña. Pero la gente en estas zonas no tiene una tradición fuerte de acción colectiva. «No están acostumbrados a organizarse en grupos, están muy aislados y centrados en sus vidas, no están acostumbrados a unirse, a conocer y luchar por sus derechos. No tienen esas experiencias. Han estado quietos durante toda su puñetera vida».

Mientras que la gente actúe como individuos, siempre habrá el riesgo que por las circunstancias acaben compitiendo los unos con los otros. Incluso dentro y entre colectivos hay competición. Las organizaciones, una vez formadas, muchas

veces caen en la rivalidad con otras, se convierte en un juego de tronos. «¿Cómo podría ser si no? Siendo la sociedad tan competitiva». Y una vez que se consiguen algunos objetivos prácticos, los grupos se disuelven. La ética de la competitividad afecta incluso a la clase trabajadora; mientras que los trabajadores sociales del barrio vecino tratan de hacer contrapeso, dirigiendo campañas, exigiendo esto o aquello. Como resultado, ellos han obtenido muchos servicios mientras que nosotros nos hemos quedado atrás.

Como señala uno de los trabajadores, el Programa de Ayuda Urbana está erigido sobre la competencia entre grupos. «Todas las solicitudes llegan en masa, van al grupo de coordinación de voluntarios, te invitan a una reunión y tienes 10 minutos para presentar el caso, para decir por qué tú deberías recibir el dinero y no los otros. Luego hay un debate y votáis. Te responsabilizas de la selección». Es un método que funciona a favor de los más organizados. «Hay un proyecto de enfermería en nuestra zona, por ejemplo. La persona que lo lleva no parece ser un buen orador y no puede defender el caso con mucha persuasión. Me pone malo, de verdad. Me refiero, nos ponen como máxima prioridad, pero a ellos no. El sentimiento es muy amargo, es un divide y vencerás constante».

La organización interna es un trámite particular para los trabajadores de los centros. Si bien, quieren organizarse colectivamente, compartir el dinero, el trabajo y la responsabilidad, las autoridades presionan para que haya un comité gestor y un director, el cual es el portavoz del grupo y el que debe responder a las autoridades. «La gestión colectiva es claramente una amenaza para ellos. Quieren una persona al cargo porque así la pueden contactar, hacerla responsable, deshacerse de ella si fuera necesario...». Los dos tipos de centro tienen a una persona que es buena negociando, manipulando, pero tienen sentimientos encontrados al respecto. «Le vemos sus

usos, pero somos muy críticos. Concentra mucho saber y poder en las manos de una persona y limita los circuitos de nuestra organización colectiva».

Los hechos ocurridos durante el último año, sin embargo, han intensificado las trabas con las que tanto los trabajadores como los centros se encuentran. Trabajan en distritos pobres de clase obrera en Londres, entre administraciones controladas por los Conservadores. Ambos tipos de centro fueron inaugurados en el clima político más permisivo de principios de los 70, como iniciativas voluntarias de los sectores liberales. Con la llegada de los Tories empezaron a ser atacados. Los ayuntamientos dicen que están revisando las operaciones de los centros para ahorrar en gastos públicos, pero la naturaleza de los ataques sugiere una motivación política de estos.

Se imponen barreras en como los centros interpretan su papel. Los ayuntamientos les prohíben trabajar con okupas, activistas antirracistas y huelguistas. A un centro incluso se le prohibió trabajar con cualquier grupo que critica las políticas de las autoridades o de los partidos políticos, y eso incluye también el National Front. Se les exige que vuelvan a un trabajo asistencial más «técnico», bajo el control directo del ayuntamiento. Los trabajadores son muy conscientes de que, o reducen la cantidad de trabajo político que hacen en el ámbito laboral, o perderán la financiación. Se ven en la situación de tener que elegir o mantenerse en bajo perfil, en un intento de salvar su propio centro o de exponerse, uniéndose en una fuerte campaña colectiva contra el cierre de centros similares.

Los trabajadores ven contradictorio el hecho de tener que usar la ley, por lo que les puede ofrecer, y a la vez exponer la fraudulencia de esta. Salirse de la legalidad exhibiendo las direcciones de inmuebles vacíos en las ventanas de estos centros, es políticamente provechoso, pero te la juegas a que

os cierran. Pero, otra vez, si te quedas dentro de la legalidad, puede que estés más seguro, pero perpetuarás el mito de «todos somos iguales ante la ley». A medida que empeora el nivel de vida y el Estado aumenta su control, esta contradicción se intensifica. Los trabajadores están seguros de que cualquier recurso que ayude a la clase obrera a devolver los golpes, como la ley o los centros hacen, debe ser defendido. Pero las mismas tendencias limitan el rango de operaciones y los contragolpes deben ser más y más silenciosos si queremos que sigan funcionando.

PROFESORES

«Una vez que has entrado en el aula y has cerrado la puerta, estás solo», dijo Neil. Dentro de la clase el profesor tiene tanto un grado de libertad como un grado de responsabilidad de lo que acontece en la clase. En esto recae la contradicción principal que experimenta.

Para alguien externo, la relativa libertad del aula parece ofrecer muchas posibilidades para enseñar nuevos valores e ideas a las criaturas y ayudarles a desarrollar una percepción crítica de la sociedad. En nuestro encuentro con cuatro profesores de Londres, empero, descubrimos algunas de las restricciones que hacen que enseñar de forma socialista no sea para nada fácil.

El profesor está controlado ya desde el principio por cómo está planteado el trabajo. Te dan lo mínimo para trabajar y te piden que hagas lo máximo. Estás tú y 30 niños, las clases son demasiado grandes, no hay suficientes libros ni papel. Siempre estás haciendo malabares con un listado de prioridades mientras tratas de darle a los niños unas herramientas para que puedan pensar sobre el mundo y lo que les ocurre.

No es solo la falta de recursos, también el porcentaje profesor-alumno lo que hace que la enseñanza sea difícil. La situación del aula emerge llena de contradicciones para los maestros. Por un lado, el profesor socialista quiere tener una buena relación con los niños, una clase feliz y democrática en que «el poder se desplaza desde la primera a la última fila, organizando así la clase de forma diferente a la imagen que los niños tienen del colegio y a lo que la escuela cree hacer por los niños», dijo Patrick. «Lo que quiero es hacerles ganar confianza en sí mismos». Sin embargo, «el modelo que te dan es autoritario, uno en el cual debes mandar tareas a los niños. Si no crees en eso, tienes que cargarte la disciplina al completo durante un tiempo. Tienes que tragar mucha mierda mientras enseñas a los niños la nueva situación. Los estándares se desmoronan. A ojos de cualquier jefe de estudios o inspector de educación, simplemente no estás haciendo tu trabajo.

Además, «crear una relación personal honesta que desafíe la disciplina no es suficiente», puesto que el caos resultante hace imposible enseñar las cosas que el profesor socialista quisiera enseñar. Hubo opiniones dispares sobre qué es lo más importante entre los profesores con los que hablamos. Patrick sentía que, si consigues que los niños lleguen a ser capaces de pensar por sí solos, ya has hecho bastante. Aunque también reconoce la necesidad de la alfabetización básica, Neil cree que hay mucho más en la enseñanza socialista a parte de rasgar el velo de la falsa conciencia para mostrar una infancia «naturalmente» democrática, no-racista y no-sexista. Algo positivo tiene que ofrecerse en este sentido. Ambos estaban de acuerdo en que a causa del caos en el aula puede que sacrifiques el efecto político que serías capaz de conseguir a través de la enseñanza convencional.

El factor dominante en la vida de muchos maestros es el problema de la disciplina, del control sobre los niños. Absorbe mucha energía y atención y deja muy poco para el análisis del sistema que arroja a profesores y alumnos a este conflicto. En un primer momento, la maestra se siente atada tanto por su responsabilidad para con los estudiantes como por las normas y regulaciones de la jerarquía escolar. Mary sentía, por ejemplo, que había un conflicto con su deseo de dar a las criaturas libertad de expresión y direcciones para su propio bienestar. «Tengo que tenerlos bien organizados para poder hacerles cruzar en dos filas el paso de cebrá delante de la escuela, y esto es claramente una forma de disciplina. Si están muy nerviosos y no los puedo controlar, hay el riesgo de alguno salga herido o incluso muerto. La profesora está una posición extraordinaria porque se encuentra en la parte inferior de la escalera, pero es quien más responsabilidad tiene sobre los niños».

El problema, no obstante, es mucho más complicado que asegurar el bienestar físico de los niños. Uno de los mayores dilemas para los profesores es hasta qué punto enseñar para cumplir con las expectativas de estudiantes y familias —preparación para los exámenes—, en oposición a enseñar a los niños de una forma que los maestros sientan que es útil para enfrentarse a lo que se encontrarán cuando acaben la escuela. «Un montón de estos niños suspenderán los exámenes. No quieres enseñarles a suspender, pero hagas lo que hagas lo harán igualmente. Sería mejor concentrarse en enseñarles sus puntos fuertes».

En una situación donde los *O-levels*⁴ están marcados por la proporción de alumnos requeridos oficialmente a pasar de curso, y no por ningún estándar obtenido por los

4. NdE: Nivel básico dentro del sistema de enseñanza británico donde los requerimientos académicos son distintos a los del nivel *A-level* o nivel avanzado.

estudiantes en el examen, el imperativo para los socialistas debe ser «empezar a intentar enseñarles por qué suspenden», como dijo Neil. Pero como los mismos niños han adoptado algunos de los valores del sistema de enseñanza, esto puede ser muy doloroso. «Les enseñé una cinta de video», nos dijo Mary, «en la que se intenta poner de relieve la idea de que los acentos regionales e idiomas distintos no son inferiores al “inglés estándar”. La cinta hacía sonar más bien ridículos a los que hablaban “inglés estándar”. Los estudiantes de los *O-levels* encontraron bastante doloroso verse reflejados de una manera que echaba por los suelos su aprendizaje».

Sin embargo, las normas y reglamentos y las expectativas del personal de mayor rango jerárquico nunca están lejos del profesor, ya que sirven tanto para reforzar su aislamiento a la hora de hacer frente a las presiones contradictorias del aula como para intervenir cuando las cosas no salen como deberían. La delicada confianza que los maestros establecen con los alumnos puede ser destruida por una directriz desde arriba. «La semana pasada un niño estaba escribiendo todo tipo de grafitis de mal gusto en las paredes. Todos los tutores recibieron la directriz de *registrar* a sus alumnos para ver si llevaban un permanente azul. Esto te pone en una posición horrible». La posibilidad de incursiones desde arriba como esta se cierne sobre todo lo que hace el profesor.

Tu posición en la jerarquía determina más que cualquier otra cosa lo que puedas hacer. Tu rol ya está prescrito. Aunque juguemos con la idea de cambiarlo, hay un rango muy limitado en el cual puedes modificar el papel de la enseñanza tradicional. Es por la forma en que la escuela está organizada y tu sitio en ella. Tómame a mí, por ejemplo, como profesor de enseñanza básica. Tengo un jefe de estudios por encima de mí y un adjunto; y estoy en un departamento que tiene un subdirector y un director. Estos dos sistemas, el sistema

de cursos y el sistema departamental, se cruzan. Por encima de ellos hay cosas como el adjunto y el jefe de la escuela inferior y, por último, el director.

Mary y Sarah eran muy conscientes de la forma en la que la subordinación de las mujeres es una parte de las relaciones jerárquicas dentro de la escuela: Mary sentía como invasivas cuestiones que salían a la luz innecesariamente en su entrevista con el jefe de estudios. «¿Me preguntó si vivía con el padre de mi criatura! Como si tuviera algo que ver con la forma en la que enseño».

Como la enseñanza convencional pone a los maestros bajo este tipo de presiones, muchos profesores socialistas han buscado trabajo en unidades especiales que tienen un menor número de estudiantes y una ratio de docentes relativamente más alta. Sarah vio que enseñar en un grupo especial de «conflictivos» le permitía relacionarse de manera menos formal con ellos y probar las ventajas de la enseñanza en equipo. Mary y Patrick tuvieron una buena experiencia similar trabajando en una unidad médica. Pero igualmente sintieron que trabajar en la periferia del sistema de esta manera significaba que no tienes muchas oportunidades para desafiar las prácticas educativas imperantes. «Puedes hacer cosas increíbles en esta situación, fuera del gran aparato estatal. Pero la mayor parte del tiempo tienes el presentimiento de que estás siendo usado como papelera donde echar todos los problemas con los que las escuelas normales no pueden lidiar. O eso, o eres un experimento del que las autoridades pueden abusar».

Aunque las contradicciones básicas en el aula varían poco con el tiempo, en la actualidad está habiendo cambios y desarrollos fuera del aula de los cuales la mayoría de profesoras entienden que tendrán un efecto tanto en las posibilidades como en los límites de su trabajo. Son el resultado de lo que se ha llamado «el Gran Debate» sobre la educación. Empezó

en 1976 en un discurso de Callaghan, planteando dudas sobre la efectividad del sistema educativo para producir jóvenes aptos para el trabajo en la industria y el comercio. Siguió como un conflicto entre «progresistas», que querían defender su autonomía profesional y sus ideas sobre educar a la gente para la vida, y «reaccionarios», que estaban preocupados por cambiar el sistema educativo para que pudiera orientarse de forma más directa a educar para el mercado laboral.

«Ha habido un cambio fundamental desde entonces. Lo que se llama “el nuevo acuerdo” en educación significa mucha más centralización del poder, más control sobre el currículum y, por otro lado, algunas nociones sobre la participación de los padres y la “comunidad”. Lo que parece estar ocurriendo es el fin del anterior consenso. El reformismo del Partido Laborista y el profesionalismo de los profesores, así como el auge académico de la sociología de la educación, todo esto parece estar desvaneciéndose, dando pie a una combinación de la gestión empresarial y la “participación”». Esta es una combinación habitual, como dejará claro el capítulo 4. Tal y como lo expresa Patrick:

Es un movimiento que trata de tirar más fuerte de las riendas, de ejercer más supervisión y control desde el centro, y esto es algo contra lo que los maestros debemos resistir. Pero a la hora de hacerlo tenemos que clarificar qué es realmente la resistencia para los intereses de la clase trabajadora y qué es simplemente autodefensa profesional. Porque hay un profesionalismo arraigado entre los profesores que ve a la comunidad y los padres, y también a quienes hacen las políticas educativas, como una amenaza.

Ello no obsta para que la introducción de una mayor participación parental (otro de los aspectos del nuevo acuerdo), a ojos de los socialistas, no esté exenta de contradicciones. «Los padres más activos suelen ser bastante reaccionarios. Nada más abres un debate con ellos lo que consigues es que

se pongan ansiosos sobre lo que el colegio está haciendo con sus hijos. Esa es la manera en la que se les ha presentado la escuela». Los padres parecen haber aceptado muy fácilmente los valores competitivos en la educación que los maestros socialistas rehúsan. «Lo primero que los padres negros les preguntan a los maestros es “¿qué podéis hacer para que nuestros hijos dejen de tener resultados ‘por debajo de la media’, como dicen en las noticias?”. No cuestionan la manera de medir tales logros». «Así que no podemos simplemente pedir una mayor apertura de los colegios», dijo Patrick. «Habrá un duro y largo período de negociación. Una cosa que lo hace todo más lento es la forma en la que se mantiene a los profesores alejados de los padres. En mi escuela primero tienen que ir a hablar con el director, quien no sabe nada sobre el problema».

Aunque los profesores veían estos peligros en la «participación de la comunidad y de los padres», también vislumbraron nuevas posibilidades. El Gran Debate puso al menos una cuestión sobre la mesa: ¿frente a quién deben responder los profesores? Y también abrió la oportunidad a los maestros para cuestionar la forma en la que su trabajo está dirigido actualmente a preparar a los estudiantes para el mercado laboral, lo que significa trabajos temporales para la mayoría de ellos.

Los docentes eran conscientes que tenían que involucrarse en la lucha sobre asuntos más amplios en el campo de la educación, pese a que seguir con esta fuera del aula afectaría directamente a lo que es posible hacer dentro de ella. Al mismo tiempo, sentían que había una necesidad de organización colectiva y apoyo mutuo sobre lo que pasa *dentro* del aula. Con relación a esto, estaban decepcionados con su sindicato, el Sindicato nacional de profesores (NUT [*National Teachers Union*]). «El NUT no habla de lo que ocurre en clase. No hay espacio en el NUT para hablar de lo que hacen los profesores en el aula».

TRABAJADORES DEL CONSEJO DE SALUD MUNICIPAL

Los consejos de salud municipal son organismos «participativos» especiales, medio dentro y medio fuera del Sistema Nacional de Salud. Se presentan como «los representantes de los intereses del público en el sistema sanitario». Hablamos con Joan y Kate, dos trabajadoras en un Consejo de salud municipal (CHC [*Community Health Council*]) de la ciudad, una de las cuales es su secretaria. Hicieron énfasis en que, a pesar de que se supone que los CHC son una expresión de la opinión pública, sólo pueden ser entendidos observando con detenimiento el sistema de administración del Sistema Nacional de Salud, en el cual tiene un papel necesario.

La creación de los CHC fue parte de una nueva ola de organismos «participativos» y procesos que proliferaron a principios de los 70. Durante el periodo de reestructuración del Sistema Nacional de Salud, alrededor de 1973, hubo distintas presiones desde diferentes organismos que elaboran políticas para el sistema: por un lado, un mayor control y más centralizado; por otro, una medida formal de participación ciudadana.

Bajo el nuevo sistema, los organismos de gobierno locales del sistema sanitario, responsables de hospitales y centros, se convierten en Autoridades sanitarias de área (AHA [*Area Health Authorities*]). No son organismos electivos. Tienen miembros investidos por otros organismos oficiales interesados. Por encima de ellos está la Autoridad Sanitaria Regional y el Departamento de Salud y Seguridad Social. Dentro del mismo sistema de gestión reformado hay un proceso de «gestión consensuada» donde los referentes de cada especialidad contribuyen a las decisiones que se toman. Esto va acompañado de un complejo proceso de consulta en el sistema.

La parte «participativa» de este mecanismo, el punto en el cual «el público» entra en escena, es el CHC, de los cuales hay uno para cada Distrito Sanitario, con un total de 30 miembros. La mitad son designados por las autoridades locales cuyo territorio cubre el distrito. Estos pueden, aunque no siempre, ser concejales. Del resto, un tercio son elegidos por la Autoridad Sanitaria Regional y los otros dos son escogidos por los voluntarios y las organizaciones de la comunidad de la zona.

La naturaleza contradictoria de los CHC yace en el hecho que ofrece una oportunidad útil políticamente para organizar y dar voz a las opiniones de la clase trabajadora por lo que respecta a la salud. Pero también tiende continuamente a involucrar a la clase trabajadora para legitimar las políticas del SNS. Joan y Kate tomaron cargo siendo completamente conscientes de esta ambigüedad.

El problema inmediato que afrontan es el aluvión de peticiones de ayuda de individuos en situaciones precarias. «No nos llamamos a nosotras mismas un centro de consejos, pero mucha gente viene como si fuéramos tal. Gente con enfermedades que el SNS no puede curar, gente con quejas sobre los médicos, gente desesperada que busca una segunda opinión. Creen que tienes la llave para desbloquear la puerta. A veces se enfadan cuando les dices que no es posible. Es la peor parte de todo el trabajo. Nuestra política es tratar con sumo cuidado con todo lo que atraviesa la puerta, pero no dar consejos. Creemos que sería fraudulento porque hay muy poco que se puede hacer. No es productivo tratar con casos individuales. Hemos decidido que es mejor trabajar en grupos haciendo campaña».

Una anomalía que surge de la inadecuación del SNS es que estos trabajadores del CHC, pese a ser socialistas, a veces se encuentran en la situación en que recomiendan a la gente buscar ayuda del sector privado, de parte de osteópatas, acupunturistas o dentistas —para implantes, sobre todo—.

Una segunda petición sobre los miembros del CHC es el tiempo de consulta oficial. «La Autoridad puede añadir cosas a tu agenda. Tienes que navegar entre todos los documentos que te traen. Con bastante frecuencia estos involucran recortes en presupuestos, cierres de hospitales, etc. Si nos oponemos a cualquiera de sus propuestas debemos presentar alternativas en el plazo de tres meses. Pero no estamos cualificadas para responder estos documentos en sus términos, sería un gran trabajo para nosotras. Ellos han pasado años trabajando en ellos y nosotras tenemos que hacerlo en un tiempo muy corto. Además, somos gente corriente sin ningún tipo de especialización».

Los trabajadores de los CHC también se quejan de que, a pesar de su posición semioficial y el torrente de documentos y planes que reciben, les falta acceso a la información. No se les permite contactar con personal de estatus más bajo dentro del Sistema Nacional de Salud. «Mr. J, el director de nuestro distrito, dice que debemos obtener la información a través de él. Cada día recibe dos cartas de mi parte y debe de estar harto de responderlas. Declara no saber qué documentos enviarnos. “Os ahogaríais en papeleo”, nos dice. Nuestro problema es que no podemos conseguir lo que queremos si no sabemos precisamente cómo se lleva a cabo, qué documento en concreto debemos pedir». Tampoco pueden los trabajadores de los CHC obtener información a través de la observación. Los llevan a los hospitales de visita oficial, «inspecciones formales donde los gerentes y directores te marcan la ruta».

Otro factor por encima del resto que parece encajonarlos es el hecho que se espera que sólo se preocupen del *servicio* de salud, lo cual evita que puedan enfocarse en las causas de la misma enfermedad. «Mucha gente viene a nosotros con problemas de vivienda o contaminación del ambiente, asuntos que son responsabilidad de las autoridades locales, pero

no tenemos ninguna competencia para dirigirnos a estas. Es monstruoso. No podemos hablar de la vivienda, menos del trabajo o de la industria, pero tenemos claro que es el capitalismo el que empeora la salud de las personas». Las estadísticas muestran cómo la gente de clase trabajadora está peor que la gente de otras clases sociales por encima de esta. «Pero nunca se hace ningún tipo de conexión entre la clase, el estrés y la enfermedad».

Los problemas que llegan a los CHC parecen indicar que la salud es un asunto que tiene que ver más con la sociedad que no con la falta de responsabilidad de los pacientes, o con algún tipo de ley natural. «Aun así, el Estado dice a la gente que se curen ellos por su cuenta. Es lo que empezó esta fiebre del running. Se inventaron la cosa esa de la campaña del “*Eating for health*”, diciéndonos que comiéramos menos grasa y azúcar, pero no dijeron nada de que ellos promocionan el consumo de mantequilla a través de subsidios estatales. Y que la mayoría de comida procesada, como comida para bebés, tiene cantidades enormes de azúcar. Culpán constantemente a la víctima».

Joan y Kate sentían que era crucial para los CHC rehusar la idea que solo deberían de involucrarse con el Sistema Nacional de Salud. Como dijo Kate, «para evitar perpetuar la ilusión de que nada puede hacerse respecto a las causas de las enfermedades es muy importante que los CHC se preocupen por estas mismas causas. *Salud* y sanidad».

Este CHC en particular decidió, como tantos otros, que el papel político más importante que tienen no es el trabajo de oficina o la colaboración con las direcciones, sino llevar a cabo campañas. Distinguen estas en tres tipos diferentes: una sobre las causas sociales de la enfermedad, desde «salud y seguridad en las fábricas» hasta los niveles de contaminación en las zonas colindantes con fábricas y carreteras. Están en contra de los recortes y cierres de hospitales y a favor

de un NHS con más recursos, pero también de mejorar la *experiencia* de las personas en sanidad. «Tenemos que luchar contra los cierres de hospitales porque necesitamos camas, equipamiento e instalaciones en esta zona. Cuando un hospital cierra la responsabilidad de los cuidados recae sobre las mujeres de las familias, y las familias ya no pueden más. Pero, como el movimiento por la liberación de las mujeres ha señalado, no debemos cerrar los ojos al hecho de que los hospitales, tal y como son ahora, son autoritarios y la gente lo sabe. Es porque no perciben el sistema de salud como “suyo” que ha habido tan poca resistencia organizada contra los recortes».

Lo difícil para los CHC es encontrar un modelo satisfactorio de responsabilidad y relaciones con la clase trabajadora local. Primero, no se puede asumir que todos los miembros del CHC estarán de acuerdo con su papel de organizadores. Los esfuerzos por las negociaciones de este acuerdo consumen energía. Segundo, la cuestión de establecer lazos con sindicatos y grupos de la comunidad, pero estos suelen desaparecer y algunos de los factores ideológicos que querrían no están presentes: ambos grupos no han acostumbrado a involucrarse en lo que concierne a la salud y la sanidad —excepto los casos de salud y seguridad en el trabajo—. Estos han sido vistos como asuntos privados o de la familia. Así, se nos aparece una lucha desigual entre una jerarquía bien organizada y una clase obrera fragmentada.

Es muy difícil enfrentarse al poder de los médicos pues este se ejerce en situaciones en las que estás solo y en una posición muy vulnerable. Aún no hemos encontrado la manera de hacerlo. Incluso luchar contra los recortes es difícil porque, una vez más, las personas más afectadas, las mujeres que cuidan a sus familiares en casa, son las que menos posibilidades tienen de defenderse. De todos modos, se sentirían muy incómodas emocionalmente al decir: «Bueno, en realidad lo

que quiero es meter a mi madre en un geriátrico» En este tipo de situaciones desarrollar una estrategia socialista coherente parece fuera de cuestión; no está en la agenda. Sin embargo, intentamos seguir *planteando* este tipo de cuestiones, aunque no veamos formas claras de organizarlas, con la esperanza de que las cosas se aclaren con el tiempo.

Incluso en los lugares comunes del conflicto, como la lucha contra los cierres de hospitales, no hay un movimiento real de la clase trabajadora. «Tenemos a cada uno de los “órganos” de la clase trabajadora de nuestro distrito a favor de dar apoyo a la campaña contra el cierre: asociaciones de inquilinos, el consejo de trabajadores, el Partido Laborista, los pensionistas y organizaciones de mujeres. Pero cuando se trata de manifestarse, estos grupos, que sobre el papel son miles de personas, solo son capaces de movilizar al 1% de todas ellas. La única organización de por aquí con una base social activa es la iglesia metodista. El pastor pone panfletos en los libros de misa y siempre se consiguen buenos resultados».

Como los trabajadores de los Centros de asesoramiento, Kate y Joan sienten la falta de apoyo de la masa de la clase obrera; para cualquier sensación de legitimidad dependen de un análisis riguroso de su situación y del hecho de que al menos ellas llevan a cabo una actividad diaria y que están en contacto con mucha gente.

A pesar de todas las restricciones que ambas describen, algunos CHC han supuesto una amenaza al orden de gestión del NHS por haber movilizado miles de personas contra el cierre de hospitales. Como resultado, la tendencia en los DHSS ahora mismo es la de definir los CHC con más precisión y, en particular, involucrarlos más en la planificación del servicio. «A este respecto, Ennals dijo: “Perdón, tengo que cerrar los hospitales en contra de vuestra voluntad. Estos planes fueron diseñados antes de que los CHC fueran creados. No

entendéis nuestros motivos. Lo que haré será abogar por una involucración más activa de vuestra parte en el proceso de planificación a futuro”».

Esto puede parecer que ofrece a los CHC un preaviso y más información. Pero también es una invitación a organizar a la clase obrera para participar de su propia degradación. «Quieren que les ayudemos a decidir qué recortar. En realidad nos está diciendo: “Tendréis la oportunidad de participar en los cierres de hospitales en un futuro cercano”». No todo el mundo se da cuenta de la trampa. «El peligro para nosotros es que algunos de nuestros miembros, gente a la que le gusta estar en comités importantes, se lo traguen. Puede que olviden que forman parte del núcleo que se *opone* a las políticas de la AHA».

EN EL PARTIDO LABORISTA

Muchos socialistas convencidos de que los procesos electorales democráticos son inadecuados para conseguir la transición al socialismo se unen, sin embargo, al Partido Laborista y se presentan a las elecciones, especialmente a las de los ayuntamientos. Esta «izquierda laborista» es importante para otros socialistas que, pese a ser críticos con este partido, saben que se benefician de que ocasionalmente los laboristas de izquierdas sean capaces de asegurar partes del gobierno para llevar a cabo sus políticas progresistas y, en el peor de los casos, mantener alejada a la derecha, sean los conservadores o los partidos nacionalistas.

Vemos en la entrevista con los trabajadores del Centro de Asesoramiento un ejemplo del efecto constructivo de la existencia de ayuntamientos laboristas en otras luchas de la zona. Ayudaron en su creación y, consecuentemente, cuando la mayoría conservadora llegó al poder, acotaron el alcance político de la actividad de los Centros. Sin embargo,

los laboristas de izquierdas suelen ser criticados por aquellos socialistas que prefieren estar fuera del partido y del sistema electoral por haber elegido llevar las desgastadas prendas de la autoridad, hacer falsas promesas y la gestión de la miseria. Por sus fallos, pues todas las administraciones están condenadas a fallar, a la hora de encontrar soluciones a las penurias causadas por el capitalismo, la izquierda laborista se percibe como la responsable misma de llevar al socialismo al descrédito popular en sus tejemanejes políticos.

Hablamos con tres militantes del Partido Laborista, dos de los cuales han sido elegidos concejales en su zona con un ayuntamiento con un fuerte liderazgo de izquierdas. Les preguntamos sobre las posibilidades y limitaciones de su posición.

La autoridad local en la que fueron elegidos es un barrio pobre del centro⁵ con una alta dependencia del Estado para conseguir trabajo y servicios. Las condiciones de la vivienda son miserables, para la mayoría de gente un piso en un bloque de vivienda oficial es lo mejor que pueden esperar. Las grandes inmobiliarias han desaparecido en busca de zonas que den más beneficios. Así, los salarios son bajos, trabajos para la autoridad local —el mayor empleador de la zona— o lo hagas para una de las empresas de limpieza de los edificios de oficinas que dominan el sector. Muchas veces ni siquiera puedes conseguir un trabajo. La presión de vivir y trabajar en tales condiciones se refleja en la alta criminalidad, el vandalismo, el absentismo escolar o la gran presencia policial. Para el 30% de la población de la zona que son negros el racismo forma parte de estos problemas diarios.

5. NdT: en el original, *inner city*. El concepto se refiere a las zonas de vivienda social o de bajo precio que aglutina a gente de clase trabajadora en barrios que no son tales. Esta idea de planificación urbana propia del RU trataba de acabar con la segregación social al incluir personas de clases más bajas en zonas bienestantes.

Estos tres militantes creían que por estar dentro o cerca del poder habían conseguido una posición de la cual se podrían cosechar mejoras prácticas para la clase trabajadora. Fue posible, en esta línea, financiar grupos y proyectos radicales para la comunidad; trabajar con grupos okupas sobre el uso de edificios vacíos; nombrar observadores para acabar con prácticas racistas de la burocracia de las autoridades, sobre todo en lo que respecta con el alojamiento entre muchas otras cosas. Probó también que era posible congelar los precios del alquiler de vivienda social por un tiempo.

Pero también, con cierta incomodidad, se daban cuenta de sus limitaciones. «Hagas lo que hagas, estás dentro del marco del capitalismo; todo lo que hagas contendrá elementos reformistas e incluso reaccionarios. Por lo que acabas metido en el debate sobre qué es “más progresista” o algo así. Y es un debate que vale la pena, pero no es fundamental». Peor aún, los concejales eran conscientes de haber optado por gestionar lo ingestionable. «La realidad es el gasto presupuestario». Las necesidades en esta zona empobrecida eran incalculables y los recursos deficientes. «En servicios sociales se nos ha dado una sexta parte de la financiación necesaria para nuestro plan de trienal, plan que apenas habría empezado a abordar los problemas de la zona». Se encuentran en la difícil situación, por ejemplo, de elaborar una política para una guardería concreta, cuyo cierre está previsto debido a la alta contaminación por plomo en el aire que rodea su patio. No hay dinero para reubicarla. Entonces, ¿deberían apoyar la lucha contra el cierre? ¿Es mejor una guardería tóxica a que no haya guardería?

Las limitaciones impuestas a los recursos por el gobierno central y la resistencia al alza de las tasas locales significaba que lo que parecían haber asumido era la tarea de establecer prioridades, de elegir qué no iba a ser financiado. «El comité

de servicios sociales tuvo que volver a la “campana infantil”⁶ y decir “vale, este es nuestro plan; dadas nuestras restricciones económicas no podemos construir otra guardería sin hacer recortes en otras partes del plan, ¿qué sugerís?”».

En este escenario, los concejales de izquierda lo tenían muy difícil para evitar la trampa de pensar como un gerente y ver de qué manera «limitar la demanda». «En vivienda, un concejal con un trasfondo y retórica revolucionaria fue elegido. Pero incluso él dice ahora cosas como “de donde hay no se puede sacar”, “no puedes hacer la cuadratura del círculo” o “tenemos que pensar sobre las prioridades”». Dan igual tus intenciones, resistirte al lenguaje de la administración es imposible. El problema para los concejales con los que hablamos era encontrar una nueva manera de pensar y luchar, una que resista este punto de vista.

Normalmente, nuestros instintos de clase son más fuertes en lo que a la relación trabajador-jefe se refiere. Lo que le pasa a un grupo laborista, por muy de izquierdas que sea, cuando gana unas elecciones es que se pone en los zapatos del jefe. «Verás, somos la mayor fuente de empleo de la zona. Y la forma en que el ayuntamiento se relaciona con su plantilla es a través de canales muy tradicionales entre la dirección y los trabajadores. Antes de las elecciones prometimos crear un grupo de trabajo sobre democracia industrial para analizar las relaciones laborales del ayuntamiento. Después de las elecciones, no hicimos nada al respecto, hasta que nos lo pidieron los representantes sindicales del Comité Mixto de Trabajo. Fue realmente vergonzoso que fueran ellos quienes tuvieran que plantearlo, después de todo lo que habíamos

6. NdT: en el original, *under-fives campaign*. Hace referencia a una serie de iniciativas de salud pública y política social dirigidas a niños de menos de cinco años, de modo que tengan sus necesidades cubiertas y una mejor calidad de vida en general.

dicho antes». Y aunque cumplieron su promesa al respecto, en la práctica ha resultado difícil para los concejales conectar con sus empleados sobre la premisa de «estar de su lado».

Los concejales reconocieron incómodos que no habían encontrado la forma de transformar las relaciones jefe-empleado.

Creo que, al fin y al cabo, lo que queremos es sacar el máximo partido a nuestro dinero y obtener los mejores servicios posibles. No estamos a favor de que todos los trabajadores del ayuntamiento se tomen cuatro días de vacaciones a la semana solo porque tengamos un consejo de izquierdas.

La otra gran contradicción residía en la relación del ayuntamiento con la población local. Parecía existir un auténtico debate dentro del Grupo Laborista del Consejo municipal sobre cuál debía ser la naturaleza de esa relación. Algunos consideraban que la descentralización y la participación no debían ir demasiado lejos. «Los concejales deben seguir teniendo el control». Sin embargo, esta era una opinión minoritaria. Otra minoría quería una mayor implicación con los grupos comunitarios. Por ejemplo, propusieron la creación de funcionarios de enlace con los inquilinos para estrechar los vínculos entre las asociaciones de inquilinos y el ayuntamiento. Pero la mayoría del Grupo Laborista lo rechazó, porque consideraban que «eso era lo contrario de lo que debíamos hacer». Sería un intento de gestionar el conflicto y contenerlo. Se rechazó precisamente por esa razón. Sin embargo, este mismo grupo perspicaz estaba planeando «la descentralización de los servicios y la consulta a los distritos como uno de los medios para llegar a la población local». ¿Cuál podría ser la relación entre los gestores urbanos socialistas y la clase trabajadora local? ¿Había alguna opción

entre, por un lado, la enemistad abierta y, por otro, que la clase trabajadora se viera envuelta en la «participación» y la lógica gerencial?

Romper con esta última en el papel de los concejales se hace especialmente difícil por la estructura de la autoridad local, la cual refuerza una perspectiva técnica más que política para tratar con los problemas. Las decisiones clave las toma un Consejo Administrativo y una jerarquía sofisticada de personal cualificado asegura su implementación. Los funcionarios más veteranos se aseguran de que los concejales no tengan acceso regular a los funcionarios de niveles más bajos. «Cuando estuve en Servicios de Administración el director me seguía constantemente», dijo un concejal, «y también sus asistentes, así que imagínate ir hacia uno de los pobres trabajadores de allí tratando de hablar con él sobre lo que estaba haciendo o lo que pensaba de su sección a sabiendas de que Mr. X, Mr. Y o Mr. Z podrían estar escuchándole...».

La misma estructura en la que los trabajadores perciben de forma opresiva el trabajo y en la cual los clientes no pueden penetrar restringe a los concejales: «No podemos entrar en la Dirección de Vivienda porque está cerrada con llave para impedir que entren los clientes enfadados. No solo les impide entrar a ellos, sino también a nosotros».

Por supuesto, al igual que los trabajadores del Centro de Asesoramiento, los concejales eran conscientes de que todo lo que hace el ayuntamiento tiene un paraguas legal. «Todo se rige por la ley. Siempre te ves atrapado en cualquier dirección que quieras tomar, realmente encorsetado». Un claro ejemplo de ello es la relación del ayuntamiento con un grupo de trabajadoras locales con salarios bajos. «Una de las cosas que hemos intentado hacer es invertir dinero en cooperativas de trabajadores, y una especialmente importante era la de las mujeres de la limpieza. Son explotadas masivamente por las empresas para las que trabajan. Así que se creó la cooperativa

de mujeres de la limpieza en el norte del distrito, con nuestra ayuda y un gran préstamo a bajo interés. Las invitamos a licitar para los contratos del ayuntamiento. Presentaron una oferta para limpiar el ayuntamiento, calculando la base del salario más bajo que cualquier mujer empleada recibe hoy en día. Y su oferta fue la más alta que recibimos. Por lo tanto, las otras empresas debían estar pagando salarios aún más bajos. Sin embargo, estamos obligados por ley a aceptar la oferta más baja. Así que acabamos apoyando las prácticas de superexplotación de las empresas de limpieza de oficinas, en lugar de la cooperativa de trabajadores».

Es el gobierno central el que establece las normas que rigen las actividades de las autoridades locales, ya que es el gobierno el que controla la asignación de recursos. Es el gobierno central el que impide a los ayuntamientos aumentar los salarios de sus trabajadores, gastar más en mejorar los servicios o mantener bajos los alquileres de las viviendas sociales». Los concejales veían esto como un obstáculo constante. «Si tuvieras un ayuntamiento que apoyara al cien por cien la lucha de clases que se libra en la comunidad y que, desde ese punto de vista, fuera el ayuntamiento perfecto, creo que seguiría estando atrapado en el mismo dilema en el que estamos nosotros ahora.

Eran conscientes de la posibilidad de desafiar abiertamente al gobierno central y a menudo hablaban de ello. Pero creían que embarcarse en tal confrontación podría hacerles perder precisamente aquello por lo que se habían presentado a las elecciones, ya que implicaría un colapso de los servicios prestados por el ayuntamiento. El conocimiento de que su acción podría perjudicar a la población local, ya fuera como «clientes» o como trabajadores, más que (o además de) perjudicar al Estado, era, en su opinión, el principal obstáculo para actuar. «El líder dice que, si desafiamos al gobierno

central y nos arruinamos a nivel local, lo primero que pasará es que no podremos pagar al personal semanal y tendremos a todos los sindicatos en contra nuestra».

Lo que más acentúa la sensación de urgencia de los concejales por encontrar una línea de actuación es su conciencia de que, si están atrapados, es una trampa en la que han caído voluntariamente. Es un papel político que han elegido desempeñar, no una situación laboral en la que se han visto envueltos. Existen pocos modelos de prácticas adecuadas en los que puedan inspirarse. Les preguntamos si creían que los socialistas ajenos al Partido Laborista tenían alguna sugerencia sobre cómo podrían salir de su difícil situación administrativa. Pero consideraban que ninguno de los partidos que permanecen fuera del Consejo quería saber nada de las contradicciones que supone entrar. «No dan la cara. No les interesa».

2. El conflicto

De estas entrevistas emergen graves conflictos. No es que todo el mundo viva el Estado de la misma manera, sino que casi siempre un problema que es experimentado por un individuo o por un grupo se refleja en la experiencia de otros. Trataremos a continuación una serie de cuestiones que parecen ser recurrentes en lo que la gente entrevistada nos relató. Sin embargo, estos asuntos son complicados de separar y localizar al examinarlos, ya que son interactivos. La relación entre el Estado y nosotros mismos es una telaraña inescrutable.

Los recursos que necesitamos nos involucran con relaciones que no necesitamos.

La gran contradicción que parece alzarse una y otra vez en la relación de las personas con el Estado es que sus instituciones ofrecen algunos bienes, beneficios o servicios necesarios: cosas que no podríamos hacer sin el Estado —o que preferiríamos obtener de él antes que de cualquier otro sitio—, aun cuando conseguir las nos ponga en una posición indeseable. Esta contradicción asume distintas formas en nuestras entrevistas. Para ganar cierto grado de control sobre las operaciones de la autoridad local, los políticos de la izquierda laborista pensaron que tenían que luchar por las elecciones. Ahora bien, una vez elegidos se encontraron a sí mismos involucrados en una situación empresarial, de empleadores a trabajadores poco remunerados. Los trabajadores de centros de asesoramiento querían obtener derechos jurídicos para sus «clientes» pero, para hacer eso, ellos y las personas a las que ayudaban tenían que respetar las formas asfixiantes de la ley, someterse a procedimientos legales, y asumir el papel de denunciante.

Se puede encontrar otra expresión de esta contradicción en la entrevista con los profesores. Si las socialistas y feministas aspiran a puestos más altos en el sistema educativo podrían canalizar recursos y defender los intereses de otros profesores progresistas y de los niños de clase trabajadora. Sin embargo, cada vez que escalan, se implican cada vez más profundamente en una organización jerárquica, en mantener y respetar la disciplina, en la administración de reglas y regulaciones. Frecuentemente esto supone también aceptar prácticas cotidianas de sexismo y de racismo.

Un ejemplo extraído de una situación completamente distinta puede ayudarnos a ilustrar la manera en que a veces tenemos que llegar a transigir nuestras *relaciones* para adquirir *recursos*. A través del movimiento okupa, personas necesitadas de vivienda han actuado de manera independiente y directa al okupar casas que estaban vacías debido a la incapacidad o falta de voluntad de administrarlas de los propietarios privados y públicos. A parte de obtener un lugar donde vivir, muchos okupas sentían que el acto de salir de las relaciones de propiedad, de la relación entre inquilino y casero, fue tanto desafiante para las autoridades como alentador para la clase trabajadora. Se sentían bien políticamente sobre ello. Pero muchos consejos locales respondieron a los okupas inventando una ocupación de segunda categoría llamada «licencia» de corta duración para ocupar viviendas. Ofrecieron estas licencias a las personas que vivían en casas okupadas. Esto implicaba una semiseguridad para el okupa, además de un renovado control sobre la administración de la vivienda para la autoridad. En la mayor parte de casos una familia sin hogar necesitaba el recurso físico de la vivienda por la que les fue ofrecida la licencia, tanto que no podían considerar rechazarla. Se sometieron a la comprometida relación entre propietario y licenciatario, y abandonaron los principios de la postura política de la okupación.

El cuidado ayuda al mundo (capitalista) a funcionar.

Un punto conexo, aunque un tanto distinto, es que, como funcionarios encargados de ayudar a las personas a conseguir lo que necesitan (profesores: *O-levels*;⁷ trabajadores sociales: prestaciones adicionales de seguridad social; trabajadores de centros de asesoramiento jurídico: reparación del daño), apoyamos activamente una ilusión engañosa. Se trata de la ilusión de que todo el mundo es igual, con iguales derechos, libertad de acción y acceso a los recursos, y de que el Estado puede ayudar a las personas a alcanzar esta igualdad. Sabemos por la experiencia que esto no es cierto. Sabemos que pocas personas pueden lograr «sus derechos» a través del procedimiento legal, y que los derechos accesibles de esta manera son escasos. Del mismo modo, sabemos que relativamente pocas personas que pasan por el sistema educativo consiguen el certificado de la ESO, y que, además, estos certificados no son todo lo que se podría desear de una buena educación. Sin embargo, en las circunstancias actuales la gente necesita y quiere estas cosas y, debido a ello, queremos ayudarles a conseguirlas. Los trabajadores del CHC y los trabajadores de centros de asesoramiento se encontraron atrapados en esta contradicción en nuestras entrevistas. Estaban incómodos con el trabajo social que se les pidió que hicieran porque era evidentemente necesario, por distintos motivos, tanto para el individuo como para el Estado. Les colocaba en una posición en la que, al desafiar las expectativas que tenía el Estado sobre ellos como trabajadores, parecían perjudicar a las mismas personas a las que querían ayudar.

En este sentido, la trabajadora social, la enfermera o la profesora —al igual que otras— se encuentran en una situación similar en el trabajo a aquella en la que están como madre o amante en el hogar. Ama y cuida porque es humana. Pero ese amor y cuidado están doblemente explotados. Parece

7. NdE: ver nota al pie 4.

suponerle una cantidad injusta y no remunerada de trabajo en el hogar. Y eso le lleva a aceptar trabajos mal pagados y a menudo desoladores fuera de este. Pero si se resiste se arriesga a perjudicarse a sí misma y a aquellos de los que cuida, solo irritando mínimamente al Estado. Los hombres también están involucrados en estas relaciones de cuidado, en ocasiones trabajando en tareas que implican cuidados, y en la medida en que lo hacen, se ven atrapados en la misma contradicción.

Un refugio nocturno⁸

Me han contado que en Nueva York,
 en la esquina de la calle veintiséis con Broadway,
 en los meses de invierno, hay un hombre todas las noches
 que, rogando a los transeúntes,
 procura un refugio a los desamparados que allí se reúnen.
 Al mundo así no se le cambia,
 las relaciones entre los hombres no se hacen mejores.
 No es esta la forma de hacer más corta la era de la explotación.
 Pero algunos hombres tienen cama por una noche,
 durante toda una noche están resguardados del viento
 y la nieve a ellos destinada cae en la calle.
 Algunos hombres tienen cama por una noche,
 durante toda una noche están resguardados del viento
 y la nieve a ellos destinada cae en la calle.
 Pero al mundo así no se le cambia,
 las relaciones entre los hombres no se hacen mejores.
 No es esta la forma de hacer más corta la era de la revolución.

8. BRECHT, *Poemas y canciones*, Alianza Editorial: Madrid, 1997. Disponible online: https://resistir.info/livros/brecht_poemas_y_canciones.pdf

El imperativo de la necesidad.

Tras esta particular contradicción yace el abrumador problema de la necesidad económica física real en el capitalismo. Las necesidades prácticas son tan exigentes que cualquiera con algún tipo de conocimiento técnico o recurso se siente obligado a tapar las grietas. Los profesores sentían la necesidad de actuar como trabajadores sociales, los trabajadores de centros de asesoramiento jurídico como filántropos y defensores. Un gran sentido del cuidado conduce en primer lugar a una perspectiva liberal caritativa, desde la cual resulta complicado avanzar hacia lo colectivo y lo político.

La calidez humana impulsa al funcionario a responder al sufrimiento del cliente individual. Además, muchas de estas instituciones, incluso las consultivas o participativas, tienen algunos recursos financieros, por escasos que sean, destinados a estos propósitos. Si no se utilizan, se desperdician. Sin embargo, su implementación requiere mucho tiempo. Hacer frente a las necesidades de las personas te impide atacar la fuente de la necesidad. Ignorar las necesidades inmediatas y organizar una lucha de mayor alcance, dirigida a los males estructurales, parece ser un lujo difícil de justificar ante las personas pobres, enfermas o sin hogar. Esto se debe a que, en tales circunstancias, a menudo se encuentran reacios o incapacitados para colectivizar su problema y luchar en esas iniciativas. Si alguien acude a la oficina de un CHC adoleciendo de artritis, resulta complicado decirle que se una a un grupo para presionar por un cambio de las prioridades del Sistema Nacional de Salud.

El problema de la elección del funcionario se arraiga en que la mayor parte de la gente tiene pocas opciones. Es difícil para las personas en circunstancias apretadas convertir su

forcejeo personal con el Estado en una lucha política en su contra. Las mujeres con niños y sin apoyo colectivo apenas pueden salir de casa para acudir a una reunión.

El Nosotros asalariado frente al Nosotros consumidor

La red indivisible de nuestra relación con el Estado y con los demás es tal que parece existir un conflicto entre nuestros intereses como asalariados trabajando para el Estado y nuestros intereses como «clientes» de los servicios del «Estado», como consumidores.

Un ejemplo es la dependencia de Maureen de los hospitales, del personal y de los servicios de ambulancias. Sus intereses se ven aparentemente perjudicados por las huelgas de estos trabajadores. Pero muchos de ellos, especialmente el personal auxiliar, son mujeres también, muchas con hijos. Y, dada la actual política sindical, no tienen más remedio que ir a la huelga si quieren tener sueldos más altos o mejores condiciones laborales para poder mantenerse a sí mismas y a sus familias y continuar o mejorar el servicio a Maureen.

El conflicto entre nuestras facetas de asalariado y consumidor, empero, es más ilusorio que real. Las caracterizaciones de la «espiral de salarios y precios» o del «funcionario irresponsable» dejan de lado un tercer término vital: el capital, el cual a menudo es la raíz de los problemas que experimentamos.

El discurso oficial ignora que hay otra parte manipulando la situación a costa de conseguir beneficio o control, lo que en la educación se traduce en la imagen del profesor que se enfrenta a menudo al «alumno» o a los «padres». No obstante, el Estado tiene un interés especial en el buen desempeño de profesor y estudiante. De algún modo, esto pasa desapercibido, lo cual queda patente en la conversación con John acerca de la experiencia de ser conductor de autobuses. El

conductor se contrapone al pasajero de una manera individual y desagradable, de modo que llega a considerar que la lucha consiste en conseguir que haya menos jubilados viajando gratis en los autobuses y durante menos tiempo, en lugar de una batalla contra el Estado por conseguir más autobuses para todo el mundo y más puestos de trabajo de conductor.

Sin embargo, no es solo un problema de conciencia, también lo es de praxis. Si, como funcionario, emprendes cualquier tipo de acción militante, te arriesgas a perjudicar y a enfadar a la clase obrera mucho más de lo que dañarías al Estado. Por medio de la huelga, los trabajadores de hospitales pueden ganar mejoras en sus salarios, lo cual daría lugar a hospitales con mayor número de personal. Pero al tomar esta medida, probablemente alejarían a los pacientes cuya fuerza se necesita en esta campaña y a quienes el hospital está destinado a atender. John nos mostró cómo tanto el sabotaje individual del servicio de autobuses como la huelga apoyada por los sindicatos deterioraron el servicio y empeoraron aún más las relaciones de los trabajadores con la clase obrera londinense que utiliza los autobuses. Los funcionarios militantes y sus sindicatos, en parte debido a las contradicciones de su situación, en parte quizás debido a una visión limitada y cegada por el modo en que se ha desarrollado históricamente la lucha sindical, encuentran dificultades en encontrar respuestas que no dañen a la clase obrera tanto o más de lo que dañan al Estado.

Otro ejemplo de esta contradicción particular ocurre en la descripción, por parte de los concejales, de la relación directiva con sus empleados. Aquí el efecto es el contrario. Asumiendo el papel del Estado, se descubren diciendo: «Vamos a asegurarnos, como miembros de la concejalía que somos,

de explotar *tu* fuerza de trabajo al máximo, para así *daros*, como miembros del público, el mejor y más barato servicio posible».

Entonces, ¿quién nos define a nosotros y a nuestros problemas?

Las categorías de «asalariado» o «consumidor» nos separan. Es el Estado el que parece definir quiénes somos. Cuando hay un desacuerdo en torno a los términos se suele decir que «solo es un problema de definición», como si la definición fuese algo poco importante. Pero cuando un grupo de personas tiene el poder de definir a otro grupo de personas, y la autoridad para hacer que esa definición cale, se producen efectos reales y dolorosos.

El objetivo principal del movimiento feminista ha sido derrocar la definición de mujer que les han impuesto los hombres para poder definirse a sí mismas. La lucha de los homosexuales consiste en definir su propia sexualidad, desafiando la definición limitante que les impone una cultura agresivamente heterosexual. En un mundo social, las definiciones construyen la realidad. La mayoría de las veces tendemos a actuar de la manera en que se nos ha definido. Y el Estado parece tener mucho que ver en nuestra definición. Nos dice quiénes somos y nos confunde sobre cuáles son nuestros intereses: somos inquilinos, padres, contribuyentes.

El Estado también parece representar nuestros problemas de tal modo que mezcla lo que es problemático para nosotros y lo que es problemático para el Estado. A los inmigrantes que sufren discriminación racial, tanto por el Estado como por individuos racistas, se les dice que tienen «problemas lingüísticos».

Los trabajadores del Consejo Comunitario de Salud se frustraron ante la expectativa de que solo se preocupasen del Sistema Nacional de Salud, de forma que les era complicado hablar sobre la cuestión urgente de qué es lo que hace que la gente enferme. Se esperaba que los profesores devaluasen la experiencia de aprendizaje de su alumnado en aras de los exámenes, cuando sabían de antemano que un cierto número de ellos ni siquiera los llegarían a aprobar. Realmente, los exámenes son un problema del Estado, pero se hacen pasar por un problema del alumnado. Enseñar a los estudiantes a confrontar esta realidad era una actividad casi proscrita. Se esperaba que los trabajadores del centro de asesoramiento ayudasen al realojamiento de personas, aun sabiendo que esto haría que otros tuvieran que esperar más por una casa. Un problema de clase se plantea como algo individual.

Queda claro en las entrevistas que la prioridad actual del Estado es la gestión. Aunque se nos diga que el Estado de bienestar existe para ayudarnos con nuestros problemas, parece estar más preocupado por encontrar formas de abordar el problema que *nosotros representamos* para el sistema capitalista. Los trabajadores del CHC, los profesores y los trabajadores del centro de asesoramiento se vieron envueltos en la gestión de conflictos: canalizando la disidencia sobre el cierre de hospitales a través de interminables comités consultivos, perpetuando la ilusión de la igualdad de oportunidades, brindando un canal para que la gente presente quejas sin amenazar el sistema.

De principio a fin, el Estado utiliza el lenguaje y se involucra en prácticas que generan confusión sobre qué problemas nos conciernen a nosotros como clase y cuáles al Estado. Los gestores sanitarios están interesados en dar el alta hospitalaria y mandar a las personas a su casa lo antes posible. Afirman que es lo mejor para nuestra salud y para nuestro ánimo. No obstante, sabemos que les ahorra dinero. Somos

quienes conocemos mejor lo que nos obstaculiza realmente —si nuestras condiciones domésticas ayudarían o entorpecerían nuestra recuperación—. Queremos poder decidir. El conflicto de los trabajadores del Estado es que a menudo se quedan enclaustrados en estas definiciones, especialmente si se piensan a sí mismos como «profesionales neutrales».

La conversación con John, el autobusero, añade una adenda adicional. También los sindicatos se encuentran frecuentemente en el negocio de redefinir nuestros problemas y de convertirlos en afirmaciones de necesidades que podemos aceptar pero que, de algún modo, sentimos que no representan nuestras demandas reales. El sindicato nos dirige a exigir más horas extras en lugar de un mejor salario base, más autobuses y más puestos de trabajo.

LOS TABÚS DEL SEXO Y LA CLASE.

Los trabajadores en centros de asesoramiento, en colegios y en el Consejo Comunitario de Salud dijeron que veían muy complicado utilizar la clase social como explicación, o proponer ciertas formas de acción basadas en la clase, incluso cuando esto les parecía, como socialistas, lo más realista que se podía hacer. En cambio, se sorprendieron a sí mismos hablando de «padres», «pacientes», «individuos», el público, y «población local» no solo cuando querían resaltar estas características y atributos, sino como alternativa para hablar de la «clase trabajadora». Muchos son conscientes de que hacen esto por una razón específica. Se designa así a la gente dentro del ámbito de referencia del trabajo del funcionario, se la agrupa en tales categorías que luego se convierten en la esfera del trabajador. Sus acciones políticas solo tienen legitimidad si se adhieren a estos términos de referencia. Hablar de clase social es «ponerse al descubierto». Mientras que actuemos siguiendo esas definiciones estamos seguros.

Pero cuando acertamos en la forma de ver los problemas, cuando tenemos conciencia del género, de la raza y de la clase, tenemos problemas.

Los trabajadores de centros de asesoramiento tratan a las personas como individuos —aunque, como hemos visto, preferirían no hacerlo—, puesto que su legitimidad deriva de ser asistentes sociales. El «público» implica un interés social más que de clase, de ahí que la misión del Consejo Comunitario de Salud sea «representar los intereses *del público* en el sistema nacional de salud».

En ocasiones la geografía tiene que actuar también como sustituta de la clase. Los trabajadores del Consejo Comunitario de Salud sentían que tenían que buscar las «causas de los problemas de salud en el municipio», a pesar de que eran realmente conscientes de que muchas causas de los problemas de salud de los vecinos tienen que ver con prácticas industriales y modelos laborales que ni siquiera son nacionales, sino internacionales.

Los funcionarios también son a veces reacios a invocar la clase debido a la ambigüedad que sienten en su propia posición de clase, como personas educadas y «profesionales». Y porque algunas personas que son objetivamente de clase obrera no se identifican como tal y dicen: «¿y esto qué tiene que ver con nosotros?».

Aun así, utilizar sustitutos para la clase no es solo el resultado de dejarnos engañar y ser ciegos ante las realidades de clase, o de estar limitados por las competencias de nuestros trabajos. Muchos de los efectos del capitalismo nos golpean de modos específicos sobre los cuales tenemos experiencias compartidas con otros en situaciones particulares similares. Los problemas no se presentan a los padres de los niños del mismo modo en que se presentan a los profesores de esos mismos niños. Los ciclistas no experimentan la carretera del

mismo modo en que lo hace un coche. La vía hacia la conciencia socialista es a menudo a través de tales experiencias compartidas. El desafío está en cómo trascendemos estas categorías, en ver y responder a las causas más fundamentales de nuestros problemas sin perder el sentido de la inmediatez y de realidad, lo que por sí solo puede hacer que la gente actúe.

No obstante, aquí se encuentra una contradicción mayor. Hemos visto que la subordinación de la mujer, ya sea como funcionaria, consumidora o trabajadora doméstica no es solo respecto al Estado, sino también —y con mayor proyección histórica— respecto a los hombres. El Estado ignora las desigualdades de género del mismo modo que oscurece las desigualdades de clase. Los profesores en nuestra entrevista tuvieron que afrontar el tener que convencer a la jerarquía educativa que había algo político en cómo una es dirigida en calidad de mujer, y si debería haber alguna posibilidad de elegir sobre ello. El Estado distingue entre la mujer y el hombre, pero no reconoce que hay una desigualdad implícita en esta distinción. Así que la categoría «mujer» es una que al evocarla las mujeres la sienten como políticamente progresista, y el tabú relacionado que se experimenta es casi tan difícil de afrontar como el tabú sobre la clase social.

LA NECESIDAD DE NUEVAS FORMAS DE LUCHA

Tradicionalmente, los socialistas se han dado a sí mismos dos modelos para reflexionar sobre el Estado. Una perspectiva es ver el creciente control estatal como un paso hacia el socialismo. El otro es ver la lucha cotidiana contra el Estado como periférica o, incluso, irrelevante, puesto que el capital es «el verdadero enemigo».

La primera visión nos decía que la nacionalización era una forma del socialismo. Los conservadores y la Confederación de la Industria Británica se oponen ferozmente a la nacionalización —lo que refuerza la creencia socialista de que «debe haber algo ahí para nosotros»—. Cuando se nacionalizaron las minas de oro se anunció: «ahora la propiedad de la Junta Nacional del Carbón⁹ es *para el pueblo*». En aquel entonces lo creíamos. Creíamos que el Servicio Nacional de Salud era también «para el pueblo». Qué lejos parece ahora. El pueblo ha acabado viendo el Estado como otra cosa. Porque lo que obtenemos no es exactamente lo que le pedimos. De hecho, en muchas ocasiones el pueblo prefiere relaciones sociales privadas. El pueblo a veces crea sus propias alternativas —no capitalistas, sino libertarias— cuando puede, solo porque los suministros del Estado son materialmente inadecuados, incluso opresivos.

La segunda visión nos llevó a pensar que enfocar la lucha de la clase obrera en la política, en el Estado, era un error estratégico. Por ejemplo, a finales de los años sesenta, cuando los trabajadores comunitarios desarrollaron tácticas para una organización comunitaria, a menudo consideraban engañoso animar a la comunidad local a ver al «ayuntamiento» como el principal enemigo. Realmente se trataba no ofuscar la realidad: el verdadero enemigo es el capital. Se realizaron bastantes investigaciones de cómo el consejo local estaba atado al capital local. Esto fue útil: tales conexiones existen y no siempre se comprenden. Pero no era del todo correcto, o no era suficiente. El Estado —ahora lo vemos claramente— es también el enemigo. Que el Estado nos sea relevante, que juegue un gran rol en nuestra vida diaria, que permee y deforme nuestras relaciones entre nosotros, queda patente

9. NdE: La *National Coal Board*, creada por la Ley de nacionalización de la industria del carbón de 1946, se hizo con el control de las minas de carbón del Reino Unido, constituyéndose a todos los efectos como un monopolio legal.

en las entrevistas que hemos registrado aquí. Ninguna de las formas socialistas tradicionales de comprensión del Estado parece ayudarnos a hacernos cargo de los tipos de contradicciones que la gente nos ha descrito.

El ataque de la administración Thatcher a ciertos elementos del Estado —la vivienda social, el Servicio Nacional de Salud, la Comisión de Precios— hace que urja encontrar nuevas maneras de defenderse que no sean el apoyo acrítico a algo que los socialistas, junto a muchas personas de clase obrera —algunas de las cuales votan a los conservadores—, no sentimos que merezca nuestro apoyo... algo que, a su manera, nos explota. Se necesitan nuevas formas de entender el Estado, de teorizarlo, que coincidan con nuestra experiencia. Quizás una mejor teoría puede ayudarnos a decidir cómo resolver problemas de la práctica cotidiana como trabajadores estatales o como personas que tienen una relación rutinaria con el Estado en nuestra vida «privada».

3. Entender el Estado capitalista

Todas las personas con las que hemos hablado han experimentado el Estado como algo contradictorio, opresivo y frustrante. Recurrir al Estado para conseguir lo que necesitamos —o ayudando a otros para conseguirlo— puede parecer una vía de escape frente a las injusticias de una sociedad basada en la búsqueda de beneficio. Sin embargo, en las conversaciones mantenidas apenas se percibe esto. En todas aparece una idea de fondo: la injusticia, la desigualdad y la discriminación de la sociedad también están presentes en el Estado y en todo lo que hace.

NUESTRA EXPERIENCIA RECAE EN EL MITO DEL ESTADO DE BIENESTAR

Es común pensar en el Estado como algo ajeno al resto de la sociedad. A veces se piensa que su función es corregir las desigualdades de la sociedad capitalista, equilibrando la balanza entre ricos y pobres. O incluso cuando el gobierno no hace mucho por los más pobres en el momento dado, hay quien argumenta que lo que debe hacer es cambiar sus políticas, que el Estado *debería* ayudar a corregir más la balanza.

Esta es la ideología «fabiana» predominante en el Partido Laborista: se identifica la expansión del Estado de bienestar con una marcha adelante hacia el socialismo. Según esta visión, el Estado tendría un lado «bueno» (socialista) que incluiría los servicios sociales, la sanidad, la educación y las industrias nacionalizadas, y un lado «malo» (capitalista), que abarca la defensa, el orden o las ayudas a la empresa privada. Desde este enfoque, la lucha por el socialismo trataría de expandir el lado bueno y limitar el malo.

La experiencia de la gente que hemos entrevistado demuestra que una visión tal del Estado no tiene nada que ver con la realidad cotidiana. El contacto de Maureen con el trabajo social no supuso ninguna experiencia de liberación socialista ni solidaridad colectiva —«no podría soportar otra vez una afrenta así, que me menosprecien constantemente y me echen la bronca»—. John describe la red de vigilancia y espionaje en los autobuses gestionados por el Estado y la resistencia y sabotaje constantes de los conductores que desinflan las ruedas o conducen lentamente. Con dificultad se imaginará que de ahí vaya a nacer un sistema racional de transporte socialista. Su experiencia —y la experiencia del resto— se sostiene en una burla de la abstracción vacía de la visión fabiana del Estado.

Es cierto que el Estado del bienestar nos proporciona cosas que necesitamos, nos da «ayudas», pero lo hace de forma que nos aplasta y oprime, perpetuando la misma discriminación que atraviesa el conjunto de la sociedad. Es imposible separar ese supuesto lado «bueno» de la actividad del Estado y considerarlo como representación de los intereses de la clase trabajadora. Como hemos visto, incluso los aspectos de la actividad del Estado que parecen ser los más beneficiosos para los trabajadores son experimentados como opresivos por los que dependen de ellos. Recibimos «beneficios». Pero esto no hace más que confirmar que estamos por debajo, que estamos en la cola de la sociedad, y que todo va acompañado de sumisión, supervisión y control. Que nos den «beneficios» no resuelve nada: plantea la pregunta «¿por qué?». ¿Por qué necesitamos beneficios? ¿Por qué estamos en una posición inferior? ¿Por qué la sociedad es injusta y desigual?

El Estado, por tanto, no es «nuestro» Estado. Es su Estado: un aparato ajeno y opresivo.

Esto se olvida fácilmente cuando el Estado es atacado, cuando los beneficios materiales que obtenemos de este —incluidas las oportunidades laborales— son recortados por los laboristas y ahora más aún por los tories. La reacción inmediata de la izquierda suele ser luchar contra los recortes, salir en defensa del Estado, lo cual implica, como explicaremos con más detalle en los dos últimos capítulos, una gran contradicción al partir de la idea de que el Estado es «nuestro» Estado.

Una de las razones principales por las que los recortes han sido implementados con tanta facilidad —y la razón por la cual la ofensiva de los tories al «omnipotente Estado» ha tenido tanto éxito en las últimas elecciones— es precisamente que la mayoría de la gente no percibe el Estado como propio, sino como una institución opresiva. Maureen, por ejemplo, hace énfasis en que el Estado moderno, a pesar de los recursos que le ofrece, ha empeorado su vida en comparación con la de su madre en Irlanda. Es importante reconocer esto si queremos construir una base realista desde la que combatir las políticas de los tories.

UN ESTADO CAPITALISTA EN UNA SOCIEDAD CAPITALISTA

El Estado no puede entenderse como un ente completamente separado de la sociedad que lo sustenta. Para entender el Estado, necesitamos primero analizar la sociedad en su conjunto.

Vivimos en una sociedad de clases. Vivimos en una sociedad basada en la dominación de una clase sobre otra, una sociedad basada en la explotación. La clase trabajadora produce la riqueza, pero no la controla: le es arrebatada y es controlada por la clase capitalista. Podemos ver señales de esta sociedad de clases a nuestro alrededor: en el contraste entre

ricos y pobre, en la coexistencia de miles de personas sin hogar y la especulación frenética con edificios de oficinas, en las «racionalizaciones» empresariales que arrojan a miles de trabajadores al desempleo, en el antagonismo que recorre cada esquina de la vida social.

La explotación de una clase por otra no es exclusiva del capitalismo. También las sociedades feudales y esclavistas estaban basadas en la explotación. Lo que es específico del capitalismo es la forma que adopta la explotación. La característica esencial es que, bajo el capitalismo, la fuerza de trabajo del trabajador se compra y se vende: es una mercancía. Eso lo distingue de otras sociedades de clases. Los dueños de esclavos, por ejemplo, explotaban a sus esclavos a través de su posesión directa y los forzaban a trabajar a cambio de manutención. Los siervos feudales eran sujetos política y legalmente a su señor y se les exigía trabajar un cierto número de días para él. En ambos casos, la naturaleza de clase de la sociedad era obvia y estaba reconocida por las instituciones políticas y religiosas.

Bajo el capitalismo, sin embargo, las relaciones entre clases resultan menos evidentes. La sociedad sigue basada en la explotación: una clase dominante se apropia y controla la riqueza producida por la clase trabajadora, pero los trabajadores no son propiedad de sus empleadores, ni inferiores política o legalmente a la clase capitalista. Al contrario, son formalmente ciudadanos libres e iguales, igual que los capitalistas. La diferencia real entre ambos es que los últimos poseen y controlan los medios de producción, mientras que los trabajadores no tienen acceso a ellos. Carecen por tanto de los medios de subsistencia si no aceptan un contrato de intercambio con el capitalista.

En este intercambio, el trabajador recibe un salario que le permite comprar comida, ropa, vivienda y lo necesario para vivir. A cambio, le da al capitalista el control sobre su

fuerza de trabajo durante la jornada de trabajo. Lo que el trabajador produce por encima del valor de ese salario —el plusvalor— pertenece al capitalista. De la misma manera que el esclavista se apropiaba del excedente producido por el esclavo y el señor del producido por el siervo, el capitalista se apropia del excedente generado por el trabajo. La diferencia es que, bajo el capitalismo, la explotación tiene lugar sobre la base de relaciones formales de aparente igualdad.

En las sociedades precapitalistas las divisiones de clases permeaban de forma clara todos los aspectos de la vida social. En el capitalismo la explotación se presenta bajo un velo formal: un velo de libertad e igualdad de intercambio. Los trabajadores son «libres» de intercambiar su fuerza de trabajo en el sentido de que reciben valor equivalente al dinero necesario para asegurar su supervivencia y reproducción. Pero el intercambio «justo» permite la explotación, ya que no reciben el valor completo de lo que es producido por su trabajo en acción.

Esto no significa que todos los trabajadores estén engañados por esa apariencia de libertad e igualdad ni que piensen que la explotación no existe. Nada más lejos. Pero sí significa la base para un conjunto completo de formas sociales que protegen el statu quo negando la explotación de clase. Así, las negociaciones salariales, por ejemplo, toman como punto de partida la supuesta igualdad formal entre el obrero y el capitalista. El eslogan «¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!» parte de esa justicia e igualdad, ignorando totalmente la relación de explotación que subyace al contrato entre trabajador y «empleador». Y sobre esta base se construye toda una red de derechos y obligaciones mutuas entre el trabajador y el capital que hace esas mismas asunciones. La noción de «despido improcedente», por ejemplo, presupone que lo contrario —el empleo (es decir, la explotación)— es justo.

Cuando decimos, pues, que bajo el capitalismo las relaciones de explotación de clase «aparecen en la superficie» como relaciones entre individuos libres e iguales, no decimos que todo el mundo se crea esta apariencia. Nos referimos a que el modo en que los trabajadores se relacionan con los capitalistas —a través de la venta de su fuerza de trabajo en el mercado— pone la base para una hueste de estructuras sociales que aíslan a los miembros de cada clase y que los tratan como individuos iguales con derechos y obligaciones mutuos. Capitalistas y trabajadores no solo son presentados como «empleados y empleadores» —como si fuera una relación natural y justa—, sino también como «caseros e inquilinos», «productores y consumidores», o mezclados indiscriminadamente en «pacientes», «pasajeros», «votantes», «contribuyentes», etc. La sociedad parece hecha por millones de relaciones interconectadas, pero fundamentalmente fragmentadas y sin estructura aparente. Nos enfrentamos a un sinfín de formas distintas de relacionarnos con los demás, los cuales parecen negar la existencia de las clases y de la explotación.

¿QUÉ HACE QUE UN ESTADO SEA CAPITALISTA?

Suele pensarse en el Estado como capitalista por lo *que hace*: defender la propiedad privada, mantener bajo control los piquetes, otorgar subsidios a los monopolios, proporcionar mano de obra barata a la industria, etc. No obstante, en las conversaciones descritas en el capítulo 1, se sugiere que su función es al menos tan importante como *la forma* en que hace las cosas; es decir, las relaciones sociales que son intrínsecas a la organización y la actividad del Estado. Lo que hace que el Estado sea un Estado capitalista es la forma en que se encuentra dentro de la estructura completa del conjunto de las propias relaciones sociales capitalistas.

El capitalismo es un sistema particular de relaciones sociales, de relaciones de clase, que en la superficie se presentan como relaciones entre individuos libres e iguales. La naturaleza capitalista del Estado se expresa en la manera en que refuerza estas relaciones. Las categorías del Estado —es decir, las categorías a través de las cuales el Estado lidia con las personas— se construyen sobre las categorías del intercambio y constituyen una capa adicional de protección sobre las relaciones de clase de la sociedad capitalista.

Empezando por el intercambio «libre» de mercancías —incluida la fuerza de trabajo del trabajador—, toda la estructura del sistema político se construye sobre la igualdad y la ciudadanía, o sobre distinciones que *no* remiten directamente al antagonismo fundamental de la producción capitalista. Se nos trata como ciudadanos, votantes, contribuyentes, pacientes, solicitantes de ayuda social, empleadores, empleados, fumadores, no fumadores; en un amplio abanico de categorías, pero nunca en la base de clase, nunca desde el punto que permitiría alzar explícitamente la cuestión de la explotación y la dominación de clase. Así, estos temas quedan fuera del debate político. *La explotación se da por supuesta antes incluso de que empiece la política burguesa.*

Los conflictos dentro de los límites de la política burguesa solamente conciernen a la estructura de las relaciones sociales edificadas en la explotación: esos conflictos pueden ser importantes, pero nunca abordan la pregunta fundamental sobre la propia explotación de clase. Este es el significado de la distinción entre política y economía: consolidar esa distinción —tal como hace toda la estructura del sistema político burgués— significa que, desde el principio, uno se aísla de comprender la política como uno de los aspectos de un sistema de relaciones de producción y explotación.

El Estado, por tanto, no es solo una institución. Es una forma de relación social, una práctica de clase. En concreto, es un proceso en el cual se proyectan sobre nuestra vida diaria ciertas formas de organización formas de organización que no suponen ninguna amenaza para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.

Cuando el desarrollo del capitalismo británico se vuelve particularmente opresivo —más desempleo, inflación, recortes en los servicios sociales y más—, el Estado nos interpela no como clase, sino como *individuos*, trabajadores y capitalistas por igual, a las urnas, para marcar una casilla con la esperanza de influenciar qué partido gestionará el sistema capitalista. Cuando el capitalismo nos destituye, el Estado no nos ve como demostración de las víctimas del sistema de clases, sino como individuos necesitados para rellenar formularios y solicitar ayudas y suplementos. Cuando el capitalismo arruina nuestra salud, somos tomados como pacientes desafortunados en hospitales donde se nos trata como *casos aislados*; el Estado nunca nos ayuda a luchar contra las causas de nuestras dolencias. A cada paso que damos, nuestra relación con el Estado nos rompe, nos empuja en ciertos moldes, y aparta de nuestra vista cualquier mención a la clase, la explotación o cualquier elemento que pudiera plantear la conexión entre los enfermos oprimidos y fragmentados.

Además, los procesos mediante los que el Estado fragmenta —o confirma esta fragmentación— a la sociedad, estos procesos encuentran su contraparte dentro de la propia organización del aparato estatal. Así como el Estado se relaciona con las personas de forma fragmentaria —como pacientes, solicitantes de la seguridad social o pensionistas—, esta división se refleja en el interior del trabajo dentro del aparato estatal, en la especialización de funcionarios que tratan con pacientes, aquellos que tratan con solicitantes de la seguridad social, aquellos que tratan con pensionistas y demás.

Así, de la misma forma que el acceso a ayudas y la definición de «solicitante» están ligadas a un sistema completo de supervisión y control, la existencia de un sistema jerárquico masivo asegura que la división del trabajo efectuada dentro del Estado impida plantear interrogantes sobre la clase o la explotación. Para un funcionario, tratar de llegar a la raíz de los problemas con los que lidia significaría ir más allá de su puesto.

El problema aquí no es una mera cuestión ideológica en un sentido simple. No se trata de que nos bombardeen con la idea de que vivimos en una sociedad libre y democrática o que las enfermedades y la pobreza sean problemas individuales —aunque, a veces, de hecho, lo hacen—. Es algo más que eso. Incluso cuando vemos o sentimos que la enfermedad y la pobreza son problemas sociales, nos seguimos enfrentando al obstáculo de que cualquier tipo de acción positiva que emprendamos requiere que pasemos por una serie de trámites administrativos o que sigamos determinados procedimientos, que, independientemente de nuestras creencias, nos obligan a actuar como individuos o grupos fragmentarios.

La lucha contra el Estado, por tanto, no consiste solo en una cuestión de «iluminar» a la gente, en demostrarles que el Estado es capitalista, sino en desarrollar formas de organización alternativas que contrarresten la fragmentación impuesta por el Estado y que den una expresión material a la solidaridad de clase. El Estado trata constantemente de reducirnos a ciudadanos individuales abstractos, y eso es algo que debemos combatir. Debemos encontrar la manera de dar a nuestras luchas una expresión *material* como lucha de clases.

LOS DOS SENTIDOS DEL «ESTADO»

¿Como podemos aprovechar nuestro contacto cotidiano con el Estado —ya sea como «clientes» o «empleados»— para luchar contra él? Es un problema imposible de evitar. Por un lado, ya hemos visto que la idea de alcanzar el socialismo a través del Estado es ilusoria: el Estado canaliza y fragmenta nuestras luchas de tal forma que el socialismo nunca llega a estar en la agenda. Pero, por otro lado, asumir que nuestro contacto rutinario con el Estado no puede servirnos para la lucha por el socialismo nos condenaría al desesperanzador dilema del «socialismo en nuestro tiempo libre»: fortalecer el capitalismo durante nuestro horario laboral, trabajando como agentes del Estado capitalista, y tratar de debilitarlo con nuestra actividad socialista por las tardes o los fines de semana. Para quienes trabajamos en el Estado o en organismos semiestatales o que en nuestra vida cotidiana nos relacionamos con este como solicitantes, inquilinos o concejales la cuestión es ineludible: ¿cómo se puede trabajar *en y contra* el Estado?

Hablar de trabajar en y contra el Estado implica el uso del término «Estado» en dos sentidos ligeramente distintos. Hasta ahora, hemos subrayado la importancia de entender el Estado no solo como una institución, sino también como una forma de relaciones sociales, de ver cómo el conjunto de procesos y prácticas de este organizan la actividad social. Pero también es una institución. De hecho, esta es la visión más común: ver el parlamento, el ejército, los tribunales como partes de una maquinaria, de un aparato, un «instrumento de la clase dominante». Cuando decimos que estamos contratados por el Estado o que mantenemos un contacto rutinario con él, nos referimos a esa dimensión institucional, a una red de normas, jerarquías, poderes financieros y control. Pero cuando decimos esto, aún no decimos nada sobre cómo opera el Estado.

Podemos distinguir dos sentidos de la palabra «Estado»: por un lado, el aparato estatal; por otro, el Estado como forma o proceso de las relaciones sociales. Ambos sentidos están estrechamente ligados, pero la distinción es importante. El problema de trabajar *en* y *contra* el Estado es convertir nuestro contacto rutinario con el aparato estatal en respuesta activa frente a la forma de relaciones sociales que el mismo aparato intenta imponer sobre nuestras acciones.

Aun así, está claro que el aparato estatal no es neutral. El complejo de normas, procedimientos, divisiones de competencias, la manera en que los edificios están dispuestos y el diseño del mobiliario parecen orientar nuestras actividades en un molde concreto. El profesor, por ejemplo, ocupa una categoría definida dentro de la escuela, es formado para enseñar una materia concreta en un horario estrictamente organizado, dentro de una clase donde los alumnos son separados del resto del mundo y dispuestos en filas de forma ordenada siguiendo un patrón. Sin embargo, no se puede asumir que la manera en que los funcionarios estatales trabajan es inevitable y esté completamente determinada por el aparato estatal.

Hemos visto ejemplos de cómo distintas personas experimentan el Estado de maneras contradictorias, las cuales reflejan las propias contradicciones y antagonismos de la sociedad capitalista. Los procesos de actividad estatal se ven interrumpidos continuamente por el comportamiento de los trabajadores, que no siempre es consistente con los objetivos del Estado. Enseñar no equivale a educar a los niños para el capitalismo; los trabajadores del sector de servicios —profesores, trabajadores sociales, enfermeros, entre otros— no actúan siempre como «polis buenos». En el capítulo 6 veremos más ejemplos de esto. Siempre existe una tendencia de ruptura y divergencia entre el aparato estatal y la manera en que intenta dar forma a nuestras acciones. El aparato estatal,

la red de normas y controles de la cual somos sujetos, es un fósil: el resultado de antiguas luchas para canalizar la actividad en la dirección «correcta». Está lejos de ser neutral, pero posee una cierta vacuidad y, si somos lo bastante fuertes, una cierta fragilidad. Las normas son continuamente resistidas e infringidas: el desafío para nosotros es cómo doblarlas o romperlas de una forma políticamente efectiva, de una forma que refuerce nuestra lucha por el socialismo.

El Estado imprime sobre la dominación de clase capitalista una capa opaca, un sello de libertad e igualdad, pero está lejos de ser un sello irrompible. Es más bien como si se tratara de la espuma ardiente y burbujeante que se forma en la superficie de una olla de fuego lento. Todo sistema basado en la explotación de clase está destinado a ser inestable: se funda en el conflicto, en la opresión de la mayoría por la minoría. La lucha de clases no nace únicamente en pugnas puntuales de militancia: está presente en el día a día, en todas partes, en todas las relaciones antagónicas basadas en la explotación activa de una clase por otra perpetuada diariamente.

Pensar que un sistema así, basado en el antagonismo, puede ser estable, o que pueda ser reducido a un hábito rutinario, o que pueda reproducirse con normalidad sin conflictos ni interrupciones —como la burguesía quisiera hacernos creer—, es absurdo. A nuestro alrededor podemos ver que el estado «normal» de las cosas es la inestabilidad: fábricas, familias, colegios... todas son arrastradas por el conflicto, la disrupción y el cambio constante, todas están lejos de ser los santuarios de paz y orden tal y como la ideología burguesa sugiere. La fina capa de barniz de igualdad y armonía apenas oculta las erupciones diarias de violencia estatal y discriminación, por un lado, y, por otro, los múltiples gestos de resistencia: sabotaje, absentismo escolar o laboral, vandalismo y un sinfín de actos de rebelión que el capital intenta controlar o suprimir.

Este hirviente y humeante estofado que constantemente rompe la fina capa de las formas burguesas que se forma en la superficie existe tanto dentro como fuera del aparato estatal. Los antagonismos que agitan la corriente más allá del Estado encuentran su expresión también en su interior. A menudo, estos conflictos se expresan simplemente en pequeños actos individuales de rebelión con escasas consecuencias políticas, pero en otras ocasiones adoptan formas mucho más significativas: la organización de aquellos que reclaman sus derechos, o de trabajadores de servicios que se unen a los inquilinos en las protestas contra las políticas estatales de vivienda. En todas partes aparecen constantemente grietas, fisuras en la relación entre el aparato estatal y el Estado como forma de relaciones sociales capitalistas.

4. Crisis

La ebullición de la sopa no es un proceso continuo y sin tiempo. Toda la estructura de las relaciones sociales capitalistas —incluido el Estado— está inevitablemente sujeta a crisis periódicas. La crisis es, básicamente, un momento en el que las contradicciones internas del capitalismo hacen necesaria una reorganización completa de las relaciones de clase. Los conflictos presentes todo el tiempo se intensifican; las burbujas del caldero adquieren un nuevo significado y un nuevo potencial. Por eso, si queremos tener una perspectiva de cambio y ser capaces de relacionar nuestras propias luchas con el curso general de la lucha de clases, necesitamos entender cómo estamos situados ante la crisis del capitalismo.

Sabemos que el Estado está en convulsión, que atraviesa una crisis. Lo sabemos por las entrevistas del primer capítulo y también por nuestra propia experiencia y por lo que observamos a nuestro alrededor. En los últimos años, el Estado ha adquirido la apariencia de un campo de batalla: recortes en el gasto público, resistencias frente a esos recortes, cada vez más huelgas en el sector público, campañas contra los «aprovechados» y enfrentamientos cada vez más agudos entre los trabajadores del Estado y quienes intentan «gestionarlos».

¿Qué es esta crisis y por qué debería darnos esperanza? La crisis no es solo una crisis del Estado, sino de toda la sociedad capitalista. Y debería inspirarnos esperanza porque muestra con claridad algo que en los años cincuenta y principios de los sesenta se negaba de forma pomposa y complaciente: que el capitalismo es por naturaleza inestable.

Cuando decimos que estamos en medio de una crisis del capitalismo, no queremos decir, por desgracia, que el capitalismo esté a punto de colapsar. La última gran crisis del capitalismo mundial —a comienzos de los años treinta— pareció,

para algunos, el colapso definitivo del sistema. Pero el capitalismo sobrevivió: recuperó su salud, aunque a costa de infligir un sufrimiento enorme a la clase trabajadora a través de los horrores del fascismo y la carnicería de la guerra.

A esa crisis —y también a esta— se la suele llamar «crisis económica». Pero el término es engañoso, como demuestra el ejemplo de los años treinta. La crisis hunde sus raíces en las relaciones inmediatas de producción, pero su resolución requiere la transformación de todo el entramado de relaciones sociales.

El desarrollo capitalista está inevitablemente atravesado por crisis. Hay momentos en que a los socialistas les resulta fácil olvidarlo. Durante el largo período de prosperidad posterior a la guerra —que al menos entonces pareció largo— muchos socialistas llegaron a aceptar la sabiduría oficial de la burguesía: que la gestión económica keynesiana había puesto fin a todas las crisis y que el camino a seguir era la reforma gradual. Pero ahora todo eso se ha venido abajo: las auto-complacientes banalidades de la burguesía han quedado al descubierto y el carácter de crisis permanente del capitalismo es hoy evidente para todos. La crisis conlleva un ataque contra la clase trabajadora, sí, pero también nos da esperanza. El sistema es débil y no puede sobrevivir para siempre.

¿POR QUÉ ES INEVITABLE LA CRISIS?

El capitalismo es una estructura social entera basada en la explotación de una clase por otra. Como hemos visto, la clase capitalista, gracias a su control sobre los medios de producción, puede obligar a la clase trabajadora a trabajar para ella y apropiarse, en forma de ganancia, del excedente producido por los trabajadores. La clase capitalista domina porque controla el capital, el «trabajo muerto» de los trabajadores.

Los medios de producción —producidos previamente por los trabajadores— se vuelven contra ellos para explotarlos. Como dijo Marx:

El capital es trabajo muerto, que, como un vampiro, solo vive succionando trabajo vivo, y vive más cuanto más trabajo succiona. (*El Capital*, tomo I, p. 233)

El capitalismo no es inestable únicamente porque todo sistema basado en la dominación de clase esté condenado a ser inestable. También lo es en otro sentido. Una peculiaridad del capital es que solo puede sobrevivir explotando trabajo vivo, pero su búsqueda anárquica de plusvalor lo empuja a expulsar ese trabajo vivo del proceso productivo. Para aumentar la explotación de sus trabajadores, los capitalistas los reemplazan por máquinas. Esto conduce, finalmente, a una situación en la que el plusvalor producido por los trabajadores disminuye en relación con el total de capital invertido por los capitalistas.

En otras palabras, la relación antagonica entre capital y trabajo —que impulsa al capital a intensificar incesantemente su explotación del trabajo— se manifiesta, paradójicamente, en una tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Mientras cada capital individual sustituye trabajadores por maquinaria para maximizar sus beneficios, el resultado conjunto de esas acciones no coordinadas de los capitales en competencia es la reducción de la tasa general de ganancia. Cuando las ganancias empiezan a caer de forma pronunciada, los capitalistas dejan de invertir, el desempleo aumenta, los salarios bajan y se produce lo que se percibe como una crisis. Pero la crisis no surge de la nada: es solo la expresión más clara de las relaciones antagonicas que existen permanentemente. La tendencia a la caída de la tasa de ganancia no es más que la manifestación económica de las contradicciones sociales

inherentes a la producción capitalista. Dichas contradicciones se agudizan periódicamente hasta el punto de interrumpir la continuidad de esa producción.

La crisis, entonces, no es solo una crisis «económica», sino una crisis de toda una estructura social. Es una crisis que solo puede resolverse para el capital mediante la reestructuración de esas relaciones sociales, de modo que se permita continuar con las condiciones para una producción rentable. En el nivel más básico, esta búsqueda de rentabilidad implica aumentar la tasa de explotación, eliminar empresas ineficientes mediante la quiebra o la absorción, y con ello destruir grandes cantidades de capital en forma de maquinaria. Pero llevar a cabo estos cambios requiere una transformación profunda de las relaciones sociales. Supone, en su forma más elemental, prolongadas luchas entre el capital y el trabajo para lograr que los trabajadores acepten nuevas condiciones de producción, despidos masivos, alto desempleo y una caída en los salarios reales. Esto, a su vez, puede implicar todo un proceso de negociación con los sindicatos, intentos de integrar a los dirigentes sindicales en el Estado, intentos de controlar la disidencia dentro de los sindicatos mediante las reformas laborales, y así sucesivamente. Puede implicar también una reestructuración de los servicios sociales del Estado: por un lado, se ofrecen concesiones a los sindicatos para que acepten menores salarios y despidos; por otro, se hacen recortes para aliviar la carga tributaria sobre el capital. Todo ello también conlleva una reestructuración de las relaciones familiares, ya que las mujeres suelen ser las primeras en ser despedidas; los recortes en hospitales y otros servicios sociales devuelven las responsabilidades de cuidado al hogar, donde recaen principalmente sobre ellas, mientras el aumento del estrés y la tensión, tanto dentro como fuera del trabajo, afecta nuestras vidas «privadas».

Basta pensar en la última gran crisis del capitalismo mundial para ver que lo que está en juego va mucho más allá de lo «económico». Dos factores principales contribuyeron a la resolución de esa crisis. El primero fue el fascismo. Este promovió la centralización del capital, eliminó los capitales menos eficientes, fortaleció la posición del capital nacional en el mercado mundial y, sobre todo, aumentó enormemente la tasa de explotación al destruir las organizaciones de la clase trabajadora y contener los salarios. No hubo, por supuesto, una toma del poder fascista en todos los grandes países capitalistas, pero el movimiento internacional del capital garantizó que, después de la guerra, todos los sectores líderes del capital internacional se beneficiaran de los «logros» del fascismo.

El segundo gran factor que finalmente resolvió la crisis de los años treinta fue la Segunda Guerra Mundial. Esta también implicó una gran derrota para la clase trabajadora. No solo fueron masacrados millones de trabajadores, sino que en todas partes se reguló el trabajo y se mantuvieron bajos los salarios. Además, la enorme destrucción y depreciación de capital durante la guerra hizo que los niveles de demanda después del conflicto fueran mucho más altos, y que existiera una nueva base sobre la cual reanudar la acumulación de capital.

La crisis de los años treinta se resolvió, entonces, mediante una combinación de fascismo y guerra. Ambos procesos implicaron enormes pérdidas y sufrimientos para la clase trabajadora. Sin embargo, sería un error pensar en ello de manera demasiado simplista, ya que, a pesar de las graves derrotas sufridas por la clase trabajadora en el período entre 1933 y 1945, hubo dos factores importantes que dieron a las relaciones sociales establecidas después de la guerra el carácter de lo que muchos consideraron una «Edad Dorada».

El primero de estos factores fue el hecho de que la victoria de los Aliados se basó en la estrecha incorporación de la clase trabajadora al esfuerzo bélico. Esto implicó un complejo entramado de cambios institucionales, concesiones y promesas de futuras concesiones que sentaron las bases de lo que a menudo se denomina «el pacto de posguerra». El segundo elemento fue que la derrota sin precedentes de la clase trabajadora a escala internacional creó las condiciones para un período igualmente sin precedentes de expansión capitalista tras la guerra. Así, se permitió que los niveles de vida de la clase trabajadora aumentaran. Es en este contexto que debe entenderse el «pacto de posguerra» y el patrón de relaciones sociales y políticas que se consolidó en Gran Bretaña. Este patrón de relaciones establecido tras la guerra suele denominarse keynesianismo. Son las contradicciones propias de ese patrón, del keynesianismo, las que han salido a la superficie en la crisis actual.

KEYNESIANISMO Y LA CRISIS ACTUAL

Cuando hablamos de la crisis actual, no nos referimos simplemente a una «recesión económica», una recesión que pronto pasará, dejando todo como antes. La crisis es una lucha prolongada por reestructurar las relaciones entre el capital y el trabajo. Como hemos visto, la guerra estableció un cierto compromiso entre las clases, un cierto *modus vivendi* o, dado que la dominación del capital no fue cuestionada con éxito, lo que podríamos llamar un modo de dominación. Es este modo de dominación el que ahora se está descomponiendo y siendo reemplazado por otro. Por eso es importante tratar de comprender este proceso.

En cierta medida, la reestructuración de las relaciones entre capital y trabajo tiene muy poco que ver con el Estado. Ocurre mediante despidos, intensificación del proceso laboral

para aumentar la productividad, inflación, quiebras, etc. Sin embargo, el papel del Estado es importante, especialmente en la crisis actual. Esto no por una tendencia inevitable hacia la expansión del Estado, sino porque la naturaleza misma del pacto de posguerra implicaba un alto grado de intervención estatal.

Como hemos visto, la resolución de la última gran crisis del capital mediante fascismo y guerra llevó en Gran Bretaña al establecimiento de un nuevo modo de dominación —a veces llamado «keynesianismo»—, basado en un compromiso con la intervención activa del Estado para reconciliar los conflictos entre capital y trabajo. Esto implicaba dos cosas. En primer lugar, conceder beneficios materiales a la clase trabajadora, como el Servicio Nacional de Salud, el seguro nacional, las viviendas municipales y las ayudas a la industria para mantener el empleo. Todo esto cuesta dinero, pero la resolución de la crisis había sentado las bases de una rápida expansión del capital a nivel internacional, de modo que el fuerte crecimiento del gasto estatal fue absorbido por el capital sin mayores dificultades.

En segundo lugar —y esto estaba ligado al primer punto—, el incremento de la intervención estatal implicaba un papel mucho mayor del Estado en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, en transformar el conflicto social en formas relativamente inofensivas. Así, cada vez más personas fueron empleadas por el Estado, cada vez más personas tenían con él un contacto cotidiano y rutinario.

El keynesianismo no implicó simplemente la introducción de nuevas políticas, sino una reorganización importante de la estructura de las relaciones políticas burguesas: un cambio en la forma en que la clase trabajadora es oficialmente fragmentada y reagrupada. De gran importancia en esta reorganización fue el cambio en el papel de los sindicatos y la creciente implicación de sus dirigentes en el intento del

Estado por «gestionar» el capitalismo. Pero este cambio en el papel sindical fue solo el núcleo de un patrón más general de gobierno basado en tratar de conciliar demandas contradictorias incorporando intereses conflictivos, otorgando concesiones limitadas en lugar de buscar un enfrentamiento directo.

La expansión del gasto y de la actividad estatal implicada en la estrategia keynesiana creó un marco en el que los «grupos de interés» pudieron prosperar. Las relaciones entre estos grupos y las distintas partes del aparato estatal con las que interactuaban se han vuelto cada vez más estrechas. Así, la actividad política ha dejado de canalizarse principalmente a través de partidos y representantes parlamentarios para hacerlo mediante grupos de interés definidos funcionalmente, que mantenían relaciones directas con sectores específicos de la burocracia estatal.

Parte de este desarrollo general es la tendencia del aparato estatal a tratar con las personas a través de estos grupos de presión, agrupando a las personas en función de intereses definidos funcionalmente. Por ejemplo, categorías como «propietarios de automóviles» o «inquilinos de viviendas municipales» pasaron a tener un papel mucho más importante en las relaciones entre el Estado y las clases sociales, debido a la expansión de la administración estatal. Además, el Estado se relacionaba con esos grupos funcionales a través de representantes oficialmente reconocidos de sus intereses, como la AA o la RAC¹⁰ en el caso de los automovilistas; las asociaciones de inquilinos oficialmente reconocidas, en el caso de los inquilinos.

10. NdE: La AA (*Automobile Association*) y la RAC (*Royal Automobile Club*) son organizaciones británicas fundadas a comienzos del siglo XX para representar y prestar servicios a los automovilistas. Ambas ofrecían servicios como asistencia en carretera, seguros y defensa de los derechos de los conductores. Hoy la AA funciona como una em-

Un tercer aspecto del patrón de relaciones sociales de posguerra que merece ser destacado es el enorme impacto de los servicios de «bienestar» en la manera en que el Estado se relaciona con las personas. El crecimiento del Estado de bienestar significó el desarrollo de una relación mucho más directa entre el Estado y los miembros del «público». Lo significativo no es solo la cercanía de esta relación, sino el hecho de que se establezca a nivel individual o, más importante aún, familiar. Los servicios sociales implican el reconocimiento de que el mito de la responsabilidad individual ha perdido fuerza y de que las estructuras familiares han sido destruidas por el desarrollo del capitalismo. Sin embargo, esos servicios tienden a reforzar nuestra existencia como individuos aislados o como estructuras familiares nucleares aisladas, con todas las implicaciones que ello conlleva respecto a la idea de la responsabilidad familiar y a la opresión de las mujeres.

El *Beveridge Report* de 1942, que sentó oficialmente las bases para la creación del Estado de bienestar tras la guerra, fue muy consciente de la importancia de estructurar la acción estatal en esta área de manera que se fortalecieran la familia y el papel de la mujer en el hogar. Por citar solo un ejemplo:

La actitud de la ama de casa frente al empleo remunerado fuera del hogar no es, y no debería ser, la misma que la de la mujer soltera. Ella tiene otros deberes [...]. En conjunto, el Plan de Seguridad Social otorga un valor especial al matrimonio en lugar de penalizarlo [...]. Durante los próximos treinta años, las amas de casa, como madres, desempeñan un trabajo vital para garantizar la adecuada continuidad de la raza británica y de los ideales británicos en el mundo (*Beveridge Report*, p. 52).

presa de servicios para conductores y la RAC se ha convertido en un club privado.

La familia está en el centro del Estado en un grado que rara vez percibimos.

Estos tres ejemplos ilustran cómo la aparición del modo de dominación keynesiano implicó, de muchas maneras, el desarrollo de nuevas formas de lucha por parte de la burguesía: nuevas formas de dividir y atomizar a la clase trabajadora. Estas formas de lucha, estas nuevas relaciones entre capital y trabajo, no son solo una respuesta indirecta a la lucha de la clase trabajadora; también moldean inevitablemente esa lucha y generan nuevas formas de organización, del mismo modo que, en una guerra, el desarrollo de nuevas tácticas por un ejército obliga al otro a adaptarse.

Una consecuencia del descuido de la teoría marxista hacia analizar el desarrollo histórico de las relaciones cotidianas entre el Estado y la clase trabajadora es que ha habido pocos intentos de comprender estos cambios en las formas organizativas.

Es habitual afirmar que el keynesianismo está en crisis. Desde nuestra perspectiva, hay dos puntos fundamentales al analizar esta crisis. En primer lugar, la crisis del keynesianismo es una crisis del capital. En segundo lugar, si pensamos el keynesianismo no como un simple conjunto de políticas, sino como una forma particular de dominar, atomizar y desarmar a la clase trabajadora, entonces no debemos pensar en la crisis únicamente como un ataque a los niveles de vida de los trabajadores —aunque esto sea, por supuesto, importante—. La crisis es también una reestructuración de la manera en que se filtra y define el conflicto de clases. Debemos tener presente esto si queremos desarrollar formas adecuadas de combatir la asfixia del conflicto que mantiene vivo al capitalismo.

La crisis estalló en Gran Bretaña hacia 1960. Durante la década de 1950 las condiciones favorables para la acumulación, establecidas a través de la experiencia del fascismo y la guerra, permitieron la aparente reconciliación de los «intereses» en conflicto por medios relativamente armoniosos sin ninguna interrupción importante del modelo de relaciones sociales existente. A partir de 1960 el claro declive de la rentabilidad, primero en la economía británica y, más tarde, a lo largo de la década, en la economía mundial, hizo cada vez más difícil la reestructuración de las relaciones de producción. Pero, al mismo tiempo, el equilibrio de fuerzas de clase era tal que resultaba imposible abandonar radicalmente el modo keynesiano de dominación. El resultado ha sido un compromiso: no un abandono abrupto del keynesianismo, sino su transformación gradual. Si originalmente el keynesianismo implicaba intentar reconciliar «intereses» en conflicto mediante una combinación de institucionalización y concesión, desde 1960 el énfasis dentro de esta combinación indisoluble se ha desplazado cada vez más hacia la institucionalización con solo una mínima concesión. Esto, necesariamente, dados los imperativos de la reestructuración del capital.

El compromiso alcanzado a través de este cambio en la naturaleza del keynesianismo no ha sido totalmente satisfactorio desde el punto de vista del capital. Ciertamente, ha habido una reestructuración profunda del capital: las empresas ineficientes han quebrado o han sido absorbidas por empresas más grandes. El número de liquidaciones empresariales se duplicó con creces entre 1973 y 1975. Las empresas con más éxito han sobrevivido «racionalizando» a sus trabajadores hacia el desempleo. El número de parados se ha disparado a su nivel más alto desde la década de 1930. Los salarios reales se han reducido en una medida sin precedentes. Como señalaba *The Economist* en septiembre de 1977:

El 7 % en que el aumento del 10 % en los ingresos del año pasado quedó por detrás del incremento del 17 % en los precios representa la mayor caída registrada en el ingreso real disponible promedio de los británicos en más de cien años: peor que cualquier cosa ocurrida en los años treinta (*The Economist*, 3 de septiembre de 1977).

Los recortes en el gasto público planificado, ejecutados en tres fases en 1976, fueron mucho más drásticos que cualquier recorte del gasto estatal anterior. Las mujeres han sido empujadas de nuevo al ámbito doméstico; el desempleo juvenil es peor que nunca; las tensiones raciales aumentaron, ya que los negros son los primeros en sufrir las consecuencias de la crisis, y se han promovido intentos deliberados de agravar las divisiones dentro de la clase trabajadora.

Todo esto, sin duda, es significativo. Pero no es suficiente para las necesidades del capital. La necesidad de seguir apaciguando intereses en conflicto ha impedido que la reestructuración se lleve a cabo con la rapidez o la radicalidad necesarias. De ahí la crisis crónica del capitalismo británico y la presión constante por un abandono por completo del modo keynesiano de dominación.

La transformación de este modo de dominación también ha implicado importantes cambios en la organización institucional del aparato estatal, orientados hacia lo que a veces se llama «corporativismo». Consideramos útil pensar estos cambios distinguiendo dos fases. La primera, desde comienzos de los años sesenta en adelante, estuvo marcada por una notable expansión y fragmentación del aparato estatal. Los grupos de interés —entre ellos, en primer lugar, los sindicatos, que prosperaron en el clima de expansión de la actividad estatal de los años cincuenta— fueron cada vez más incorporados dentro del propio aparato estatal, encontrando lugares establecidos en una multitud de organismos estatales, nacionales y locales. Esta integración ha llevado inevitablemente

a una fragmentación del propio aparato estatal, que se refleja, por ejemplo, en el enorme crecimiento de organismos semiestatales y *quangos* —organismos cuasi autónomos no gubernamentales—, a menudo sin una relación claramente definida con la autoridad estatal central.

Una segunda consecuencia fue el desplazamiento del conflicto de clases. Lo que antes se expresaba como conflicto directo entre sindicatos y empleadores ahora se ha fragmentado, manifestándose en parte como conflictos entre representantes y representados —líderes sindicales y afiliados—. Puede argumentarse que el resultado final de este desplazamiento fue que el conflicto, en lugar de ser más fácilmente controlado, en realidad se volvió más difícil de gestionar: de ahí la inestabilidad de la estrategia «corporativista», tan evidente en los últimos meses del gobierno laborista.

A estos cambios institucionales tras 1960 se ha sumado el creciente énfasis en las técnicas de gestión dentro del aparato estatal. Este desarrollo, una parte integral de todas las reformas recientes del Estado, debe entenderse no solo como parte de una tendencia general hacia la centralización, sino también como el contrapunto a la desagregación general del aparato estatal. Responde no únicamente a la preocupación por minimizar los gastos y maximizar la eficiencia, ni solo a la creciente importancia de la relación estrecha entre Estado y empresas, sino también a la necesidad de imponer patrones uniformes de comportamiento en una estructura estatal cada vez más fragmentada. Que las nuevas técnicas de control dentro del aparato estatal tengan importantes consecuencias para los trabajadores del Estado es algo evidente.

DESAFIANDO AL CAPITAL

Sin embargo, los cambios institucionales no lograron contener las tensiones sociales generadas por la crisis en desarrollo. La fachada del «nunca se había estado tan bien» de los años cincuenta comenzó a resquebrajarse. Comenzaron a expresarse preocupaciones sobre el ritmo del gasto público y la baja rentabilidad del capital británico. Las huelgas volvieron a perturbar la «paz» industrial del período de posguerra. Lo significativo de las luchas de esta década fue que no se limitaron a la acción sindical o partidaria en torno a demandas económicas: empezaron a desafiar directamente las relaciones sociales del capital.

Los primeros años sesenta vieron una oleada de actividades que desafiaba directamente la autoridad de la ley. La Campaña por el Desarme Nuclear ha sido una de las mayores campañas de desobediencia civil que el mundo occidental haya visto jamás. Más adelante, las protestas contra la guerra de Vietnam continuaron encarnando esa tradición de acción masiva.

A medida que el sueño de las ciudades jardín sin clases comenzaba a desvanecerse, la legitimidad de la democracia local comenzó a ser puesta cada vez más en duda. La destrucción masiva de barrios enteros del centro de las ciudades para construir torres en las que la gente no quería vivir fue recibida con resistencia. Las tácticas incluyeron encerrar a concejales en su sala del Consejo y vecinos tumbándose frente a las excavadoras. Los okupas ofrecieron una solución parcial a la crisis de la vivienda al ocupar propiedades vacías, no solo cuestionando la forma en que existían viviendas vacías mientras había personas sin hogar, sino también poniendo en tela de juicio la propia idea de propiedad privada. La okupación permitió a muchas personas explorar alternativas

colectivas a la familia tradicional, con amplias repercusiones. ¡Cuántas veces los funcionarios de la Seguridad Social se desesperaron al no poder identificar un «cabeza de familia»!

Grupos que nunca habían tenido contacto con el movimiento obrero comenzaron sus propias luchas. En 1968 los estudiantes se rebelaron contra la estructura de poder en la educación superior, cuestionando su contenido y forma, y rechazando la idea de que debían aceptar pasivamente una enseñanza basada en supuestos del statu quo. A menudo, su acción no solo consistía en boicotear clases, sino que implicó organizar su autoeducación colectiva.

Los trabajadores negros, al darse cuenta de que habían sido traídos a Gran Bretaña para ocupar los trabajos peor remunerados, comenzaron también a resistir. Dejaron claro que no aceptarían vivir en las peores viviendas ni ser tratados como chivos expiatorios de los problemas generados por el capital, desde el desempleo hasta la llamada «crisis urbana».

Poco después de que los llamados «disturbios raciales» marcaran la escisión de la población negra de empezar a contraatacar, las mujeres comenzaron una ofensiva contra la opresión. Mientras las mujeres en Ford hacían huelga por la igualdad salarial, otras mujeres comenzaban a reunirse sin hombres, por primera vez, para desarrollar una comprensión colectiva de su opresión.

Las luchas industriales también adoptaron formas nuevas que iban más allá de las del movimiento obrero, planteando un desafío profundo al capital. El cierre de fábricas a principios de la década de 1970 fue respondido con una oleada de tomas y ocupaciones. Los trabajadores de Upper Clyde Shipbuilders, por ejemplo, tomaron el control y gestionaron su propio astillero durante casi un año. Estas acciones no solo confrontaban directamente la forma de la reestructuración capitalista llevada a cabo a expensas de los medios de

vida de los trabajadores, sino que además fueron significativas porque afirmaban que los trabajadores tienen la capacidad de tomar el control de sus propios asuntos.

Lo esencial de todas estas luchas es que, de una forma u otra, no solo desafiaban las consecuencias económicas de la explotación capitalista del trabajo, sino también las propias formas de organización social que mantienen esta relación de explotación.

Vemos la segunda fase del cambio institucional —a principios de los años setenta— como el intento de reafirmar las relaciones sociales burguesas sobre una base más sólida. El fracaso parcial de la estrategia más agresiva emprendida por el capital a finales de los sesenta y comienzos de los setenta llevó a un cierto reagrupamiento de fuerzas que implicó, entre otras cosas, un refuerzo de las tendencias anteriores mencionadas y la aparición de dos nuevas tendencias —en nuestra opinión, son complementarias—: el desarrollo de la «comunidad» como categoría política y el fortalecimiento del aparato represivo.

En parte como respuesta directa al malestar social de finales de los años sesenta y principios de los setenta, en parte por miedo a las posibles consecuencias sociales de un desempleo masivo y generalizado, especialmente juvenil, y en parte para apuntalar un sistema de democracia representativa tan claramente debilitado por buena parte del desarrollo institucional de los años sesenta, surgió entre principios y mediados de los setenta toda una serie de nuevas instituciones. Muy diversas entre sí, todas se organizaban en torno a los conceptos clave de «comunidad», «participación» y «democracia directa»: proyectos de desarrollo comunitario, consejos de salud comunitarios, consejos de barrio, comités de enlace con asociaciones de inquilinos, asociaciones de padres y maestros, centros comunitarios de asesoramiento, centros legales y talleres de planificación.

El uso de un referéndum nacional también se inscribe en esta tendencia, diseñado para establecer un nuevo patrón de relaciones entre el Estado y el individuo, una relación más directa que, al igual que las estructuras comunitarias, pasa por alto el partido como mediador organizativo. La ambigüedad del término «comunidad» —que puede aludir tanto a los ya organizados y participativos de la sociedad como a intentos de implicar a quienes no lo están— se refleja en ese fenómeno complementario: el bien documentado fortalecimiento del poder represivo manifiesto del Estado.

EL NUEVO ATAQUE

La expansión del Estado, y especialmente del Estado del bienestar, tras la Segunda Guerra Mundial ha sido un proceso profundamente ambivalente. Ha traído beneficios materiales a la clase trabajadora, pero al mismo tiempo ha supuesto una penetración más intensa de las relaciones sociales por parte de la forma estatal: ha llevado la opresión y fragmentación inherentes a la organización estatal al propio tejido de la sociedad. Durante este período —y especialmente en los últimos diez años—, el Estado ha sido notablemente eficaz en el mantenimiento de la estabilidad social. Sin embargo, esto se ha logrado al precio de retrasar la reestructuración de las relaciones sociales, proceso vital para el futuro del capital británico. Y así, las presiones han ido acumulándose gradualmente para provocar una ruptura radical con el compromiso auspiciado por el Estado que ha sustentado el orden social durante los últimos 35 años.

El resultado de estas presiones ha sido un ataque concertado contra muchos de los aspectos del Estado del bienestar que parecían estar firmemente asentados como parte del capitalismo moderno. Este ataque, iniciado bajo el gobierno laborista, está siendo ahora impulsado con gran ímpetu por los

conservadores. No se trata solo de una reducción cuantitativa del gasto público, sino de un ataque a toda la estructura del compromiso de clases y a su marco institucional: un intento de reformular los vínculos entre los sindicatos y el Estado, de abandonar los programas de ayuda regional e industrial destinados a apaciguar ciertas zonas, de suprimir muchos de los organismos semiestatales creados a principios de los años setenta para fomentar la «participación comunitaria». Muchas de las personas a las que entrevistamos en la sección anterior de este panfleto, y muchas de las posiciones que adoptaron los socialistas durante los años sesenta y setenta, resultan especialmente vulnerables.

¿Un ataque al Estado capitalista por parte de los conservadores, los más declarados amigos del capitalismo? No hay paradoja en ello. Su ataque al Estado ha sido selectivo. Una administración que concede generosos aumentos salariales al ejército y a la policía difícilmente puede ser acusada de querer dismantelar el Estado. El capital obligado por sus propias contradicciones se ve empujado a reorganizar la forma en que nos gobierna: a cambiar de pierna.

¿Pero cuál debe ser nuestra actitud? Nuestros servicios y nuestros empleos están siendo recortados o amenazados. Los trabajadores del Estado están hoy en el centro de la lucha de clases como rara vez lo han estado antes, algo que se refleja en su creciente combatividad. Pero ¿cómo canalizar esta ira generalizada?

Por supuesto, debemos defender nuestros empleos y nuestros servicios. Pero existe un gran peligro de que, al hacerlo, solo veamos una cara del Estado y olvidemos la otra. En nuestra prisa por defender nuestras prestaciones y nuestros trabajos, es fácil perder de vista las relaciones opresivas que estos reproducen. En la lucha contra el ataque de los capitalistas al Estado capitalista, puede parecer tácticamente necesario presentar una imagen inequívocamente positiva

del Estado, retratar al Estado del bienestar como un gran logro de la clase trabajadora, incluso como un paso hacia el socialismo. Esto es sumamente peligroso. Primero, porque contribuye a que el socialismo y la lucha socialista caigan en un descrédito dentro de la clase trabajadora. Segundo, porque nos hace perder la oportunidad de plantear una alternativa al ciclo Laborista-Conservador, al vaivén entre «más Estado» y «menos Estado» que mantiene la seguridad del capital británico. Tercero, porque sencillamente no resulta convincente: la gente sabe que el Estado es opresivo y no está dispuesta a luchar por defenderlo, como hemos visto tanto en las campañas contra los recortes como en los resultados de las elecciones recientes.

Debemos recordar que el ataque al Estado no es solo un ataque contra la clase trabajadora, sino también una reconfiguración en las formas de dominación y control de la clase dominante. Implica una ligera retirada de los tentáculos que estrangulan nuestras luchas y nos encajan en formas predefinidas. Si la expansión del Estado fue importante para asegurar la estabilidad política, está claro que su contracción implica necesariamente ciertos riesgos para el capital. Son los riesgos que debemos aprender a explotar. Parte de explotar esas debilidades consiste en el intento de desarrollar formas de organización que planteen una alternativa real al Estado capitalista. Eso es lo que exploraremos en los dos próximos capítulos.

5. Contra el Estado

¿Cómo puede ayudarnos esta comprensión del Estado capitalista a salir de nuestra difícil situación como socialistas dentro del Estado o estamos comprometidos con él? ¿Puede servirnos para ver y aprovechar las oportunidades para actuar como socialistas no solo fuera del horario laboral, sino también en nuestro propio trabajo o en los momentos cotidianos en que estamos en contacto con el Estado?

Podemos sacar una o dos conclusiones sobre la lucha. En primer lugar, está claro que la lucha de clases no es algo que ocurra únicamente en los momentos en que la clase trabajadora se siente fuerte. La teoría del capitalismo, tal y como la hemos discutido, explica que el capital y el trabajo están enzarzados en un antagonismo estructural, una relación fundamental de explotación cotidiana. Nuestra propia experiencia también nos dice que, si no resistimos, nos aplastarán. Por lo tanto, la lucha de clases no es una opción ni un complemento opcional: es una cuestión cotidiana e inevitable.

Es más, este antagonismo fundamental no se limita a la industria. Atraviesa todos los aspectos de nuestras vidas, incluida nuestra relación con el Estado. De hecho, como hemos visto, la existencia misma del Estado surge de la necesidad de imponer y reimponer relaciones sociales que desvían el conflicto de clases de tal manera que oculta la división básica de clases en la sociedad. A menudo cuesta reconocer como lucha de clases nuestros muchos pequeños actos de resistencia cotidiana, como conseguir una cama para un familiar en el hospital o acceder a una prestación por «necesidades excepcionales». Pero es esencial recordar que es precisamente porque el Estado nos constituye como individuos, pacientes, padres, familias y ciudadanos, empujándonos a un terreno donde inevitablemente acabamos luchando

de forma individual o como «grupos de interés» ineficaces, que el capital es capaz de imponer las relaciones sociales que perpetúan la explotación del trabajo.

Sin embargo, no debemos caer en la trampa ideológica del capital. Nuestras luchas cotidianas con el Estado parecen individualizadas, pero en esencia son una cuestión de conflicto de clases. Nuestro contacto diario con el Estado es un terreno central e inevitable de esa lucha de clases.

En el pasado, como socialistas nos hemos preocupado por luchas con el Estado del bienestar y hemos tendido a centrarnos en cuestiones de provisión de recursos: más y mejores viviendas, más hospitales, mejores ratios profesor-alumno y pensiones más altas. Sin embargo, cada vez resulta más evidente que no basta con luchar por mantener abiertos los hospitales si no cuestionamos las relaciones sociales opresivas que encarnan; que no sirve solo presionar para una mejor proporción entre alumnos y profesores si no cuestionamos también *lo que se enseña y cómo se enseña*. Los muchos socialistas que participan en estas luchas se están dando cuenta de que una parte de la población se muestra reticente a apoyar la campaña «contra los recortes» o la defensa del aparato estatal, porque, con toda razón, tienen sentimientos encontrados respecto a las relaciones sociales que encarnan las instituciones estatales. Lo que ha faltado es una lucha consciente contra el Estado como forma de relación capitalista.

La teoría del Estado, tal y como la entendemos, muestra que hay margen para ello. En cuanto dejamos de pensar el Estado como mera institución, o como función, y lo reconocemos como una forma de relaciones, se abre un nuevo terreno de lucha. Es posible identificar múltiples líneas de acción que pueden cuestionar los procesos estatales mientras permanecemos *dentro de él*. Esa es la cuestión: tales acciones no pueden hacerse desde fuera, solo desde dentro.

Más aún, es evidente que el desafío desde dentro es esencial. Dado que el Estado es una forma de relaciones, sus trabajadores y sus «clientes», si no luchan contra él, contribuyen a perpetuarlo. Estamos implicados en la maquinaria que impone las relaciones sociales del capital. Si no nos oponemos, perpetuamos y recreamos activamente una sociedad capitalista, patriarcal y desigual, no solo por omisión, sino a través de todo lo que hacemos. Puede que no tomemos muchas de las grandes decisiones de alto nivel ni ejerzamos las sanciones más graves, pero en el sentido práctico del día a día *los trabajadores del Estado son el Estado*. Este solo avanza gracias a nuestras actividades. En menor medida, todos los que tienen una relación con él, cooperando con sus servicios en la reproducción de la fuerza de trabajo y de las actitudes en la familia, también forman parte del Estado.

Sin embargo, el hecho de formar parte de él, de una forma u otra, nos da un cierto margen de poder para el cambio. Estas tareas de limpiar, cuidar, enseñar no pueden ser realizadas por ordenadores. Los microchips no bastan para mantener y reproducir las relaciones sociales del capital. Esta mediación humana significa que podemos *comprender e interrumpir* el proceso.

En resumen:

1. La lucha de clases es una cuestión inevitable y cotidiana.
2. Nuestro contacto diario con el Estado es un ámbito crucial de esa lucha.
3. Es importante luchar contra el Estado como forma de relación social.
4. Debemos oponernos al Estado desde dentro.

Así pues, aunque no tengamos otra elección que luchar, sí podemos decidir *cómo* llevar a cabo nuestra parte concreta de esa lucha.

Parece haber tres filosofías principales que los socialistas tienen respecto al Estado, tres enfoques sobre las decisiones cotidianas que hay que tomar. Una es entrar y «usar el sistema» en beneficio de la clase trabajadora. Quienes adoptan esta posición tienden a considerar que es un error —ultraliberal o innecesariamente negativo— rechazar las oportunidades de trabajo y las prestaciones que el Estado ofrece. Consideran que es mejor sacar el máximo partido posible de un mal trabajo. Con este espíritu, algunos trabajadores comunitarios animan a la clase trabajadora a involucrarse en los ejercicios de participación del gobierno local, enseñándoles los procedimientos de los comités y a hablar en público, con la esperanza de que así puedan conseguir un trato justo al exponer su caso a través de los cauces institucionales adecuados.

Una segunda respuesta surge del pesimismo. Otros trabajadores estatales socialistas dicen que «es puro idealismo suponer que, como empleados del Estado, somos otra cosa que agentes del Estado». Creen que no hay nada que hacer, ni que esperar, desde nuestros puestos de trabajo en el Estado, y que la verdadera y pura lucha de la clase trabajadora solo puede librarse desde fuera del Estado. En consecuencia, quienes participan en campañas suelen preferir mantener a los trabajadores estatales al margen de ellas. «Mantengamos a los trabajadores comunitarios del ayuntamiento fuera de nuestra lucha por la vivienda». Incluso fuera del horario laboral, muchos trabajadores estatales pueden ser mal recibidos, por ejemplo, en un sindicato o un consejo vecinal.

La tercera postura habitual frente al Estado es la de usar la ley o las disposiciones estatales para poder labrar pequeños rincones en los que podamos organizar las cosas a nuestra manera, de forma no capitalista. Aprovechar los salarios pagados por el Estado o los permisos para crear una «escuela libre» para un grupo reducido de niños, o un plan de

vivienda en propiedad común, o un taller autogestionado. La idea detrás de esto es que se pueda crear un pequeño claro socialista y acogedor en el bosque, que nos anime y sirva de ejemplo a otros. Puede que funcione o no, pero en cualquier caso no basta.

De hecho, eso puede decirse de las tres posturas. En ciertos casos, todas pueden ser correctas, pero en conjunto nunca son suficientes. Como socialistas, hemos subestimado constantemente tanto la necesidad como la posibilidad de oponernos desde dentro.

¿QUÉ TIPO DE LUCHA?

El socialismo no es una doctrina fija ni inmutable. A medida que el mundo evoluciona, aumenta la comprensión de las personas y surgen nuevas relaciones, aparecen nuevos métodos para alcanzar nuestro objetivo.

—Anton Pannekoek

¿Qué queremos decir con oponerse, resistirse o desafiar la «forma de Estado»? Hemos visto que la realidad del conflicto de la clase trabajadora con el Estado no se reduce a una lucha por los recursos. También consiste en resistirse a las relaciones sociales opresivas, la manera en que los problemas que el capital ha generado se redefinen como «nuestros» problemas. Es resistirse a la insistencia del médico en que tu enfermedad es culpa tuya. Es sortear los intentos de la Seguridad Social de buscar un «cabeza de familia», incluso cuando las circunstancias son inapropiadas. Es rechazar cómo las instituciones estatales, con sus prácticas racistas, transforman su discriminación en nuestro «problema lingüístico». Dada la estrecha relación entre las jerarquías de clase y de género, también es insistir en nuestro derecho, como mujeres, a decidir cuándo y si queremos tener hijos; si queremos trabajar

fuera o dentro de casa; con quién queremos vivir. En definitiva, para todos nosotros, es definir nuestra sexualidad en nuestros propios términos.

Por tanto, es fundamental que desafemos al Estado no solo como un aparato opresivo que debe ser destruido y sustituido a largo plazo, ni únicamente como una institución que nos proporciona determinados servicios y recursos necesarios a corto plazo, sino también como una forma de relaciones sociales que tiene un efecto adverso en nuestra vida cotidiana actual. El Estado no es como un cristal: no se puede romper de un solo golpe, de una vez por todas. Estamos enredados en la red de relaciones que genera. Nuestra lucha contra él debe ser continua y cambiante, adaptándose a medida que la lucha misma y la respuesta del Estado evolucionan y abren nuevas oportunidades.

No hay reglas generales que podamos darnos unos a otros sobre cómo librar nuestra lucha, porque cada situación que vivimos nos impone sus propias contradicciones. Sin embargo, tal vez podemos hacernos preguntas sobre cada conjunto de circunstancias que enfrentamos.

Como trabajadores del Estado, podemos preguntarnos:

¿Qué tipo de relaciones sociales intervienen en nuestros trabajos? ¿Hay jerarquías? ¿Tienen los hombres y las mujeres roles distintos? ¿Tienen las personas de distintas razas roles diferentes? ¿Podría organizarse el trabajo de otra manera?

¿Con qué categorías de personas se supone que debemos relacionarnos —individuos, familias, inquilinos, pacientes—? ¿Tiene sentido o es confuso verlos así, como un grupo? ¿Podríamos relacionarnos con ellos de otra manera?

¿Cómo se definen los problemas que debemos resolver? ¿Quién ha establecido esas definiciones? ¿Son problemas de la clase trabajadora o del capital? ¿Podrían definirse los problemas de otra manera?

¿Qué necesitan realmente las personas con las que se supone que trabajamos? ¿Podemos ayudarles a expresarlo? ¿Los procedimientos que debemos seguir facilitan o dificultan esta expresión? ¿Podemos evitarlos?

¿Participamos en la gestión de recursos? ¿Impedimos que la gente utilice el autobús? ¿Que acceda a una guardería? ¿Decidimos prioridades? ¿Cómo podríamos hacerlo de otra manera?

¿Nuestra labor fomenta el desarrollo de la autonomía y la autoorganización o la pasividad y la dependencia? ¿Cómo podríamos ayudar a las personas a luchar desde nuestro propio puesto?

Como clientes del Estado, y en nuestras relaciones, podemos preguntarnos:

¿Cómo se define mi problema ante mí? ¿Cómo lo definiría yo mismo? ¿Cómo puedo actuar según mi propia definición?

¿Cómo se espera que me comporte? ¿Cómo quiero actuar? ¿Qué costes me supone hacerlo a mi manera? ¿Cómo puedo minimizarlos?

¿Quién más experimenta el mismo problema? ¿Quién contribuye a causarme un problema? ¿Quién puede apoyarme para defender mi elección? ¿Qué puedo ofrecerles a cambio?

Las respuestas a estas preguntas —hechas a nosotros mismos y a los demás— pueden ayudarnos a comprender nuestro papel como portadores de las relaciones sociales del capital y a ver con mayor claridad las decisiones que debemos tomar para actuar en consecuencia.

CONTRAORGANIZACIÓN MATERIAL

No enfrentamos una organización a otra, sino un tipo de organización a otro tipo [...]. No se opone a la burguesía imitando sus esquemas de organización.

Daniel Cohn-Bendit y Jean-Pierre Duteuil para el Movimiento del 22 de Marzo, en *The Student Revolt*, Panther, 1968

Hacernos preguntas y llegar a comprender nuestro papel dentro de las relaciones sociales del capital es un paso importante, pero no es un fin en sí mismo. Desafiar la «forma de Estado» no solo consiste en discutir sobre definiciones. Puede tener lugar no solo a nivel de ideas y argumentos, sino también materialmente, a través de la contraorganización.

Para los trabajadores sociales, esto puede significar no solo cuestionar la idea de que la incapacidad de las personas para sobrevivir con unos ingresos bajos se debe a sus propias carencias, sino también encontrar formas de llevar este análisis a la práctica: por ejemplo, ayudando a los «clientes» a organizarse colectivamente para impugnar el nivel de prestaciones y negándose a darles consejos individuales sobre cómo administrar su presupuesto. Para los profesores, puede significar sustituir la competencia entre los alumnos por el trabajo colectivo, y organizarse junto con otros profesores e incluso con alumnos y padres para defender este enfoque. Para los trabajadores sanitarios, puede significar no solo señalar los vínculos entre la sociedad capitalista y la mala salud, sino luchar por el derecho a atender a quienes están involucradas en la lucha contra las causas —inquilinos afectados por humedades, o trabajadores enfrentados a riesgos en la fábrica— como parte de su labor en el Servicio Nacional de Salud. Estas acciones son *materiales* porque implican la provisión

concreta de habilidades y recursos. Implican una forma de *contraorganización* en la medida en que desafían la práctica de la clase burguesa.

El vínculo entre los trabajadores estatales y los grupos que utilizan los servicios públicos no puede establecerse mediante la aprobación de declaraciones, sino mediante la acción. Para los trabajadores del Estado, esto puede implicar proporcionar recursos, capacidades o perspectivas concretas que ayuden a la lucha de los grupos «clientes», y estar dispuestos a defender dentro de nuestro propio contexto nuestra decisión de hacerlo.

Lo esencial es encontrar alguna forma de expresión de clase a nuestras luchas particulares, luchar de forma que nuestra acción no perjudique a otros sectores de la clase trabajadora, sino que supere la fragmentación de intereses que el capital intenta imponer. No se trata solo de usar el lenguaje de clase o de unirse a grandes piquetes. Todas esas cosas son necesarias, pero insuficientes. La *contraorganización* material consiste en concebir nuestras luchas particulares como luchas de clase y encontrar alguna forma concreta de expresarlo en la práctica en nuestra organización material cotidiana.

Gran parte del debate político en relación con el Estado se ha centrado en cómo establecer alianzas entre trabajadores y «consumidores». Los progresistas que participan en la «política comunitaria», por ejemplo, suelen abogar por escribir al Consejo Sindical para pedir su apoyo como primer paso en cualquier campaña. Sin embargo, los tipos de *contraorganización* que describiremos a continuación no establecen vínculos institucionales entre personas con relaciones frente al Estado, sino que proponen actividades concretas que, por su naturaleza, afirman nuestros intereses de clase comunes. Un punto esencial es que la *contraorganización* no significa apoyar una lucha abstracta de clases: por definición, es *nuestra* lucha.

A medida que desarrollamos nuestras formas materiales de lucha, debemos asegurarnos de que sean nuestras, que no repliquen las del Estado ni el capital. Nos gustaría vivir en una sociedad socialista, aunque aún no podemos hacerlo. Lo mínimo que podemos hacer es organizar nuestra lucha socialista, construyendo organizaciones y prácticas que prefiguren ese socialismo: un socialismo libre de sexismo, racismo y las prácticas en las que nos oprimimos mutuamente.

La contraorganización implica afirmar nuestras propias necesidades, y nuestras definiciones. En el contexto del antagonismo de clase cotidiano e inevitable, significa rechazar los roles, las formas de actuar y las categorías que desvían y ocultan este conflicto. La acción de oposición al Estado significa actuar según nuestra propia comprensión de la realidad de clase. Y, al mismo tiempo, también significa crear nuevas relaciones sociales que sustituyan a las deformantes con las que el Estado contiene la lucha de clases. La contraorganización desafía las fronteras tradicionales entre «clientes» y trabajadores y las categorías no clasistas que hemos descrito. Las formas de organización que describimos implican formas de relación entre nosotros que son anticapitalistas y que, al mismo tiempo, de manera parcial y temporal, también son socialistas y feministas: avances hacia formas de trabajo colectivas en lugar de jerárquicas, y hacia nuevas relaciones entre hombres y mujeres, entre adultos y niños. Se trata de usar los fines como medios para alcanzarlos. A menudo esto se denomina «lucha prefigurativa». Este enfoque nos lleva a rechazar el tipo de práctica política que se basa en pensar únicamente en *revindicaciones*. Si bien exigir recursos es importante, lo que no se puede pedir son nuevas relaciones sociales: hay que crearlas. Las relaciones forjadas en la lucha no son un agradable subproducto de nuestras actividades, sino una parte esencial de esa lucha, que además también nos permiten vislumbrar lo que podría ser posible en una sociedad poscapitalista.

Esta política es también una política que reconoce la necesidad de reintroducir la imaginación en la práctica política. El análisis de los capítulos 3 y 4 explica por qué tan a menudo lo que realmente queremos ni siquiera figura en la agenda del Estado. Queremos viviendas mejores que «adecuadas», y que satisfagan las necesidades de todas las personas, no solo de la familia nuclear. Queremos una asistencia sanitaria que nos permita controlar nuestros cuerpos y a combatir las causas de la enfermedad; una educación que fomente la cooperación y no la competencia; un sistema de seguridad social que no ate a las mujeres al hogar. Sabemos que nada de esto es posible dentro del marco capitalista. Pero limitar nuestra acción a exigir «más de lo mismo» es perder la oportunidad de desafiar al capitalismo en su raíz rechazando su agenda, sus definiciones y sus relaciones sociales, y amenazando así su estabilidad. También significa perder la oportunidad de elaborar, imaginar y construir por nosotros mismos el tipo de organización social que nos gustaría ver.

LAS RELACIONES IMPLICAN SEXO Y RAZA

Cuando comprendemos que nuestra lucha es contra una determinada forma de relaciones, queda claro que las acciones antisexistas y antirracistas son parte intrínseca de ellas. Entre las reivindicaciones económicas que tan a menudo plantean los sindicatos, las demandas como mujeres o como minorías raciales parecen haber sido tratadas a menudo como extras secundarios. Ahora entendemos su importancia fundamental.

Sabemos que la vieja estructura de relaciones de desigualdad entre hombres y mujeres ha impregnado el capitalismo de arriba abajo. La subordinación de las mujeres es un componente integrante del modo de dominación que el Estado se dedica a imponer. Lo vemos en sus políticas hacia la familia

y el trabajo femenino, y en la práctica diaria de sus muchas instituciones. Por lo tanto, nuestra lucha contra el sexismo y contra las formas de la familia que nos parecen restrictivas y deformantes es una parte esencial de la lucha contra la «forma de Estado».

Uno de los pilares de la relación capitalista y del molde que el Estado intenta mantener se desafía cada vez que hombres y mujeres rechazan definir sus relaciones en términos de matrimonio o intentan formar hogares alternativos y duraderos. Como mujeres en el ámbito doméstico, cada vez que tomamos una decisión autónoma sobre cómo vivir estamos actuando políticamente en relación con el Estado. El reto al que se enfrentan las mujeres es reconocer las opciones y cómo defenderlas una vez tomadas. La otra cara de la subordinación femenina es la heterosexualidad, no solo dominante sino también impositiva, en una cultura que discrimina de forma tan dolorosa a las personas homosexuales y a las asexuales.

De nuevo, al centrarnos en el aspecto relacional del Estado, vemos que el racismo y el imperialismo dentro del sistema capitalista adquieren un significado particular. Las luchas autónomas de caribeños, asiáticos o católicos irlandeses en Gran Bretaña son en sí mismas un desafío directo para el Estado.

Ahora que hemos identificado el tipo de lucha que queremos, debemos examinar los recursos de los que disponemos actualmente y la ayuda que podemos esperar de los partidos socialistas y los sindicatos.

DECEPCIÓN EN LOS PARTIDOS

Tradicionalmente hemos recurrido a los partidos políticos en busca de ideas sobre cómo luchar mejor, pero es revelador que ninguna de las personas entrevistadas considerara que los partidos políticos tuvieran algo útil que decir sobre la situación en la que se encontraban. La mayoría compartía que ni los partidos socialdemócratas como el Partido Laborista y, cada vez más, el Partido Comunista, con su mensaje de «el Estado está de nuestro lado y necesitamos más», ni los partidos revolucionarios («el Estado es el enemigo y debemos destruirlo») decían algo sobre cómo actuar en la vida diaria en relación con el Estado.

A pesar de que hoy una proporción enorme de gente trabaja para el Estado, en particular muchos militantes socialistas, ambos tipos de partidos han dado a entender que, si no se trabaja en una fábrica, la actividad política debe ser una cuestión para las tardes y los fines de semana. Esto no quiere decir que se haya desanimado a los trabajadores estatales a participar en actividades en el lugar de trabajo, pero en la práctica dichas actividades se han reducido a presionar desde los sindicatos por salarios y condiciones laborales. Se trata claramente de algo importante —especialmente para los trabajadores con sueldos bajos—, aunque puede resultar más contradictorio para los «profesionales» del Estado que ya disfrutaban de salarios elevados y condiciones privilegiadas. Pero esto no es suficiente. No sirve para cuestionar la división de nuestro día en «trabajo» y «vida doméstica» que el capital impone. Y si nuestras preocupaciones «en el hogar» nunca están en la agenda política, ¿cómo vamos a encontrar la energía para luchar?

Irónicamente, los partidos políticos parecen ignorar la realidad evidente: la política del trabajo y del hogar. El trabajo se considera únicamente como una relación económica; el

hogar se define como un ámbito «privado». En el peor de los casos, se presentan nuestras preocupaciones por desarrollar una práctica coherente frente al Estado como una distracción de tareas políticas más importantes. En el mejor de los casos, las luchas sobre cuestiones como qué y cómo enseñar en la escuela, qué es o podría ser el trabajo social, cómo podrían ser las relaciones domésticas se valoran como un complemento añadido.

En muchos sentidos, el fracaso de los partidos socialistas a la hora de abordar nuestra compleja relación con respecto al Estado es comprensible a la luz de la historia. El papel del Estado en la lucha de clases actual no es el mismo que en la época en que se formuló la teoría marxista «clásica». Los problemas al comprender el papel del Estado en la lucha de eran muy diferentes para Lenin, por ejemplo. En la sociedad para la que escribía, los trabajadores no tenían el mismo contacto cotidiano con las agencias estatales de educación o bienestar social, ni el Estado intervenía en todos los acuerdos salariales o mantenía lazos tan estrechos con los sindicatos. El contacto directo más frecuente de los socialistas con el aparato estatal era con sus partes más abiertamente represivas —la policía y el ejército— y, aunque este contacto era importante, no planteaba ninguna dificultad teórica evidente.

Además, debido al alcance limitado de la intervención estatal, la actividad política socialista se concentraba mucho más claramente en el partido. Por eso, Lenin podía basar sus escritos sobre el Estado en el supuesto de que el partido actuaba como mediador entre los socialistas y el Estado y que, por lo tanto, la única cuestión a debatir era la estrategia del partido frente a él.

Estos debates eran, y siguen siendo, de gran relevancia para la práctica socialista. El llamado a destruir el Estado es tan importante ahora como lo fue siempre. Pero no basta. No explica claramente al socialista que está en contacto diario

con el Estado qué significa realmente «destruir el Estado» ni cómo puede orientar su actividad diaria de manera que forme parte de la lucha por el socialismo. Para un profesor en el aula, por ejemplo, la naturaleza del Estado es absolutamente fundamental, pero la estrategia de partido será periférica, a menos que aborde los problemas reales de su práctica. O pensemos en el ejemplo de los inquilinos de viviendas sociales que se organizan para obligar al ayuntamiento a erradicar la humedad en sus casas. Su relación con la autoridad local será, en general, de confrontación directa. Aunque los miembros individuales del grupo puedan ser miembros de partidos o agrupaciones políticas, las luchas rara vez adoptan una forma de luchas partidistas —y, de hecho, es poco probable que esta sea la forma más eficaz de llevarlas a cabo—.

Además del limitado margen de cuestiones que los partidos parecen capaces de abordar, otro factor que disuade a muchas personas de afiliarse es la naturaleza de su estructura interna y sus formas de acción. La concepción limitada de «lo político», que tiende a excluir «lo personal» de su ámbito, que ha condicionado la elección de los temas por los que luchar, a menudo también ha afectado negativamente a su propia organización interna. Los partidos se basan en métodos de representación que desvinculan la dirección de la base, y con frecuencia no son suficientemente conscientes de lo que resulta opresivo para las mujeres, las personas negras, los homosexuales o las personas con poca educación formal. Esto ha hecho que muchos miembros potenciales se sientan excluidos, subordinados o subestimados dentro de ellos, limitando su utilidad práctica.

Estas pueden ser algunas de las razones por las que muchos militantes socialistas deciden no afiliarse a ningún partido. Esto no significa que el «partido» sea irrelevante. Quienes participan en la lucha necesitan a otras personas para desarrollar sus ideas, necesitamos apoyo mutuo y una memoria

de clase. La actividad difusa, esporádica y local no bastará por sí sola para impulsar el cambio social profundo y fundamental que se necesita. Sin embargo, los partidos son contradictorios, y a falta de un replanteamiento y una reestructuración importante, no podemos recurrir a los partidos políticos en busca de ideas o apoyo para abordar las cuestiones concretas que se analizan aquí: la práctica cotidiana en y contra el Estado.

FRUSTRACIÓN EN LOS SINDICATOS

El segundo canal tradicional de la lucha de clases son los sindicatos. En los últimos años, muchos trabajadores del Estado se han sindicalizado. La afiliación sindical en este ámbito ha crecido de forma espectacular durante la última década. Este avance es valioso. Ha comenzado a dar dignidad a los trabajadores estatales con salarios más bajos. Una trabajadora hospitalaria negra nos dijo: «Antes nos trataban como basura, pero desde que el sindicato se ha vuelto más activo, tienen que tratarnos con más respeto». Además, la afiliación sindical ha ayudado a algunos «profesionales» del Estado a empezar a verse a sí mismos como trabajadores y a comprender su relación con el movimiento obrero.

Sin embargo, las personas que entrevistamos en el capítulo 1 consideraban que afiliarse a un sindicato no era una respuesta suficiente a sus problemas. La agenda de la mayoría de los sindicatos del sector público se centra en los salarios y las condiciones laborales, pero descuida las cuestiones relacionadas con el contenido del trabajo. Temas como el sistema de exámenes escolares, la relación de trabajadores y pacientes en los hospitales o las complejidades de la relación en el trabajo social no ocupan espacio en las reuniones sindicales. Más concretamente, la práctica sindical del sector público rara vez, si es que alguna vez, cuestiona las relaciones

sociales implícitas en el Estado. No cuestiona la jerarquía ni la división del trabajo. A menudo, la discriminación sexista y racista pasa sin ser comentada. Muchos trabajadores estatales sienten que los sindicatos les ofrecen poca ayuda en muchos aspectos que, como socialistas, les preocupan de su trabajo. En el peor de los casos, los sindicatos reflejan las mismas contradicciones de las organizaciones estatales de las que han surgido.

A raíz de la sindicalización del sector público, ha proliferado un rápido crecimiento de los movimientos de oposición dentro de los sindicatos —como el Sindicato Nacional de Docentes de Base, NALCO Action o Redder Tape (en la función pública)—. Aunque resultan muy importantes como desafío a la burocratización del sindicato, no han aportado una respuesta a nuestra difícil situación frente al Estado. Su actividad suele centrarse en producir unas versiones más militantes de las reivindicaciones tradicionales del sindicato.

Las implicaciones de la acción sindical convencional en el sector público se hicieron especialmente patentes durante las huelgas del invierno de 1978-1979, en las que participaron trabajadores hospitalarios, basureros, sepultureros, conserjes escolares y otros, y demostraron dolorosamente la contradicción entre la necesidad de defender el nivel de vida de los trabajadores del sector público y las consecuencias inmediatas de esa lucha para las personas que dependen de los servicios que prestan. Los más perjudicados por la interrupción de los servicios hospitalarios fueron inevitablemente aquellos que no podían costear un tratamiento privado. Las mujeres —especialmente las madres trabajadoras— fueron las más preocupadas por la negativa de los conserjes escolares a abrir los colegios y por la acción posterior del NUT de no supervisar la hora del almuerzo, dejando a los niños comiendo en freidurías y corriendo por las calles.

Los dirigentes de los sindicatos del sector público justificaron que la presión sobre la población por la interrupción de los servicios públicos se convierte, indirectamente, en presión sobre el Estado, que acabará accediendo a las demandas sindicales. Pero esta estrategia hace que los más débiles —los que ya sufren por el bajo nivel de los servicios estatales— sufran doblemente por su suspensión. Incluso ciertos grupos de trabajadores del Estado no pueden recurrir a esta estrategia no está al alcance de ciertos grupos de trabajadores estatales: investigadores, por ejemplo, trabajadores comunitarios u otros sin un «público» listo carecen de ese tipo de poder de presión.

El impacto de aquellas huelgas invernales sobre el Estado y el capital fue difícil de evaluar. La prensa y la televisión agitaron el ánimo popular, convirtiendo a los huelguistas en chivos expiatorios. Y muchas personas —que no son conocidas necesariamente por ser de derechas— comentaron que estaban perjudicando más a la gente común que al gobierno. Quedó claro que en futuros conflictos sindicales sería necesario desarrollar formas de acción más creativas.

Además, las huelgas del sector público no siempre han logrado especial éxito, ni siquiera respecto a sus objetivos. No podemos asumir que la retirada de la mano de obra tenga el mismo efecto en el Estado que en el capital privado. Precisamente porque perjudica más a la clase trabajadora que al propio Estado, este tipo de acción no impone sanciones eficaces. De hecho, una huelga en un hospital, por ejemplo, puede incluso ser bienvenida por la dirección, ya que su presión financiera se alivia temporalmente al no tener que pagar los salarios durante la huelga. En definitiva, no es adecuado tomar el sector privado como modelo de acción.

Las huelgas son fundamentales para fortalecer la confianza en la autoorganización y la capacidad colectiva de seguir luchando juntos. Rompen el aislamiento impuesto en el lugar

de trabajo: la experiencia de un piquete, bloquear el flujo de bienes y servicios, ilustra de manera vívida la solidaridad de la clase trabajadora. Además, la capacidad de defender los salarios y las condiciones laborales es condición previa para poder aspirar a cualquier avance.

Presentado por la prensa como una «carta de los sabotadores», el folleto del NUPE exponía algunas ideas nuevas sobre cómo resistir los recortes dirigidos específicamente a la cúpula del sindicato.

- Trabajar estrictamente según las normas y negarse a cooperar con los empleadores que están realizando recortes.
- Reorganizar los horarios de trabajo, sin consultar con los empleadores, para compensar los efectos de los recortes.
- Negarse a trabajar con contratistas privados.
- Celebrar reuniones, manifestaciones o huelgas simbólicas en los momentos en que más perjudiquen a los empleadores.

Esto es solo un resumen de lo que se puede hacer. Las tácticas más eficaces dependerán del tipo de trabajo que realicen nuestros miembros y de la naturaleza de los recortes que el empleador intente aplicar.

CÓMO PUEDE FUNCIONAR

Si se enfrenta a recortes, pida a su delegado o secretario de la sección sindical que organice una reunión en la que todos los trabajadores afectados puedan debatir las medidas más efectivas. Algunos ejemplos:

- Se reduce el número de limpiadores del ayuntamiento. Los miembros deciden reducir su carga de trabajo para compensar los recortes. Acuerdan no limpiar las salas del comité del ayuntamiento, el salón del alcalde y las oficinas de los altos cargos.

- Un hospital tiene falta de personal debido a los recortes. El personal de cocina reorganiza sus horarios, haciendo imposible proporcionar refrigerios para las reuniones internas en el hospital. El personal de enfermería insiste en que las salas se cubran siempre adecuadamente. Los celadores se limitan estrictamente a sus funciones oficiales y se niegan a realizar trabajo adicional.
- El personal de restauración del ayuntamiento lleva a cabo una huelga simbólica que hace imposible servir comidas en el comedor de los concejales mientras el ayuntamiento está reunido.
- El personal de comedores escolares, cuando se reducen los puestos o se recortan sus horas, se niegan a asumir trabajo extra o a trabajar a un ritmo más rápido. El resultado: el servicio de comidas se retrasa, la limpieza también y las clases no pueden reanudarse a tiempo.

Estos son solo algunos ejemplos, pero muestran cómo los miembros del NUPE pueden obligar a los empleadores a afrontar las consecuencias de los recortes que decidan realizar.

Sin embargo, como hemos visto, los servicios estatales no se han desarrollado simplemente en respuesta a las necesidades y demandas de la clase trabajadora. Por el contrario, tienen que ver tanto con mantener la relación capitalista como con la mitigación de sus consecuencias más duras. Por ello, deben existir formas en que la «acción sindical» sea capaz de perjudicar al Estado sin perturbar de manera tan divisiva la prestación de servicios que resultan necesarios para la clase trabajadora.

El efecto de las políticas y prácticas actuales de los sindicatos del sector público ha sido que muchas personas que se preocupan realmente por su trabajo —que lo eligieron precisamente porque lo consideraban un trabajo «que valía la pena», útil para la gente— a menudo se niegan a afiliarse

a un sindicato. No solo los reaccionarios han mostrado ser poco militantes. También mucha gente piensa que «si te preocupas por las personas, no puedes afiliarte al sindicato».

La incapacidad de los sindicatos para desenredar las contradicciones del Estado, para reconocer que lo que necesitamos son sus recursos, no sus relaciones, ha tenido, por lo tanto, dos consecuencias negativas. Los sindicatos no son tan grandes ni tan fuertes como podrían serlo. Y los «usuarios» de los servicios públicos no han podido apoyar sin reservas la acción sindical.

LUCHAS AUTÓNOMAS

Vimos que —especialmente en la década de 1960— surgieron luchas fuera de los marcos de los partidos y los sindicatos. Mencionamos la Campaña por el Desarme Nuclear, el Movimiento de Mujeres, y las acciones de las minorías raciales y de los estudiantes. Vimos que lo significativo de estos movimientos es que no se limitaban, como suelen hacer los partidos y los sindicatos, a negociar las mejores condiciones posibles dentro de un modo de producción totalmente inaceptable, sino que cuestionaban y enfrentaban las relaciones sociales capitalistas, planteando problemas que son totalmente imposibles de resolver dentro de ese marco. No es casualidad que, para ello, se salieran de las formas convencionales de organización socialista. Para oponerse a determinadas relaciones, es necesario desarrollar también nuevas relaciones de lucha.

Una segunda característica fundamental de estos movimientos es que sostienen que el primer paso para entrar en la lucha es comprender y actuar sobre nuestra propia experiencia de primera mano. Esto contrasta con los partidos,

que reclutan a sus miembros en tipos de situaciones muy diversos, y les ofrecen una «línea», que se aplica a cada nueva situación conforme se desarrolla.

El respeto por la experiencia de primera mano ha sido un pilar importante de este libro. Se refleja en nuestra forma de iniciar un debate sobre teoría y tácticas a partir de las palabras cuidadosamente registradas de quienes realmente están implicadas. Escuchar lo que la gente tiene que decir, y ayudar a otros a escucharlo, es la única forma de comprender las relaciones capitalistas, ya que son esencialmente personales.

Porque desafía las relaciones de manera más eficaz, la lucha autónoma puede resultar más amenazante para el Estado que las prácticas de los partidos y los sindicatos, centradas a menudo en el nivel de las cuestiones sobre los recursos — demandas de más salario o más viviendas—. Sin embargo, muchas de las luchas desarrolladas bajo el nombre de «acción comunitaria» han puesto de manifiesto la debilidad de la organización autónoma. Aunque se basa en la experiencia inmediata de las malas condiciones de vivienda, la falta de hogar, las humillaciones y el empobrecimiento de «reclamar» o el timo de precios en los supermercados, con demasiada frecuencia no ha pasado de la vivencia personal a la comprensión de la causa. Las organizaciones comunitarias han sido a menudo pequeñas, efímeras, competitivas y divisivas. No han sabido comprender la naturaleza del Estado y, en ocasiones, han sido cooptadas por los mecanismos diseñados para integrarlas. A menudo, faltaba conciencia de clase.

En segundo lugar, al igual que lo que ofrecen el partido y el sindicato es a menudo una actividad «fuera del horario laboral», asistir a reuniones, distribuir folletos, en lugar de transformar realmente la forma en que hacemos nuestro trabajo día a día, la lucha autónoma ha sido con frecuencia más una cuestión de concienciación que de contraorganización material.

6. Posibilidades de oposición actuales

Aunque ninguna de las personas con las que hablamos en el capítulo 1 se involucraran en formas particularmente drásticas de lucha de clases, todas fueron capaces de identificar resquicios en las condiciones de su relación con el Estado desde los cuales resistir o cuestionar la forma de las relaciones que se les imponían. A veces intuían que esa posibilidad estaba ahí, pero que no habían sabido aprovecharla, que el precio a pagar era demasiado alto o que el apoyo del resto que habían recibido era insuficiente.

De la experiencia de estas personas, así como de la nuestra propia como «clientes» y trabajadores del Estado y de relatos de otros con quienes hemos conversado o a quienes hemos leído, podemos recoger algunos ejemplos de acción de oposición que ilustran la variedad de maneras en que nos vemos envueltos en la «forma-Estado» y cómo podemos empezar a resistirla.

Somos conscientes de que estas luchas no son, por sí solas, suficientes. Suelen ser luchas reducidas, fragmentadas y aisladas. Las utilizamos para mostrar posibles tácticas que cuestionen la forma estatal de las relaciones, no como una estrategia completa para superar el capitalismo. Son, en combinación con una red creciente de luchas similares, esenciales, pero su importancia es relativa a la medida en que estén integradas en una lucha general por el socialismo.

Superar la individualización

El Estado tiende a individualizarnos, a disminuir la percepción de que tenemos intereses de clase. La *única* manera de reforzar nuestra identidad de clase es, por ello, la lucha colectiva. Además, a menudo es también la forma más eficaz de actuar.

Los profesores con los que conversamos, y particularmente Mary, habían descubierto que, cuando se organizaban colectivamente, podían darse apoyo mutuo para trabajar de formas que cuestionaban ciertos *modus operandi* bastante generalizados. Docentes de distintas asignaturas empezaron a usar sus horas libres para acudir a las clases de otros profesores, con el fin de abordar juntos distintos problemas. Lo hicieron sin el conocimiento de la dirección de la escuela. Esta práctica ayudó a los profesores a desarrollar ideas socialistas sobre su trabajo y a combatir el aislamiento que sentían.

Además, Mary trabajaba en un departamento donde había otros profesores socialistas. La implicación colectiva en iniciativas como, por ejemplo, proyectar películas contra el racismo, les permitió ampliar su alcance y posibilidades: «Como todo el departamento decide hacerlo, no hay forma de que impidan que lo hagamos».

El simple hecho de negarse a actuar de manera individualista y de insistir en la organización colectiva puede suponer una clara amenaza real a instituciones estatales burocráticamente organizadas. Esto dijeron los trabajadores del centro jurídico:

Somos diez. Al principio, existían puestos oficiales: tantos mecanógrafos, tantos recepcionistas, un bibliotecario, un trabajador social y algunos procuradores. Aunque ya entonces intentábamos gestionarlo colectivamente, las discusiones colectivas solo trataban sobre administración, sobre cómo ofrecer un mejor servicio a los clientes. Así lo habían previsto originalmente. Ahora es distinto. Hemos repartido las cosas de manera más igualitaria. Los mecanógrafos han empezado a hacer el mismo trabajo que los demás. Todos colaboramos en las tareas más fastidiosas, las de mecanografía y recepción.

Hemos recibido críticas formales al respecto. Piensan que cada centro como el nuestro debe tener un director y que debería haber un comité de gestión centralizado. La gestión colectiva les molesta. Quieren una persona al mando para poder contactarla regularmente y responsabilizarla, para despedirla si lo creen necesario. Entre nosotros hemos discutido muchísimo sobre si deberíamos cooperar, hacer las cosas como los patrocinadores quieren que las hagamos. Algunos de nosotros decimos: «No. Tenemos que ser anárquicos, joderlos de todas las maneras posibles, para que se enteren de que estamos aquí».

Asiduamente, se nos empuja a competir entre nosotros, sea como individuos o como familias. En ocasiones la gente se da cuenta de la trampa y encuentra otras formas de hacer las cosas.

Todos los inquilinos de Sporte Court, un conjunto de apartamentos insalubres en Battersea, tenían la esperanza de ser trasladados a viviendas mejores. Con ayuda de Peoples Aid y Action Centre, contrataron un médico para entrevistar y examinar a todas las personas que vivían allí —un total de diecisiete familias—. De ese proceso resultó un informe que demostraba que todas ellas necesitaban ser realojadas por motivos médicos y médico-psicológicos derivados del estado de su vivienda, y que pudieron utilizar para reforzar su campaña de realojo.

Probablemente, la esquina de privatización en la que más profundamente el Estado y el capital nos han encajonado es el ámbito de la familia nuclear. Por ello, cada pequeño avance hacia una desprivatización de funciones tales como negociar con la Seguridad Social, o hacia una socialización de las cargas y gratificaciones de los cuidados, puede llegar a desafiar no solo la «forma-Estado» sino uno de los pilares fundamentales de la organización capitalista.

Rechazar categorías equívocas

El Estado tiende a tratarnos mediante categorías que, aunque reflejan un aspecto de nuestra situación real y por ello no son del todo falsas, son engañosas e, igual que la individualización, ocultan la realidad de nuestra identidad.

Es imposible rechazar íntegramente dichas categorías, dado que refieren a aspectos ciertos de nuestra experiencia. Pero podemos, en nuestras luchas, intentar superarlas y actuar a partir de intereses más amplios y compartidos. Este punto de vista lo comparten comúnmente personas que están involucradas en la acción comunitaria y que han tratado, por ejemplo, de establecer vínculos entre los inquilinos de vivienda pública y los trabajadores de la construcción empleados directamente, o unir a propietarios e inquilinos en esfuerzos comunes para mejorar las condiciones de la vivienda. Las categorías oficiales nos confunden y nos enfrentan. Algunos grupos han resistido, con éxito, esta táctica de *divide y vencerás*.

Un grupo de Active Pensioners, por ejemplo, decidió incluir a toda persona que recibiera una pensión pública dentro de la categoría de «pensionista». De este modo forman parte del grupo, además de personas mayores, personas jóvenes con discapacidad, pudiendo con ello incluir sus problemas específicos en las campañas.

La categoría de «comunidad» es, ella misma, ambigua. En la medida en que el capitalismo tiende, con sus bruscos ciclos de expansión y decaimiento, a ignorar y destruir los esfuerzos de las personas por forjarse un sentido de la pertenencia, la comunidad es algo por lo que luchar. Sin embargo, es empleado habitualmente en el discurso oficial para restringir la conciencia a una identidad limitada, minimizando cualquier sentido de pertenencia de clase a través de la rivalidad y la confrontación.

El «Proyecto de desarrollo comunitario del Ministerio del Interior»¹¹ constituye un ejemplo interesante de proyecto estatal cuyas intenciones a este respecto fueron frustradas por sus propios trabajadores. Muchos eran socialistas, y muchos más llegaron a serlo como resultado de lo que aprendieron a lo largo del proyecto.

Los distribuyeron entre doce organismos locales principalmente en diferentes zonas de decadencia urbana. Se esperaba que estudiaran y analizaran los problemas de sus respectivas comunidades y desarrollaran mecanismos para que las propias comunidades los solventaran. En lugar de esto, rechazaron la definición de «comunidad» propuesta por el Estado y los límites que establecía, y redactaron informes conjuntos con un análisis de carácter nacional tratando los problemas de cada zona como lo que realmente eran: producto no de la mala suerte o la incompetencia de sus habitantes, sino del capitalismo.

Autodefinirnos en términos de clase

Lo que ocultan el individualismo y las categorías equívocas empleadas por el Estado es la realidad de la clase. Por ello, el objetivo de los socialistas dentro del Estado consiste en mostrar el carácter clasista de la sociedad y del Estado y encontrar formas materiales de expresar esta conciencia de clase en la lucha.

En 1976 el Comité de Transporte de West Yorkshire anunció recortes de 50.000£ en presupuestos para el sistema de autobuses. La delegación local del sindicato T&GWU los aceptó con la garantía de que no se verían afectados ni el

11. NdE: *Home Office Community Development Project*, programa piloto a gran escala financiado por el gobierno laborista británico entre 1969 y 1980 cuyo objetivo era abordar la privación y la pobreza urbanas en 12 áreas distintas mediante la colaboración con las comunidades locales.

empleo ni los salarios. Tampoco hubo iniciativas contra los recortes por parte del consejo sindical de Leeds o de los partidos políticos.

La «Campaña de Leeds contra los recortes» contactó con Platform, un pequeño grupo de trabajadores del sistema de autobuses de la ciudad. Compartían la certeza de que los recortes afectarían tanto a los trabajadores como a la comunidad: habría despidos y recortes salariales, y aquella mitad de la población, que dependía completamente del transporte público, sufriría el deterioro de los servicios. Pronto se vio que en el ámbito del transporte público se requería construir lazos fuertes entre trabajadores y usuarios, y así establecieron el Public Transport Group, donde actuarían conjuntamente.

Los trabajadores del sector del autobús observaron que las protestas públicas contra la deficiencia de los servicios les ayudaban a presionar a los dirigentes sindicales para adoptar acciones combativas. También se dieron cuenta de que, al señalar la falta de personal o de piezas de recambio, los usuarios empezaron a entender la conexión entre los recortes del gobierno y el porqué de que «ayer por la noche no pasó ningún 86». Más adelante, lograron evitar un incremento del 24% en las tarifas mediante la organización conjunta de una campaña, y planean en el futuro aplicar la táctica de «no cobrar los viajes», pues están convencidos de que es la mejor forma de emplear el poder de clase de trabajadores y usuarios.

Especialmente en el caso de las «profesiones» estatales, identificar la estructura de clase del conflicto no es suficiente. Hace falta decidir, personalmente, de qué lado de la lucha se está, y expresarlo materialmente con lo que uno hace. Esto ha ocurrido en multitud de incidentes distintas: cuando los trabajadores sociales han reforzado las barricadas de

inquilinos contra el empleo de la fuerza represiva del Estado, o cuando funcionarios del sistema judicial se han negado a elaborar informes sobre okupas.

La elección de tácticas con conciencia de su dimensión de clase debe extenderse, sin duda, a las huelgas en los grandes sindicatos de trabajadores manuales del sector público. La táctica de abordar «solo las emergencias» no siempre es viable. A menudo es imposible distinguir casos urgentes de casos rutinarios. Para quienes dependen de las comidas a domicilio, no recibir las les supondría por sí mismo una emergencia. Es por ello que muchos trabajadores asistenciales, como los que acuden a domicilio, se niegan a hacer huelga. Una estrategia que permita seguir ofreciendo los servicios, al tiempo que se niega a imponerles la «forma estatal», puede resultar mucho más amenazadora para el Estado que ir a la huelga.

Definir nuestro problema en nuestros propios términos

Como hemos visto, el Estado tiende a definir los problemas que vivimos en términos que no reconocemos. Cuando protestamos, nos vuelven a apuntar a nosotros. Tenemos que insistir en definir los problemas con nuestros propios términos y rechazar la culpa cuando esta no reside en nosotros, sino en la forma capitalista de producir y las relaciones sociales capitalistas.

Con qué frecuencia, cuándo enfermamos..., todo eso nos hace sentirnos culpables. «Estoy en riesgo de tener cáncer de pulmón porque soy adicto a los cigarrillos»; «tengo una enfermedad hepática porque no puedo evitar beber».

Las autoridades sanitarias tienen asignados presupuestos para «educación en salud», destinados a divulgar ideas sobre el autocuidado o la disciplina alimentaria, el consumo de alcohol y tabaco entre la población. Los trabajadores del CHC con los que hablamos comentan:

Al principio pensamos que la educación en salud era una tontería liberal. Pero entonces vimos que podíamos usar esos recursos para advertir a las personas de las verdaderas causas de sus enfermedades y adicciones. A través de la «educación en salud» oficial hemos podido explicar a la gente las causas ambientales del cáncer. Han visto cómo el estrés del trabajo y las preocupaciones causadas por las relaciones capitalistas pueden causar enfermedades mentales. Y que muchos excesos alimentarios son alentados por la publicidad. Pocas cosas conciencian tanto como identificar, colectivamente, las verdaderas causas del deterioro de la salud.

Cuando hay alumnos que dejan de manera reiterada de ir a clase, las autoridades educativas suelen poner la causa y la culpa a los propios alumnos y a sus familias.

Un grupo de Educational Welfare Officers luchó por el derecho a reunirse en privado, sin la presencia de superiores, para deliberar colectivamente sobre su trabajo. De esas reuniones y de la experiencia compartida de problemas similares, comprendieron que el absentismo escolar, más que ser un problema generado en el alumnado o en su casa, era un problema para la escuela, producido por la escuela. Al hacerlo, decidieron de qué lado estaban. El siguiente paso fue intentar desarrollar respuestas más adecuadas al absentismo.

En el ámbito de la vivienda, cuando los inquilinos de viviendas públicas denuncian humedades en su casa, la respuesta suele ser: «es culpa tuya».

Tanto en Glasgow como en Edimburgo grupos de inquilinos insistieron en rechazar tal planteamiento. En Glasgow organizaron una protesta frente a la vivienda que el ayuntamiento exhibía como modelo y amenazaron con abrir una de las viviendas, afectadas por la humedad, como modelo alternativo. Llevaron alimentos podridos a la sala de plenos del ayuntamiento. En Edimburgo, donde la humedad afectaba a muchas viviendas públicas, causando hongos y

destrozando ropa, además de dañar la salud de los inquilinos, el ayuntamiento señaló su «estilo de vida» como causa: recomendaron que mantuvieran la calefacción encendida las 24 horas del día, siete días por semana, mientras, a la vez, se mantenían las ventanas abiertas. Se formaron Grupos de acción conjunta [*Joint Damp Action Groups*] para unir inquilinos de diversas fincas. Compararon su situación con la de los inquilinos de Glasgow. Durante tres años siguieron los procedimientos oficiales —escribieron cartas, presionaron delegaciones, concertaron reuniones, etc.—. Organizaron una protesta masiva diseñada para paralizar la sección del ayuntamiento responsable de vivienda. Ocuparon el Comité de Vivienda y amenazaron con la huelga de alquileres.

Aunque en Glasgow y Edimburgo todavía no hayan ganado un acceso a viviendas libres de humedad, han hecho valer su visión del problema. Aunque pequeñas, en Glasgow se lograron reducciones en el precio de adjudicación. Edimburgo ha destinado aproximadamente 250.000£ al tratamiento de la humedad en viviendas —insuficiente, pero una admisión de responsabilidad—.

Ir más allá de nuestras competencias

El Estado fragmenta las responsabilidades de tal forma que a distintas personas y organismos se les asigna, a cada uno, la gestión de partes distintas de nuestros problemas. Así, los problemas de vivienda y los problemas de salud se tratan como cuestiones separadas, pese a que sabemos lo relacionados que están. Esta forma de división de las competencias se traduce en el ocultamiento de la causa que está de fondo: la relación social capitalista. A menudo, incluso nosotros somos incapaces de plantear y actuar sobre los problemas como un todo. Como trabajadores del Estado debemos encontrar las formas, en nuestras luchas, de rechazar estas divisiones y organizarnos para poner la totalidad en el punto de mira.

Los trabajadores del CHC señalaban:

Se supone que tenemos que colaborar con el NHS. Pero en nuestra opinión, hay poco que hacer respecto a la salud a través del NHS. En el origen de estos problemas de salud están los ingresos bajos, las malas condiciones de vida y los trabajos peligrosos. Los CHC deberíamos plantarnos y decir: «Al diablo con el NHS, vamos a ocuparnos de cuestiones de salud y seguridad. Creemos que entender y explicar las causas de que la gente enferma es más importante que ayudar a la administración a gestionar el NHS».

Fueron más allá de sus competencias señalando una fábrica como un peligro para la salud. Una médica visitó el centro de trabajo, donde los trabajadores estaban luchando por obtener reconocimiento sindical. Las trabajadoras pidieron ser visitadas por la médica y obtuvieron un informe útil para su lucha, puesto que mostraba la prevalencia de enfermedades dermatológicas y otras enfermedades causadas por sus condiciones laborales.

Rechazar los procedimientos oficiales

El Estado ritualiza las prácticas en las que nos involucra para desalentar cualquier expresión disruptiva de nuestras necesidades. Este efecto atenuante surge de la «representación», de los procedimientos de comisiones, del «derecho a hablar» o a participar, de la confidencialidad. Muchas luchas fructíferas contra el Estado se basan en rechazar esta clase de procedimientos. Elegir un representante y delegar en ellos el poder de negociar impide la participación plena de la mayoría, y distancia y coopta a quien representa.

Los trabajadores del CHC y el ayuntamiento pasaron de acatar estrictamente los procedimientos oficiales a actuar directamente, con buenos resultados. La Area Health Authority anunció la clausura de un hospital local:

Al principio, forzamos a la AHA a consultar a la población de la zona. Tuvimos que llevarlos a juicio para conseguirlo. Pero tras la consulta, el ministro confirmó la clausura. Claramente, la consulta no había servido para nada. El ministro nos había ignorado. Pero el enfado era generalizado. Pensamos que, en lugar de seguir con los procedimientos inútiles, teníamos que dejar claro a la AHA lo indignada que estaba la gente. Basta de enviar cartas al ministro, de concertar reuniones, de debatir documentos. En lugar de eso, nos organizaremos y lucharemos.

Los trabajadores del CHC contrastaron lo que lograron organizándose y luchando con la desmoralización de las infinitas cartas y negociaciones. «Se ganan tantas cosas cuando se sale de los moldes... Estar en un piquete o en una manifestación te genera un sentimiento de solidaridad, y una mayor conciencia de tu propio poder».

La experiencia de muchos trabajadores de organismos judiciales a la hora de usar los recursos legales que ofrece el Estado los ha llevado a concluir que la ley, en cuanto que promesa de igualdad, es una farsa. Además, los procedimientos implicados tienden a limitar la capacidad de las personas para actuar.

Los trabajadores del juzgado con quienes hablamos estaban asesorando a un grupo de inquilinos en su lucha contra un plan de reurbanización. Ante la disyuntiva entre seguir respetando los procesos legales, con escasos resultados, o denunciar el fraude, decidieron que lo mejor era abandonar cualquier esperanza de utilizar la legalidad a su favor. En lugar de eso, se unieron físicamente a los inquilinos para bloquear la máquina excavadora, en un acto de resistencia pasiva. Escogieron actuar así como una forma de ampliar y fortalecer las capacidades de la clase trabajadora y de exponer los límites de un discurso que insiste en que la justicia es plenamente alcanzable dentro del sistema judicial.

Rechazar las prioridades de las direcciones

El Estado es una jerarquía o, más precisamente, un sistema de jerarquías. Quienes trabajan en él suelen encontrarse con normativas destinadas a evitar que se rebasen las fronteras entre los niveles. A los concejales no suele permitírseles comunicarse con funcionarios de niveles inferiores, y viceversa. A su vez, el contacto entre concejales y burocracia suele restringirse a niveles superiores, donde puede ser controlado. De forma parecida, vimos casos en los que, en los colegios, la normativa impedía que los docentes tuvieran contacto directo con las familias de sus alumnos.

En ocasiones, tanto concejales como otros trabajadores del Estado han concluido que una forma eficaz de desafiar la forma-Estado y un paso necesario a la hora de organizarse consiste en encontrar métodos materiales de romper con esas relaciones jerárquicas, haciendo contactos con los distintos niveles y entre departamentos, e insistir en el derecho a reunirse sin la presencia de superiores.

Dentro de las jerarquías, cuestionar ciertas decisiones implica escalar a niveles superiores. Los partidos socialdemócratas utilizan esta táctica buscando llegar a una altura estratégica desde la que esperan influir en favor de la clase obrera. No obstante, hemos visto que, a medida que ascienden, van asumiendo responsabilidades que los llevan a abandonar a la clase trabajadora o, en el mejor de los casos, a convertirse en aliados poco fiables. La lucha desde y contra el Estado no es un juego gradualista sujeto a la discreción de las direcciones.

Las conversaciones que tuvimos con concejales sin cargo específico [*backbenchers*] del Partido Laborista, así como con sus aliados y apoyos dentro del partido, nos llevaron a pensar que existía una diferencia importante entre los espacios de dirección y los de oposición. Formar parte del consejo municipal ofrecía ciertas ventajas y oportunidades, en la medida

en que permitía amplificar, desde plataformas públicas, el impacto de ciertas situaciones. Podían (limitarse a) aprobar resoluciones y acuerdos que condenaran las políticas de recortes del gobierno, instar al ayuntamiento a restablecer los servicios y a desafiar la supervisión del Estado. Podían poner sobre la mesa las necesidades, y no solo los recursos. Pero se veían forzados a dejar de lado las luchas materiales por una lucha de forma meramente retórica, pues el poder de decidir sobre cuestiones materiales pertenecía exclusivamente a la dirección del gobierno municipal, para la cual, muy probablemente, el primer intento de desafiar al gobierno fuera también el último.

Aun siendo conscientes de las limitaciones, los *backbenchers* creían que lo más provechoso que podían hacer desde su posición era amplificar la diferencia entre los intereses de la dirección y los de la oposición en relación con los asuntos municipales. De vez en cuando surgía la oportunidad de convertir alguna forma concreta de oposición en un procedimiento establecido dándole cierta durabilidad. Un ejemplo fue la inclusión de asesores de relaciones raciales [*race relations advisers*] en ciertos espacios directivos: funcionarios negros cuya función consistía en supervisar y revisar los procesos administrativos.

En la historia de la gobernanza municipal hay algunos momentos que destacan, como las ocasiones en las que la delegación de responsabilidades deja de ser posible.

En 1921, en Poplar, George Lansbury y otros concejales se negaron a obedecer las instrucciones del gobierno central, que instaba a reducir las ayudas proporcionadas a una población ya empobrecida por el desempleo. Fueron enviados a prisión por ello.

Medio siglo después, en Clay Cross, concejales del Partido Laboralista se negaron, con el apoyo total de la clase obrera de la localidad, a aplicar el aumento de los alquileres impuesto por la Ley de financiación de vivienda [*Housing Finance Act*] de 1972.

En 1956, en el antiguo distrito londinense de St. Pancras, concejales del ala izquierda del Partido Laborista redujeron los alquileres municipales, provocando la expulsión de su partido y la imputación personal del déficit que sus decisiones habían ocasionado en las cuentas del ayuntamiento.

Más recientemente, la AHA de Lambeth, Lewisham y Southwark se ha negado a aplicar recortes en los servicios de salud locales. Como consecuencia fue destituida, y el Secretario de Estado nombró una comisión especial para ejecutar los recortes.

Como socialistas que actuamos dentro del Estado, o que estamos particularmente interesadas en el Estado, estamos lejos de tener claro qué deberíamos esperar de los cargos electos de la izquierda. ¿En qué consiste una oposición estratégica de izquierda en estos cargos? ¿Cuándo deja la oposición de ser mera gestión? ¿Cuáles son las condiciones mínimas para que otorguemos nuestro apoyo a un candidato socialdemócrata? Si no tenemos claro en qué debería consistir una oposición tal, y no estamos preparados para darles apoyo, no podemos esperar que los cargos electos decidan, desde una conciencia de clase, articular una oposición.

Organización alternativa en las luchas

Nuestras formas de organizarnos tienen que ser creativas. Con un poco de energía e imaginación, la manera en la que nos organizamos y luchamos puede, además de servir para

experimentar y desarrollar formas socialistas de hacer las cosas, constituir, por sí sola, una amenaza importante para la estabilidad del capitalismo.

El *work-in* [seguir trabajando], como alternativa a la huelga o a aceptar despidos, se ha utilizado para responder a la retirada de capital de empresas y a la clausura de fábricas y oficinas públicas. En el sector público, conforme los recortes comiencen a afectar departamentos enteros, el *work-in*, tal y como se empleó en Plaistow, Hounslow, el Elizabeth Garrett Anderson y otros hospitales, será una forma importante de resistencia.

En 1976, en Hounslow, se anunció la clausura de un hospital general de 66 camas. Los trabajadores comenzaron una campaña ese mismo año. Durante 1977 la campaña consistió en un *work-in*, con lo que el hospital mantuvo sus operaciones más allá de la fecha de clausura. Sin embargo, en octubre las autoridades irrumpieron por la noche, dejando camas y muebles desperdigados y trasladaron a los pacientes en ambulancias privadas contratadas por el Estado. Tras la irrupción, el hospital mantuvo su actividad durante un año más, hasta que finalmente la AHA reconoció las deficiencias del servicio que ofrecían y la necesidad de crear un hospital comunitario que reemplazara al anterior.

Ese mismo año, en el hospital de mujeres EGA, se inició un *work-in* para mantener el centro abierto —también pese a la amenaza de cierre— y garantizar que las mujeres pudieran seguir acudiendo, al tiempo que se fomentaban unas relaciones sociales más justas dentro del hospital. Las trabajadoras y las pacientes reivindicaban el derecho de las mujeres a recibir atención médica por parte de mujeres si así lo decidían, y desarrollaron alternativas como la Well Woman Clinic. Actualmente, el gobierno ha aceptado mantener algunos servicios para mujeres en el hospital.

ELEMENTOS COMUNES

Estos ejemplos, por fragmentarios e inconclusos que puedan resultar, ilustran formas de *contraorganización* en oposición a la forma-Estado. Todas son, de algún modo, *oposicionales*. Reflejan un aprendizaje derivado de las decepcionantes experiencias del reformismo y el gradualismo. Se basan en una conciencia del *conflicto de clase* y de la postura que toman en él. Al no limitarse a exhortaciones y acuerdos, son *materiales*. Y lo son también en cuanto que rehúyen el idealismo: parten de la experiencia directa de las dificultades, no del gesto altruista de personas politizadas que ofrecen su ayuda desde fuera. Todas estas luchas descritas *desafían la relación capitalista* y su *forma-Estado*, y lo hacen *prefigurando*, en la medida de lo posible, *formas de organización socialista* en el seno mismo de la lucha.

LA NECESIDAD DE NUEVAS ESTRATEGIAS

Como vimos en los capítulos 1 y 2, nuestra relación con el Estado es siempre contradictoria. Siempre hay algo que perder. La contradicción fundamental reside en que como *clientes* necesitamos los recursos que ofrece el Estado, y al cubrir esa necesidad se nos somete necesariamente a la forma-Estado de relación. Discutir sobre la lucha como si se emprendiera desde posiciones bien aprovisionadas y sólidas es completamente estéril. Es precisamente en la medida en que *no* lo estamos que nos organizamos para combatir. El capital puede muy bien estar en crisis, pero nosotros estamos, a menudo, en la pobreza. Lo que podemos permitirnos perder es siempre limitado, y tendremos que calcular en función de lo que podamos esperar ganar.

Como trabajadores del Estado, a menudo tenemos control sobre elementos materiales que otras personas necesitan, como asistencia sanitaria, seguridad social, transporte. En nuestras decisiones dirigidas a desafiar al Estado nos limita no solo por el perjuicio a otras personas de clase trabajadora, sino también la necesidad de conservar nuestros trabajos, y que cualquier acción que suponga una amenaza real para el Estado implicará, probablemente, que intenten despedirnos.

No siempre —y tal vez nunca— podremos tomar estas decisiones desde nuestra posición individual. Las posibilidades de luchas locales y limitadas, la capacidad de identificar y aprovechar posibles espacios de conflicto, depende en gran parte de la relación de fuerzas entre clases a un nivel más general. Esta relación cambia con el momento histórico, y la historia se teje en el día a día, el semana a semana, no a ritmo de siglo. Es esencial por ello que sepamos lo que ocurre a nuestro alrededor, a nivel internacional, nacional y en el departamento contiguo. La misma posición dentro de la estructura estatal ofrecerá distintas posibilidades en distintos momentos. Las posibilidades de que un individuo o grupo logre generar cambios que avancen al socialismo no dependen únicamente de su posición y sus acciones, sino del equilibrio de fuerzas entre clases en un momento dado.

Las revueltas estudiantiles alemanas de 1968, por ejemplo, llevaron a muchos marxistas a ocupar plazas de profesor en universidades, donde podían desarrollar una educación socialista. Durante el reflujo del movimiento, muchos de los que ocupaban posiciones inferiores perdieron su empleo. Los profesores titulares, en cambio, se mantuvieron a salvo. Conservaban su posición, pero el retroceso de la lucha a su alrededor mermó su capacidad para impulsar cambios. Así, nuestras acciones son importantes también por cómo

afectan a los demás. Aunque podamos creer que lo que hacemos nos afecta solo a nosotros, en realidad transforma el balance de fuerzas entre las clases para todos.

Las ideas que hemos desarrollado sobre la lucha dentro del Estado proceden de nuestra experiencia durante los últimos diez años: una década caracterizada, especialmente su primera mitad, por iniciativas estatales aparentemente liberales, aunque contradictorias. A principios de los setenta, muchos de los cambios implementados —desde el trabajo comunitario a los programas de intervención destinados a jóvenes delincuentes— eran verdaderos palos de ciego por parte del Estado. Estos experimentos, orientados a ensayar nuevas formas de integración y cooptación, se movían muchas veces en los límites y abrían espacios para la oposición que han sido ampliamente documentados.

En los últimos años, a medida que la capacidad del Estado de ofrecer recursos concretos a la clase trabajadora ha ido disminuyendo con tal de preservar la relación capitalista, el flujo de iniciativas destinadas a transformar las formas de dominación ha aumentado y se ha normalizado. Aprendiendo de sus tempranos experimentos, las nuevas fórmulas que ha implementado el Estado —desde la descentralización de competencias estatales y los consejos de consumidores hasta la participación de los trabajadores en la industria y los administradores de la comunidad escolar— son mucho más sofisticadas y altamente controladas. Las posibilidades de oposición se han reducido.

Ahora nos encontramos con un gobierno *tory* que, mientras promete recortes sin precedentes, en el gasto social aumenta los presupuestos destinados a la actividad represiva del Estado. En estas circunstancias, ¿tienen alguna relevancia los aprendizajes extraídos de las luchas contra el Estado de la última década? ¿Hasta qué punto las ideas que hemos trazado son adecuadas para lo que se avecina?

Una de las primeras consecuencias de una victoria electoral conservadora ha sido el desmantelamiento de muchos *quangos* [organismos estatales semiautónomos]. Los recortes en el gasto público han servido para justificar la acometida contra los centros jurídicos y de asesoramiento. Hacer investigación socialista será más difícil. El abandono de iniciativas implementadas por el Estado en el periodo anterior amenaza la subsistencia de quienes se oponen al mismo —son ilustrativos de ello el Proyecto de desarrollo comunitario comentado antes, amén de otras apuestas similares como la de Wandsworth—. En una situación así, puede que tengamos que defender ciertos mecanismos «participativos», por ambiguos que sean, siempre que nos ofrezcan más y mejores posibilidades de oposición que los modelos de gestión autocráticos y deliberadamente opacos. Esta situación, no obstante, presenta un nuevo peligro: que parezca que, al luchar por preservar ciertos servicios estatales, estemos defendiendo el propio Estado; que terminemos defendiendo la «forma-Estado» y las instituciones y servicios que la conforman; que nos veamos impulsadas a defender formas de gestión y de toma de decisiones muy restringidas solo por ser preferibles a otras formas aún peores.

Es importante que encontremos formas confrontativas de defender los espacios de oposición allí donde se vean amenazados. A modo de ejemplo, un profesor universitario cuyo curso sobre estudios de género esté en peligro puede hacer dos cosas. Puede escribirle una carta al director del departamento justificando su asignatura basándose en que se trata de una «especialización». O puede organizar una respuesta colectiva, con alumnos y otros profesores, reclamando su derecho a recibir esa asignatura. Muy a menudo, bajo la presión de los recortes y amenazas, nos apresuramos a justificarnos en términos de nuestra utilidad para el Estado. Con qué frecuencias los proyectos comunitarios, centros de asesoramiento u otros proyectos experimentales recurren

a súplicas como: «Por favor, no nos clausuréis. Ahorramos dinero; promovemos que la gente se cuide sola y la mantengamos alejada de las calles. ¡No damos problemas, de verdad!». Y con qué frecuencia terminan estas estrategias no solo en fracasos, sino en desmoralización.

Defender nuestras actividades sobre la base de que son valiosas y necesarias para la clase trabajadora, en vez de para suplir las necesidades y expectativas del Estado, puede a primera vista parecer más arriesgado. Pero tal vez así recibamos un apoyo organizado, además de visibilizar nuestra posición política —nuestro análisis del Estado— mediante nuestras acciones. Tenemos que defender aquellas prestaciones estatales que nos interesan, pero de forma que refuerce, en lugar de debilitar, las formas alternativas de relación entre nosotros y con el Estado —que pretendemos construir—.

Aun así, sería un error pensar que el gobierno *tory* va a significar el fin de los espacios de oposición generados por cambios en el modo de dominación el período previo. Si los recortes conservadores no han de provocar una crisis política inmediata, tendrán que ir acompañados de juegos de prestidigitación al estilo del «Gran Debate» en educación o la «Revisión de prestaciones complementarias».¹² Es posible que en los próximos años la oposición al Estado resulte más difícil de organizar, pero si los *tories* llevan adelante sus planes de gasto público podrían muy bien encontrarse con dificultades para seguir garantizando la imposición efectiva de la forma-Estado. A través de la contraorganización, podemos dificultarles

12. NdE: La *Supplementary Benefit Review* era una prestación sujeta a condiciones de recursos en el Reino Unido, que se pagaba a personas con bajos ingresos, independientemente de que estuvieran clasificadas como desempleadas, como jubilados, enfermos o padres solteros. Introducida en noviembre de 1966, sustituyó al anterior sistema de pagos discrecionales de asistencia nacional y tenía por objeto «complementar» otras prestaciones, de ahí su nombre.

todavía más esa tarea. Al modificar el modo de dominación —reduciendo la asignación de recursos a organismos «participativos» y «comunitarios» e incrementándola en el caso de la policía y las fuerzas armadas—, los conservadores están asumiendo un riesgo. Están desplazando su centro de gravedad de un pie al otro, y tal vez nos permita hacerles perder el equilibrio.

Un componente importante del ataque ideológico de los *tories* es su insistencia en que ha habido demasiada intervención estatal y demasiado «socialismo». El apoyo popular que los llevó al poder en las elecciones de 1979 se construyó sobre una profunda aversión al Estado. Que la gente sienta tal aversión tiene mucho sentido. Además de la mezquindad con que presta sus servicios, lo que más detestan son las relaciones opresivas y tediosas en las que los implica. Así, se alían con los burgueses, cuya aversión a los aspectos «bienestaristas» del Estado es de naturaleza bastante distinta. Si como socialistas nos limitamos a defender el Estado como proveedor de servicios, en lugar de oponernos a él por las relaciones que encarna, estaremos fallando tanto en la comprensión dialéctica del conjunto como en reconocer el buen juicio de la gente de clase obrera, formado a partir de su experiencia del día a día.

Pese a ser reaccionarias, las medidas del gobierno *tory* son radicales. Prometen una salida a la situación de bloqueo de los últimos años y se oponen explícitamente a la burocracia centralizada y al control estatal, que han asociado marcadamente al «socialismo». Estas medidas atraen a sectores de la clase trabajadora porque resuenan con su propia experiencia del Estado.

El Partido Laborista y el movimiento obrero, en cambio, parecen asumir una postura mucho más moderada, centrada en la defensa del Estado de bienestar. Los grupos situados a su izquierda, pese a ser más proclives a la acción militante,

no difieren fundamentalmente de esos planteamientos. Basta con observar los eslóganes: «Salvemos nuestros hospitales»; «defendamos los empleos y los servicios». Pero mientras que muchos militantes del movimiento obrero sienten un vínculo histórico con el Estado de bienestar, al que perciben como una gran victoria, las masas saben que no son «nuestros» hospitales ni «nuestros» servicios. No son nuestras instituciones, sino *las suyas*.

Un movimiento socialista que responda al ataque conservador contra el bienestar adoptando una posición defensiva no conseguirá nunca el apoyo de las masas. Una oposición socialista que sea efectiva frente a las medidas conservadoras tiene que ser capaz de mostrar a la gente cómo son las formas socialistas de organización. Nuestra respuesta debe hacer una distinción clara entre lo que queremos y lo que obtuvimos en el pasado: el «socialismo» propio del Estado de bienestar. Por terribles que sean las medidas que tomen los *tories*, la gente no se sumará a la lucha si no se reconocen como parte de un movimiento por algo distinto. Allí donde haya resistencia debemos buscar formas prácticas de darle a la lucha un contenido socialista y un fundamento de clase: insistiendo en nuestras necesidades, definiendo las cosas en nuestros propios términos, articulando cómo nos gustaría que fueran.

Sabemos que defendemos un enfoque distinto de política socialista y que dejamos muchas preguntas urgentes sin resolver. Lo que está claro es que, si queremos articular un movimiento de masas por el socialismo basado en la clase, necesitaremos nuevas estrategias que no nos dividan entre nosotros y que encarnen, en la práctica, una perspectiva socialista opuesta al Estado capitalista.



Posfacios



1. Vivir en crisis

Cuando las personas que aparecen en el capítulo 1 de este libro nos contaron por primera vez su experiencia con el Estado, la victoria conservadora en las elecciones de mayo de 1979 parecía inminente, pero aún no se había consumado. Todos nos hablaron entonces de los cambios en la forma en que el Estado se relaciona con los ciudadanos y en la forma en que exige que estos se relacionen entre sí —cambios que, según ellos, ya se venían produciendo desde hacía algunos años—. Se mostraban muy preocupados por los acontecimientos futuros que anunciaba la fuerza electoral de los conservadores.

El regreso de un gobierno conservador, liderado por Margaret Thatcher, no nos ha llevado a una *nueva* tendencia. Gran parte de lo que han hecho los *tories* tiene su origen en el periodo del gobierno laborista de Jim Callaghan. Pero desde las elecciones de 1979 parece que nos hemos visto empujados a un vórtice acelerado de pérdidas, de modo que la ruptura con el pasado se antoja ahora irreversible.

¿Qué significado real tienen para la gente los acontecimientos ocurridos desde mayo de 1979? Aprovechando la oportunidad de escribir un epílogo a nuestras reflexiones originales, volvimos a hablar con las personas que entrevistamos en el capítulo 1. Esta vez les preguntamos: ¿cómo os afecta la profundización de la crisis? ¿Qué ha significado para vosotras un año de políticas conservadoras? ¿Qué efectos han tenido estos factores en vuestro bienestar, vuestro trabajo o vuestra relación con el Estado?

Todas las personas con las que hablamos han notado un descenso perceptible en su nivel de vida durante el último año. Aquellos que siguen trabajando en tipo de agencia estatal que tiene las puertas abiertas para la clase obrera, como los

trabajadores del Centro de Asesoramiento y los trabajadores del Consejo de Salud Comunitario, informan que están sometidos a una presión cada vez mayor para responder a las crecientes necesidades de la población.

Un trabajador del Centro de Asesoramiento comenta: «A las personas que reciben prestaciones complementarias y pensiones les resulta ahora más difícil llegar a fin de mes. Cada vez más personas sin hogar acuden a nosotros en busca de ayuda. Este año hay más deudas por combustible que el año pasado». Para Maureen está claro que las prestaciones que recibe su familia no dan para comprar lo que solían comprar. El alquiler y los impuestos han subido un 20 % en seis meses. Joan, una de las trabajadoras del Consejo de Salud Comunitario, afirma: «Cuando suben el alquiler, los impuestos y otros gastos fijos la gente recorta en comida. Vemos que los jubilados, en particular, comen menos alimentos básicos que son caros, como la fruta, a pesar de ser esenciales para la salud».

Incluso los trabajadores estatales con salarios más altos notan el coste de la inflación y el estancamiento de los salarios. «Me siento más pobre», dice Mary. «Como profesores, Patrick y yo ganamos más que nunca, pero tenemos que vigilar mucho lo que gastamos. Cosas que pensábamos que podíamos tener sin calcular, ahora tenemos que ahorrar para comprarlas. Es difícil de asumir».

La crisis y los intentos del Estado de gestionarla a expensas de la clase trabajadora tienen un alto coste en términos de ansiedad y estrés, además de en términos económicos. La úlcera de Maureen le está causando problemas. Los trabajadores sanitarios nos pintan un panorama alarmante de aumento de las enfermedades mentales y las tasas de suicidio. Las relaciones personales de las personas parecen estar más sujetas a tensiones, especialmente las relaciones entre hombres y mujeres.

En su interacción con el Estado, la gente descubre cómo los recursos y servicios a su disposición se ven afectados. Por muy problemática que consideraran dicha relación con el Estado, sienten que los recortes en los servicios públicos les están quitando algo de lo que no pueden prescindir, pues no tienen otra alternativa.

Joan y Kate apuntan a que cada vez se cierran más hospitales. London Transport tiene ahora 450 autobuses menos en las calles que en esta misma época el año pasado. Las colas son más largas, al igual que el tiempo de espera, por lo que los ánimos están más crispados que nunca. A veces son pequeñas cosas que, en conjunto, suponen un deterioro de los servicios y un nuevo recorte en la prestación. Hablando de su colegio, Mary dice: «Es una erosión gradual. Ahora, si pierdes una grabadora, significa que ya no te dan otra. Este año no podemos pagar los impuestos ni el seguro del minibús escolar. De alguna manera, el colegio parece más destartado que nunca». El colegio de la hija de Maureen ya ha dicho que este es el último año que tendrán una semana de vacaciones escolares en la playa. Tampoco se podrá repetir ración en el comedor.

Otro trabajador del Centro de Asesoramiento nos dice: «Antes había alojamientos temporales a los que podíamos derivar a las personas sin hogar. La Ley de Vivienda del Partido Conservador supone un parón total en los programas de vivienda social. No están adquiriendo propiedades, cada vez podemos hacer menos».

El recorte en las instalaciones se combina con una nueva represión en las condiciones en las que se ofrecen. Otro trabajador nos habla de los cambios en la naturaleza del trabajo social. «Cada vez hay más trabajo judicial, lo que ellos llaman la parte “legal” del trabajo social. Se hace mucho menos trabajo de asesoramiento y apoyo». Kate añade: «Hay una nueva brutalidad en la forma en que se trata a las personas.

La situación del combustible hace que a muchas personas se les corte el suministro por impago, especialmente a las que tienen familias jóvenes. Las compañías de electricidad y gas ahora cierran el grifo mucho más rápido. E incluso han aumentado el coste de la reconexión. La gente lleva meses sin calefacción ni iluminación adecuadas, y el próximo invierno la situación va a empeorar».

La gente siente su puesto de trabajo cada vez más frágil. Los trabajadores del Centro Jurídico que conocimos en 1979 se encuentran ahora entre un grupo de treinta que perdieron sus puestos cuando el ayuntamiento *tory* cerró los tres centros del municipio. Mary trabaja ahora como profesora a tiempo parcial y cuida de sus hijos y de otros niños durante parte de la semana. Como resultado de este compromiso doméstico, su trabajo remunerado corre más peligro. «Siento que mi trabajo en la escuela pende de un hilo porque los trabajadores a tiempo parcial no tienen un puesto fijo. Nosotros seríamos los primeros en irnos. Ahora es menos seguro ser trabajadora a tiempo parcial que hace un año».

Las relaciones con el Estado parecen estar volviéndose cada vez más desagradables. La hostilidad afecta tanto a las personas en sus relaciones cotidianas con el Estado como a los trabajadores del sector público. Nos han dicho que en Londres las relaciones entre los revisores de autobús y los pasajeros se están resintiendo, ya que hay menos autobuses en circulación, las tarifas aumentan constantemente y los retrasos en el servicio se notan.

Mary dice que sus clases pronto contarán con 35 niños, en lugar de los 30 de media que son ahora, lo que supondrá un deterioro de la experiencia escolar tanto para los niños como para los profesores. «Hay menos dinero, por lo que la enseñanza tiene que ser menos arriesgada. Una peor ratio

profesor-alumno y menos equipamiento y materiales significa que la enseñanza se está convirtiendo cada vez más en una cuestión de control de multitudes».

A medida que los recortes, los ahorros y las restricciones surten efecto, la carga de trabajo de mucho personal laboral estatal aumenta. La incidencia de averías entre los conductores de autobús es alta en aquellas rutas en las que se utilizan autobuses con un solo conductor. «La sede central está llena de conductores que han sufrido un colapso físico o emocional y han tenido que ser reubicados. Dicen que un conductor de autobús que trabaja solo no puede aguantar, en las circunstancias actuales, más de cinco años antes de tener que dejarlo».

Joan y Kate dicen que su trabajo en el Consejo de Salud Comunitario también se está intensificando. «No paran de llegar documentos consultivos sobre el cierre de hospitales. Y tenemos que dar vueltas y vueltas tratando de averiguar dónde se están haciendo los recortes menos evidentes. Pero lo peor es que ahora necesitamos dedicar mucha energía a luchar por nuestros propios puestos de trabajo, ya que se ha propuesto una reducción de plantilla. Tenemos que encontrar tiempo para oponernos a este recorte, a la vez que seguimos luchando por lo que está sucediendo con el servicio de salud».

Como resultado de estas presiones, muchos trabajadores estatales, especialmente los socialistas, están desmoralizados. ¿Vale la pena luchar por los puestos de trabajo? ¿Es siquiera posible hacerlo?

Un profesor comenta: «La mayoría de los informes sobre la comprensión lectora, la capacidad matemática, etc., muestran que realmente hay una *mejora*. Pero no es esa la impresión que se desprende de la prensa y la televisión. Más bien al contrario. A los profesores se les hace creer que ni siquiera

son capaces de enseñar las tres R.¹ Y por eso no luchan. Es difícil pelear por un salario más alto si sientes que, de todos modos, no eres competente». A medida que las posibilidades se reducen, los socialistas que en el pasado pensaban que parte de su trabajo podía desarrollarse hacia una educación socialista ahora guardan recelo y cinismo sobre el valor de lo que están haciendo. Neil añade: «Mi generación de profesores, los que empezamos a principios de los setenta, muchos hemos dejado la enseñanza. Nos sentíamos desanimados, teniendo que luchar para defender un sistema que nosotros mismos considerábamos que no ofrecía nada».

La crisis y su efecto en las relaciones de poder en el mundo, así como en las realidades inmediatas dentro del hogar, crean una sensación de ansiedad y un estrechamiento de horizontes. «Me siento más estancado. En la época de bonanza parecía haber posibilidades infinitas abiertas para mí. Ahora me siento agradecido de tener un trabajo. Estoy aguantando. Ya no siento esa emoción de pensar adónde podría ir o qué podría hacer a continuación».

Un miedo real al futuro impregnaba todas las conversaciones que mantuvimos. El tic tac de una explosión inminente vuelve a estar en la mente de todas. Observan con ansiedad cómo aumenta el gasto en armamento y nuestros gobernantes parecen estar tratando de prepararnos psicológicamente para aceptar la posibilidad de una guerra. Resulta casi vergonzoso admitir inquietudes nimias ante la terrible amenaza que se cierne sobre nosotros.

1. NdT: Las «tres R» forman parte de una metodología que establece tres destrezas básicas: leer, escribir y calcular [*Reading, wRiting and aRithmetic*]. La fórmula parece haber surgido a principios del siglo XIX, y se le atribuyen más significados relacionados, como el de «leer, razonar y recitar» [*to Read, to Reason, to Recite*].

En tal situación, es fácil sucumbir a sentimientos de impotencia y desesperanza. Y no queremos subestimar el alcance de la depresión y la ansiedad que todos sentimos. Pero creemos que es importante analizar lo que nos está sucediendo, ofrecer una comprensión tentativa, basada en las ideas presentadas en capítulos anteriores, de lo que el capital está tratando de hacernos y por qué. Por último, examinaremos algunas de las oportunidades que nos ofrece nuestra nueva situación. Analizaremos cómo la desesperación se está convirtiendo en ira y resistencia, y cómo la oposición al capital podría tal vez convertirse en la creación del socialismo.

2. El nuevo modo de dominación

Estamos viviendo una nueva ofensiva de la clase dominante. Eso está claro. Pero verlo no es suficiente. Si, además de sufrir opresión, somos parte de la resistencia y nos constituimos en la lucha, entonces es importante que comprendamos la forma particular que adopta la ofensiva actual. Necesitamos saber cuáles son los puntos fuertes y débiles del ataque del capital para así saber cómo afecta a nuestra lucha.

La historia no es un péndulo que oscila entre el progreso y la reacción. Cada momento de iniciativa de clase tiene un carácter contemporáneo único, que avanza a partir del anterior. No estamos asistiendo a «un retorno a los años treinta». Las formas en que la clase dominante está tratando de debilitarnos ahora son sofisticadas y experimentales. Y las viejas respuestas por nuestra parte ya no son adecuadas.

¿De qué maneras intenta el capital *des*organizarnos? ¿Cómo intenta reorganizar las relaciones sociales para garantizar su propia supervivencia? ¿Qué oportunidades ofrece esta reorganización a los socialistas? ¿Qué nuevas formas de lucha se están creando? ¿Qué hay de malo en nuestras antiguas formas de lucha?

Lo que necesitamos, entonces, no es solo un análisis que muestre que el capital se recrudece, que la represión se intensifica y que el consenso palidece. Lo que necesitamos es ver los patrones cambiantes del dominio y las nuevas formas de conflicto que se están generando.

Nos parece útil pensar en dichos patrones en términos de un *modo de dominación*. Con esta fórmula queremos determinar la forma en que el capital busca definir, limitar y

controlar nuestra resistencia al mismo, la forma en que intenta asegurar su dominio sobre nosotros. Cómo hace esto afecta profundamente nuestras vidas y nuestras luchas.

Como sugerimos en el capítulo 4, el patrón de dominio o modo de dominación puede ser relativamente estable durante un período de tiempo bastante largo. Así, en Gran Bretaña, el patrón del keynesianismo se extendió desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década de 1970. Es esencialmente la crisis la que obliga al capital a buscar nuevas formas de imponer su dominación.

Ya hemos visto algunas maneras en las que el modo keynesiano de dominación se estaba volviendo cada vez menos satisfactorio para el capital. La estrategia básica de extender los tentáculos del Estado para estrangular la lucha de clases mediante la incorporación y la conciliación implicaba riesgos altos y demasiados costes para el capital. Tal riesgo radicaba en que, en ocasiones, el capital perdía el control de sus tentáculos y descubría que estos comenzaban a volverse en su contra (los proyectos de desarrollo comunitario de la Oficina del Proyectos de Desarrollo Comunitario del Ministerio del Interior son un ejemplo de ello). Por su parte, el coste estaba lo cuantiosa que resulta la conciliación de intereses en conflicto, aunque esas «concesiones» sean a menudo miserables; en definitiva, el gasto estatal estaba «fuera de control». Y, sobre todo, la necesidad de evitar demasiados conflictos agudos impidió que el capital llevara a cabo la reestructuración radical que necesita para volver a «sanearse» en algún momento.

Se logró cierta paz social, pero la economía siguió en declive. Esto no quiere decir que el keynesianismo fuera un fracaso. Al contrario, la participación del movimiento obrero en el Contrato Social,¹ por ejemplo, fue de vital importancia para

1. NdE: El *Social Contract* fue una política económica específica de pacto social en la Gran Bretaña de los 70, donde el gobierno labo-

apaciguar a la militancia de principios de los años setenta y allanar el camino para la ofensiva del capital. Pero los costes que ello supuso y, sobre todo, el descenso cada vez más crítico de la rentabilidad del capital británico han obligado a este a virar el rumbo. Los cambios acumulados suponen una modificación sustancial del modo keynesiano de dominación hacia algo nuevo.

MONETARISMO

El nuevo modo de dominación lo denominamos «monetarismo». Llamarlo «thatcherismo» sería engañoso. No llegó con las elecciones de 1979, ni es transitorio ni esencialmente conservador. Algunos de los acontecimientos que comentamos a continuación se remontan a unos diez años atrás; la mayoría han sido, al menos parcialmente, evidentes desde mediados de la década de 1970. Los cambios han sido a menudo graduales y contradictorios. Un modelo de dominación no sustituye a otro de la noche a la mañana. Siempre hay solapamientos, combinaciones y conflictos.

A continuación, intentamos analizar algunos aspectos del nuevo modo de dominación y cómo nos afecta a nosotros y a nuestras luchas. Para ello, seguimos centrándonos en el Estado. No es porque consideremos que los cambios en el Estado sean la única expresión del nuevo modo de dominación; al contrario, una parte fundamental del nuevo modo de dominación son las estrategias mucho más agresivas que está aplicando la dirección de la industria privada. Nos centramos en el Estado porque es el ámbito que mejor conocemos, el ámbito en el que tenemos más experiencia

ralista acordó con los sindicatos el control de la inflación salarial, a cambio de un incremento del gasto social y un control de precios plasmados en iniciativas legislativas como la *Industrial Relations Act* del 1971.

directa. Es importante partir de nuestra propia experiencia si queremos recordar que el nuevo modo de dominación no es solo algo que nos está sucediendo, un proceso objetivo: es una lucha de la que formamos parte.

Aunque en la descripción del nuevo modo de dominación ponemos el foco en Gran Bretaña, es importante recordar que la crisis es mundial, aunque claramente adopta formas diferentes en cada país, y que el hilo conductor hacia un nuevo patrón de dominación es evidente en muchos países capitalistas. Esta tendencia debe tomarse muy en serio si recordamos que se necesitaron el fascismo y la guerra para resolver la última gran crisis del capitalismo.

Al utilizar la expresión «monetarismo», no queremos dar a entender, como hacen los medios de comunicación, que se trata simplemente de cambios en la política monetaria. El modo monetarista de dominación no es más una mera cuestión de «economía» de lo que lo fue el keynesianismo. Más bien es un intento de reorganizar la forma en que se filtra y define el conflicto de clases. Es un intento de encontrar una salida a la crisis del capital. Por supuesto, en cierto nivel, el monetarismo es efectivamente un conjunto de estrategias económicas. El keynesianismo buscaba suavizar los alarmantes altibajos de los ciclos económicos del capital. El monetarismo se adapta a las circunstancias. El instrumento de control del keynesianismo es la «gestión de la demanda» mediante cambios en el nivel de impuestos y el uso del poder de gasto del gobierno. El monetarismo, por el contrario, invoca la disciplina y la moderación monetarias. El gobierno controla el crecimiento de la oferta monetaria e impone límites de efectivo a las autoridades públicas con el fin de reducir la tasa de inflación. Con ello, espera fomentar la inversión productiva y una mayor competitividad en los mercados mundiales, mientras que la abolición de los

controles de cambio y los altos tipos de interés sobre el dinero prestado garantizan que no haya atajos fáciles para las industrias nacionales.

La estrategia monetarista refleja la creencia de que solo una recesión y el aumento del desempleo pueden reducir la tasa de inflación y allanar el camino para las empresas creadoras de riqueza. Incorpora incentivos materiales directos a la «empresa»: se reducen drásticamente los tipos impositivos para los ricos y para algunas empresas, y la carga fiscal se traslada de los ingresos a los gastos. Pero también hay incentivos de carácter cuasimoral: sobre todo, se debe permitir y fomentar que la dirección *gestione*.

En lugar de intervenir directamente en la negociación salarial mediante «normas salariales», el Gobierno exhorta a la industria privada a resistirse a las reivindicaciones salariales, a menos que se puedan reducir los costes de producción mediante la introducción de nuevas tecnologías, lo que supone el despido de trabajadores. A los empresarios se les promete el fin de la intromisión del Estado en el capitalismo, mediante subvenciones que ayudan a las «empresas en dificultades», es decir, a determinadas empresas o industrias que son demasiado ineficientes para competir. La teoría monetarista, que genera políticas que buscan profundizar y prolongar la recesión permitiendo que esta cause estragos en forma de quiebras y desempleo, es una cura «sangrienta». No se ofrece ninguna aspirina para aliviar el dolor.

La respuesta de los capitalistas es tan tensa como la del paciente al que se le está extrayendo sangre con gran esperanza, pero a modo de experimento. Por un lado, un temor bien fundado: como dijo el secretario de Industria en 1979, «la insolvencia es la mayor industria en expansión del país». Por otro, hay un aire de emoción y de nueva bravuconería:

planes de seguro mutuo contra las huelgas o cierres patronales agresivos y coordinados, como en el conflicto de la imprenta de 1980.²

Aun así, es importante no pensar en el monetarismo simplemente como un conjunto de políticas económicas severas. Las cuestiones de política económica son, en cualquier caso, siempre cuestiones de estrategia de clase, de cómo organizar mejor la explotación de la clase trabajadora. En este caso, el cambio de las políticas keynesianas a las monetaristas es especialmente significativo porque plantea cuestiones fundamentales sobre el papel del Estado en la reproducción del capitalismo. Básicamente, los monetaristas quieren reducir el papel del Estado y confiar más en el mercado; no obstante, ello tiene ramificaciones muy amplias que atañen al funcionamiento del Estado y a los patrones de control que el capital pretende imponernos. Esto es lo que debemos examinar más detenidamente ahora.

«REDUCCIÓN DEL ESTADO»

Uno de los aspectos más eficaces de la campaña electoral de los conservadores en 1979 fue su ataque a la burocracia estatal. Llegaron al poder con la promesa de reducir drásticamente el papel que desempeña el Estado en nuestra vida cotidiana y dejar más espacio a la libre empresa. Aunque los conservadores aún no han logrado reducir el empleo público tanto como esperaban, se han producido enormes recortes en el gasto, especialmente en el ámbito del «bienestar» del

2. NdE: se hace referencia a la disputa de Wapping, una larga huelga fallida de los trabajadores de la imprenta en Londres en 1986, lo cual acarrió una adopción generalizada de las prácticas modernas de computación para la publicación de periódicos.

Estado. Esto ha supuesto, entre otras cosas, una redefinición y una reducción del alcance de los servicios prestados por el Estado.

Kate y Joan, las trabajadoras del CHC, nos dijeron: «Se ha abandonado de raíz toda pretensión de que el NHS sea un servicio integral. Su nueva función es ser un servicio de emergencia para aquellos que no tienen los recursos para acceder a la sanidad privada». La nueva legislación en materia de vivienda también deja claro que la construcción de viviendas sociales se va a detener casi por completo y que los propietarios privados serán cada vez más privilegiados. Incluso se abandonará la pretensión de que las viviendas sociales son un sector estable y en gradual expansión para personas de distintos niveles de ingresos. Se convertirán en una red de seguridad de mala calidad y llena de agujeros para los más pobres o para aquellos que sean considerados inadecuados o problemáticos.

Un ejemplo útil de esta redefinición de los servicios estatales es la educación superior. En las décadas de 1960 y 1970 la provisión estatal de educación superior se basaba en el «principio de Robbins»: todos aquellos que lo desearan y hubieran aprobado los exámenes pertinentes tenían derecho a la educación superior. Aunque en realidad el sistema discriminaba a la clase trabajadora y a las mujeres, daba la apariencia de ser inclusivo.

Ahora, las cosas están cambiando de nuevo. No se trata simplemente de reducir el número de universidades, escuelas politécnicas y centros superiores en un momento en que el número de jóvenes de dieciocho años está aumentando, lo que necesariamente impide a algunos tener la oportunidad que antes habrían tenido. Cada vez se hace más hincapié en que la educación superior es un privilegio, no un derecho. Y las divisiones dentro del sistema se están ampliando.

El ministro conservador Rhodes Boyson desea claramente un sistema rígidamente diferenciado. En la cima estarán las universidades, quizás en tamaño más reducido y con algunas facultades conflictivas cerradas. Espera que los estudiantes estén agradecidos de estar allí y olviden el radicalismo de sus predecesores. Luego, completamente separadas, estarán las escuelas politécnicas y los centros superiores. Estas perderán sus funciones similares a las de las universidades, como impartir materias de sociología o ciencias puras. Tendrán una orientación estrictamente profesional. Formarán a técnicos de nivel medio, a los que se mantendrá alejados de las ideas críticas y politizadas. El conflicto más grave dentro de la educación superior desde la victoria de los *tories*, el de la Escuela Politécnica del Noreste de Londres, se produjo por el intento de imponer precisamente esa reorganización.

Redefinir el tamaño, el alcance y la función del «Estado del bienestar» implica cambiar la frontera entre lo que se considera público y privado. El nuevo modo de dominación implicará la cesión de algunos servicios públicos a empresas con ánimo de lucro. Esto, por supuesto, forma parte de la política monetarista: el control de la oferta monetaria es una cara de la moneda, la otra es dar un paso atrás para permitir el resurgimiento de las fuerzas del mercado.

Un trabajador del transporte con el que hablamos señaló la cláusula del actual proyecto de ley de transporte que permitirá a los operadores de autobuses privados licitar por algunas de las rutas de autobús de Londres. «Por supuesto, serán las rutas más rentables las que se privatizarán. No habrá ningún operador privado dispuesto a poner autobuses a las once de la noche en zonas desiertas, transportando a borrachos y demás. No querrán todas las molestias y nada de dinero. Así que el servicio público de autobuses será un desastre aún peor de lo que es ahora».

Las trabajadoras del CHC, Joan y Kate, afirman que el Gobierno ha introducido una cláusula en el proyecto de ley de servicios sanitarios para fomentar el crecimiento de la medicina privada, con efectos ya palpables. «En nuestra zona tenemos ahora un servicio médico privado por el que pagas una matrícula de 50 libras y luego 5 libras por visita. Los médicos se anuncian en los periódicos y, de hecho, utilizan notas de prensa que describen los recortes del Partido Conservador y se aprovechan de la existencia de largas listas de espera». Se fomenta que el Servicio de Salud recurra al sector privado para más servicios, como las transfusiones de sangre. «La diferencia es que el NHS tiene que pagar por los beneficios, además de por el servicio. El resultado será o bien un peor servicio o bien una mayor explotación del trabajo».

En otras circunstancias, cuando no hay beneficios que obtener y la destrucción de servicios es inadmisibile políticamente, se persuade a las personas para que presten sus servicios de forma gratuita. «Cada semana, el Gobierno envía un nuevo comunicado de prensa en el que se destaca la importancia de los voluntarios en el Servicio Nacional de Salud. Los servicios sociales de nuestra zona también están recurriendo cada vez más a los voluntarios. Las autoridades locales han llegado incluso a nombrar a un asistente organizador de ayuda a domicilio para reclutar *voluntarios* para que trabajen junto a los asistentes domésticos remunerados».

«Reducir el Estado» no puede consistir únicamente en una reducción cuantitativa de la actividad estatal. Reducir el alcance de los servicios estatales, ampliar la esfera privada... Todo ello también implica imponer nuevas cargas y preocupaciones a los trabajadores estatales, reorganizar las relaciones dentro del Estado, reformular la manera en que el Estado interviene en nuestras vidas y define nuestras luchas.

En parte, esto es la consecuencia casi automática de los recortes en el gasto. Los recortes por sí solos se convierten en un medio para reimponer la disciplina y la subordinación.

Los profesores con los que hablamos señalaron que, al imponer medidas de ahorro, al recortar y establecer nuevas prioridades en los colegios, los conservadores están cambiando las relaciones en la educación con la misma certeza con la que defenderían nuevos planes de estudios o nuevas normas de disciplina. «No necesitan dar una justificación de lo que están haciendo, no se molestan en explicar una ideología. Solo recortes económicos. La educación progresista necesita dinero y, cuando hay un recorte, las actividades progresistas son las primeras en desaparecer». Mary lo dejó muy claro con un ejemplo. «Escuché por casualidad a nuestro director hablando por teléfono con otro. Dijo: “La situación económica les enseñará un par de cosas a estos profesores liberales y soñadores. A partir de ahora, tendrán que limitarse a hablar y escribir en la pizarra. Aprenderán lo que es la enseñanza de verdad”».

Pero hay otras formas más evidentes en las que los recortes de gastos van acompañados de una reformulación del papel del Estado y su relación con nuestras luchas. En primer lugar, el enfoque monetarista implica una centralización del Estado, un estrechamiento del círculo de aquellos que tienen acceso a una apariencia de poder, un cambio de la participación a la exclusión. En segundo lugar, se están desarrollando nuevas formas de desorganizarnos y dividarnos. En tercer lugar, se está produciendo un cambio hacia una represión más evidente.

DE LA INCORPORACIÓN A LA EXCLUSIÓN

Vimos que el keynesianismo era una estrategia costosa. Intentar conciliar intereses conflictivos confluviéndolos en la gestión del país significaba inevitablemente otorgar algunas concesiones materiales. Bajo el monetarismo, la búsqueda de una política restrictiva implica abandonar dicha estrategia de cooptación/concesión. Es así como se produce una centralización del Estado, una agudización de las relaciones de poder. Se «tienen en cuenta» menos intereses y se restringe el acceso a los procesos de toma de decisiones. Esto afecta sobre todo a los sindicatos y a otros organismos que pretendían representar a la clase trabajadora en los pasillos del poder. Si el keynesianismo se basaba en el intento de incorporar a la clase trabajadora al sistema de dominación, el monetarismo se basa en una nueva estrategia de exclusión de las instituciones de poder. No se trata de un cambio radical. Algunas personas siempre estuvieron excluidas del compromiso keynesiano, como la población nacionalista del Ulster. E incluso ahora seguimos muy lejos de abandonar por completo los intentos de abordar el conflicto absorbiéndolo y sofocándolo. Sin embargo, estamos asistiendo al comienzo de un cambio muy significativo en la estrategia.

La exclusión de la clase trabajadora adopta muchas formas. En el nivel más obvio, significa la exclusión del trabajo remunerado para muchos, ya que el total de desempleados asciende a dos millones o más. Implica la ruptura de algunos de los vínculos que se habían construido entre los ayuntamientos y la clase trabajadora local. El Estado está incumpliendo muchas de sus promesas de «participación» y «consulta» de los años sesenta y principios de los setenta. Su anterior entusiasmo por la descentralización de aspectos de la administración y por la organización comunitaria para fomentar la participación ciudadana ha disminuido notablemente. E igual que el proceso keynesiano de desarrollo de

estructuras de consulta y negociación entre los ayuntamientos y su «público» ha dado paso a formas más arbitrarias y exclusivas de hacer las cosas, el Gobierno central está dando menos importancia al proceso de consulta y colaboración con los ayuntamientos, asumiendo un control más directo.

La nueva legislación propuesta para el gobierno local es un ejemplo de ello. Las diferencias políticas se producen a nivel local a través del proceso electoral. Las mayorías conservadoras o laboristas locales en los ayuntamientos tienen cierto margen de elección sobre la recaudación de fondos y la asignación de recursos. Esto a veces dificulta que el Gobierno central pueda estar seguro de poder aplicar sus políticas de forma plena y rápida. Ahora que recortar el gasto de las autoridades locales se ha convertido en algo de vital importancia para el Estado y el capital, parte de la antigua confianza en la persuasión y en dar ejemplo se sustituye por potentes sanciones.

Como parte de su intento por reducir las necesidades de financiación del sector público —el dinero que el Estado tiene que pedir prestado para cubrir la diferencia entre los ingresos procedentes de los impuestos y los gastos—, el Gobierno central ha aplicado recientemente reducciones drásticas en la subvención de apoyo de las tasas locales [*Rate Support Grant*] que otorga a las autoridades locales y que constituye más de la mitad de su gasto. Algunas instancias locales, en particular las controladas por los *tories*, han respondido recortando su gasto en servicios, en consonancia con su programa. No obstante, otros ayuntamientos controlados por los laboristas se han negado a ello. En lugar de realizar recortes, están utilizando la autonomía de la que disponen actualmente para aumentar sus otras fuentes de ingresos, elevando los tipos a niveles sin precedentes. A pesar

de que esto acaba trasladando el coste de la crisis a la clase trabajadora, tampoco se alinea con la política monetarista. No contribuye en nada a reducir el gasto.

El impacto inicial de las políticas conservadoras en la clase obrera ha provocado un giro electoral hacia el Partido Laborista, que ha vuelto a gobernar en varias entidades municipales. Un número reducido pero significativo de ellas podría resistirse a realizar los recortes necesarios. Por ello, el nuevo proyecto de ley de gobierno local pretende permitir al gobierno central castigar selectivamente a los ayuntamientos por aumentos excesivos de los impuestos. De esta y otras maneras, se reducirá el ya limitado poder de los ayuntamientos para participar en la adopción de decisiones sobre sus ingresos y gastos. Las decisiones les vendrán tomadas.³

El proceso de exclusión no se limita al Estado y a las relaciones de las personas con este. También es evidente en la industria. El debate suscitado por el Informe Bullock, sobre la participación de los trabajadores, en torno al derecho de los sindicatos a tener acceso a la información de la dirección ha dado paso a un lenguaje más severo por parte de los directivos. El despido de Derek Robinson de British Leyland —que comentaremos más adelante— o el prolongado cierre patronal en *The Times* son ejemplos de un tipo de exclusión que era difícilmente concebible en los días en que la noción de «conciliación» dominaba las relaciones laborales.

Por supuesto, el cambio de la incorporación a la exclusión no siempre es evidente. A la clase dominante le puede convenir mantener algunas de las apariencias de participación y consulta, siempre y cuando estas no obstaculicen fundamentalmente sus planes. Muchas de las instituciones características del modo keynesiano de dominación —por ejemplo, la

3. NdE: este impulso centralizador encuentra también su correlato español en la reforma del art. 135 CE, en septiembre de 2011, que en última instancia remite al marco omniabarcante de la UE.

Comisión de Precios y otros «organismos cuasiautónomos» similares— simplemente cierran. En otros casos, empero, las instituciones se mantienen con su debida reestructuración, dando menos énfasis a la participación. Los trabajadores del Consejo de Salud Comunitario nos dijeron que, aunque podrían evitar el cierre total, veían cerca la amenaza de la fusión y el acatamiento de nuevos mandatos. Al descubrir y expresar lo que los usuarios del NHS y los trabajadores con salarios más bajos de los hospitales realmente sentían sobre los servicios de salud, algunos CHC dejaron de ser una mera válvula de escape para el descontento. Se opusieron a los recortes, criticaron las opiniones profesionales sobre la medicina y plantearon preguntas incómodas sobre las causas de la mala salud. «Lo que quieren los conservadores es que volvamos a limitarnos a tramitar quejas individuales».

NUEVAS FORMAS DE DIVIDIRNOS Y DESORGANIZARNOS

La exclusión de la clase trabajadora de los puestos de «influencia» crea problemas no solo para la clase trabajadora, sino también para el capital. La incorporación a las instituciones del Estado era una de las estrategias clave para controlar a la clase trabajadora. Abandonar esa estrategia conlleva peligros reales para el capital, peligros que quedan bien ilustrados por la reciente explosión de ira en Bristol. La erupción espontánea del distrito de St. Paul's en Bristol, en abril de 1980, ante la provocación policial demostró con contundencia los riesgos para el «orden» de la política monetarista de exclusión y represión. De repente, la prensa y los medios de comunicación se llenaron de portavoces capitalistas muy preocupados que decían: «si puede ocurrir en Bristol, puede ocurrir en cualquier parte».

Si la estrategia de incorporación ya no se va a utilizar tanto, entonces está claro que hay que recurrir en mayor medida a otras formas de control. De entre ellas, la más obvia es la represión abierta. Pero hay maneras mucho más insidiosas de dividirnos y desorganizarnos que no siempre parecen provenir del Estado y que no siempre nos parecen políticas en absoluto. Probablemente todos podríamos hablar de nuevas formas de desorganización que surgen en nuestra vida cotidiana. Algunos de los rasgos generales que parecen especialmente importantes son el aumento del uso del dinero como medio de control, el nuevo énfasis en la familia y, en particular, el impacto específico del nuevo modo de dominación en las relaciones entre hombres y mujeres.

Respecto al primero, cabe decir que el dinero siempre ha sido importante como medio de control en la sociedad capitalista en general. Es el dinero el que establece los horizontes de nuestras posibilidades y sueños. Es en gran parte la falta de dinero lo que nos obliga a realizar trabajos enajenantes o nos mantiene presos en el hogar. La sociedad capitalista es una sociedad en la que lo que importa es el precio que alcanzan los productos en el mercado y no su capacidad para satisfacer las necesidades humanas reales.

El Estado capitalista ciertamente nunca ha sido inmune a la lógica del dinero. No obstante, bajo el modelo keynesiano, gran parte de la actividad estatal se planificaba en términos materiales: se iban a construir tantos hospitales, se iba a contratar a tantos profesores. El crecimiento se ordenaba en función de programas de salud, vivienda, educación, etc. Si en cualquiera de estos programas el coste resultaba ser mayor de lo previsto, la autoridad de turno podía acudir al Tesoro y pedir más dinero. Este sistema ha sido sustituido gradualmente —y ahora casi por completo— por un sistema de limitación de efectivo que prohíbe exceder cierta cantidad. Dentro del Estado también manda ahora el dinero. Este

sistema se presenta oficialmente en términos de mera «necesidad» de controlar el gasto público y reducir las necesidades de financiación del sector público. Pero, desde el punto de vista de la dominación de clase, los límites de efectivo tienen otro efecto más sutil. Desorganizan nuestra lucha al obligarnos a enfrentarnos unos a otros.

Si somos trabajadores estatales, nuestros empleadores pueden decirnos (y así lo hacen): «Aceptaremos vuestra reivindicación salarial, pero tendremos que despedir a algunos de vosotros para pagarla». Si luchamos por mejores guarderías, el ayuntamiento puede decir: «De acuerdo, las tendréis, pero solo si nos proponéis una residencia de ancianos que cerrar a cambio». En el Servicio de Salud pueden decir: «Sí, mil personas al año mueren porque no hay suficientes máquinas de diálisis. Podríamos salvarlas. Pero solo acabando con otras formas de asistencia: la elección es vuestra». ¿Qué nuevas estrategias se necesitan por parte de las socialistas que trabajan en el Estado y de quienes utilizan los servicios para evitar que este cambio en las relaciones de clase las desestabilice?

El otro rasgo desorganizador que es más característico del monetarismo es el proceso por el cual las situaciones en las que éramos o podíamos ser tratados como un grupo colectivo se modifican progresivamente para que se nos trate de forma individual o como familias. Por supuesto, los capítulos anteriores han demostrado que el keynesianismo también hace esto. Sin duda, es un error sentir nostalgia por el keynesianismo, añorando los días en que nuestros amos nos trataban con más suavidad. El capitalismo depende para su supervivencia de nuestra individualización, y la negación oficial de la realidad de clase que experimenta la clase obrera subyace tanto al keynesianismo como al monetarismo. No obstante, el crecimiento de la intervención estatal bajo el keynesianismo a menudo creó al menos una base sobre la que se podía empezar a organizar la acción colectiva, incluso

si el Estado intentaba contener dicha acción dentro de categorías que ocultaban los problemas reales. Bajo el nuevo régimen, cada cierre de una guardería, de un hospital o de una residencia de ancianos significa a menudo, a largo plazo, una oportunidad menos para cualquier forma de acción colectiva. Cada cierre significa relegar más nuestras preocupaciones a la intimidad del hogar.

Obligarnos a volver a la familia es una forma de «reprivatizarnos». Como se muestra en el capítulo 4, el sistema keynesiano de relaciones de clase dependía de una relación particular entre el Estado y la familia. No obstante, el keynesianismo, aunque de forma limitada y distorsionada, alivió algunas cargas de las mujeres en el hogar. Las residencias de ancianos les permitieron escapar en cierta medida de la agotadora tarea de cuidar a los familiares mayores, aunque en muchos casos a costa de la infelicidad y la culpa. El Servicio Nacional de Salud (NHS) eliminó parte de la preocupación relacionada con la mala salud. Aunque de forma irregular y a regañadientes, el Estado proporcionó algunos servicios de anticoncepción y aborto. Y muchas mujeres escapaban del hogar, aunque solo fuera para someterse a la diferente esclavitud del trabajo asalariado durante parte de su jornada.

Es importante reconocer que el monetarismo implica no solo una reestructuración de la industria y del Estado, sino también una *reestructuración de la familia*. Los repetidos ataques al aborto socavarán inevitablemente la capacidad de elección y la autonomía de las mujeres. Pero casi todos los aspectos de los recortes devuelven el equilibrio del «cuidado» a la familia, lo que afianza la subordinación de las mujeres. Muchas guarderías van a cerrar. La supresión de comedores escolares, o el aumento de su precio, para que los niños tengan que llevar bocadillos implica otra cosa más en la que la madre tiene que pensar. El «cuidado comunitario» en lugar

de los hospitales psiquiátricos o geriátricos se convierte en un eufemismo para referirse a más trabajo no remunerado por parte de las mujeres dentro de la familia.

En el mundo del trabajo asalariado la tendencia al aumento del empleo femenino que hemos observado durante muchos años podría revertirse. Esto se debe, en parte, a que el Estado es el principal empleador de mujeres y se prevé una reducción del empleo público. Pero, lo que es más significativo, el desarrollo del microprocesador va a amenazar a gran escala los trabajos rutinarios de montaje y administrativos, otras de las esferas con más empleo femenino.

Los puestos de trabajo de los hombres suelen estar mejor representados y protegidos por los sindicatos que estos puestos de perfil más femenino. Muchas de las ocupaciones más cualificadas y mejor remuneradas han sido históricamente reservadas a los hombres. La ingeniería y la imprenta son ejemplos de ello. Se da una situación en la que la innovación tecnológica está siendo utilizada por el capitalismo y el Estado para dividir y gobernar. Con demasiada frecuencia, los hombres utilizan su fuerza sindical para garantizar que sean las mujeres, y no los hombres, las primeras afectadas en cuanto a puestos de trabajo o ingresos.

Una consecuencia del monetarismo que nos obliga a volver a la familia es que será en nuestra vida privada, «invisible desde la política», donde se resolverán muchos de los efectos de la crisis. El cierre de hospitales no significa que haya más gente muriendo en la calle, sino que hay más trabajo doméstico y más preocupaciones. La apuesta monetarista es que las miserias del desempleo se expresarán no en desórdenes públicos, sino en desesperación privada. El enfado por la caída del nivel de vida se disipará en la preocupación por las tareas domésticas y se adormecerá con valium. Una vez más, el Estado y el capital están en condiciones de dividirnos y gobernarnos a través de los diferentes roles que los hombres

y las mujeres desempeñan convencionalmente en la gestión de las finanzas del hogar: tanto los hombres como las mujeres aportan dinero —los hombres más que las mujeres, por regla general—, pero las mujeres son las principales responsables del gasto, de llegar a fin de mes.

Consciente o inconscientemente, la estrategia monetarista ya está jugando con eso. Así, los *tories* han recortado el impuesto sobre la renta, con el efecto predominante de aumentar los salarios de los hombres, mientras recuperan los ingresos del IVA, que proviene principalmente del dinero que las mujeres destinan a las tareas domésticas. Las tensiones entre hombres y mujeres aumentarán debido a la crisis y a la nueva estrategia de clase.

No podemos permitirnos pasar por alto estas formas en las que el modo monetarista de dominación afecta de manera diferente a mujeres y hombres. El monetarismo bien puede reforzar las formas en que los hombres actúan como agentes de la dominación del capital, a través del mecanismo de la división sexual del trabajo en el hogar y en el trabajo. Pero esta no es la única forma en que las relaciones entre sexos parecen estar cambiando. Los hombres son a menudo los que llevan la opresión de las relaciones capitalistas a la vida de las mujeres. No debemos permitir que las relaciones de clase del capitalismo nos hagan olvidar que la dominación de clase siempre ha estado entrelazada con el ejercicio del poder de los hombres sobre las mujeres.

El nuevo modo de dominación puede fomentar el poder de los hombres *como hombres*. Hemos mostrado cómo las mujeres están siendo desplazadas del trabajo asalariado y devueltas al hogar, cómo están atrapadas en empleos mal remunerados, con sus opciones limitadas por el recorte del gasto en investigación y asesoramiento sobre anticoncepción y con el endurecimiento de las condiciones para acceder a los servicios de aborto. Estos procesos solo pueden servir

para reforzar la capacidad que los hombres tienen desde hace tiempo de disponer del trabajo de las mujeres en el hogar y dominar su sexualidad y reproducción.

Ante la crisis y las políticas monetaristas, la respuesta ha sido un recrudecimiento general de la violencia, tanto fuera como dentro del hogar, conforme las personas expresan su rabia individual. No siempre se recuerda que esta violencia es, en la práctica, abrumadoramente masculina. Y no toda ella está dirigida contra la propiedad o contra el Estado, o incluso por los hombres entre sí. Gran parte recae individualmente sobre las mujeres.

Es evidente que debemos resistirnos a la tendencia del capitalismo a dividirnos aún más y buscar todos los intereses comunes que pueden unir a hombres y mujeres en la lucha por el socialismo. Pero también debe intensificarse la lucha de las mujeres contra el poder masculino.

REPRESIÓN

El uso cada vez mayor de la represión estatal explícita es una parte inevitable de esa «libertad» tan querida por los conservadores. Reducir el alcance de los servicios estatales y excluir a las personas de cualquier atisbo de acceso al poder conduce necesariamente a nuevos problemas de control y al uso cada vez más abierto de la fuerza para resolver o contener esos problemas. No es casualidad que la reducción del gasto social vaya acompañada de un aumento del gasto en policía y ejército. La expansión del brazo abiertamente represivo del Estado es uno de los aspectos mejor documentados del monetarismo. La creciente visibilidad tanto de la policía como del ejército, el importante papel que desempeñan grupos

como el SPG o el SAS⁴ y las implicaciones represivas del desarrollo de la energía nuclear han sido bien documentados en otros lugares.

Pero el creciente énfasis en la represión no solo se expresa en el aumento del uso de la violencia por parte del Estado y en el mayor estatus otorgado a la policía y al ejército. Más allá de eso, se produce una intensificación de la vigilancia, la supervisión y la represión en todo el Estado, lo que inevitablemente nos afecta tanto si somos trabajadores estatales como «clientes».

En cierta medida, el aumento de la vigilancia estatal está asociado al desarrollo de las nuevas tecnologías. El microprocesador mejora las posibilidades de control del capital de varias maneras. En primer lugar, el «Estado fuerte» necesita procesar una gran cantidad de información si quiere identificar de forma fiable a sus «subversivos» para reprimirlos. El microprocesador le da ese potencial: las escuchas telefónicas totalmente automatizadas, por ejemplo, son casi una realidad tecnológica.

En segundo lugar, los microprocesadores y los equipos electrónicos ofrecen dos tipos distintos de ventajas al capital para controlar el proceso de producción. En industrias como las que implican trabajos de montaje repetitivos pueden reducir drásticamente la necesidad de trabajadores. En muchos casos

4. NdE: El primero, el Grupo Especial de Patrulla, fue una unidad especial de la policía londinense responsable de combatir desórdenes públicos y terrorismo. Estuvo en activo hasta 1987, cuando fue sustituida por una unidad tres veces más grande, el Grupo de Apoyo Territorial (TSG).

Respecto al segundo, se trata del Servicio Aéreo Especial, un cuerpo de las fuerzas especiales británicas que surgió tras la Segunda Guerra Mundial como parte de la política estatal de contraterrorismo y cuya operación más destacada llegaría poco después de la publicación del libro, en la Operación Nimrod de 1980.

estos puestos de trabajo están ocupados por trabajadores mal pagados y relativamente desorganizados —a menudo mujeres— y los despidos son fáciles de llevar a cabo.

En otras ramas de la industria, donde los sindicatos de trabajadores cualificados han ejercido tradicionalmente un estricto control sobre el proceso laboral, la introducción de la electrónica puede utilizarse para desbaratar ese control. La aplicación de la fotocomposición asistida por ordenador a la industria de la impresión es un ejemplo de ello. Al reducir la cantidad de habilidades necesarias para el trabajo, al combinar algunas tareas y eliminar otras, al difuminar las líneas divisorias entre los trabajos que normalmente realizan diferentes sindicatos, los nuevos sistemas son herramientas ideales para que el capital destruya la organización y el poder de los sindicatos, lo que permite una gestión más eficaz, directa y explotadora.

Las mismas ventajas que la electrónica ofrece a los empresarios capitalistas también resultan atractivas para quienes gestionan las burocracias de la función pública y las autoridades locales. Varios departamentos gubernamentales y ayuntamientos están llevando a cabo pruebas con equipos de oficina automatizados. Un informe no oficial sobre el uso de procesadores de texto en las oficinas del ayuntamiento de Bradford muestra lo que puede suceder.

Las máquinas están en funcionamiento constante y se programan en función de la velocidad a la que llega el material. Los trabajadores tienen un descanso de diez minutos por la mañana y por la tarde, y por lo demás no tienen contacto con los compañeros durante el horario de oficina. Todo el trabajo nuevo llega a través de una caja de cristal antiestática especial y ningún trabajador ajeno a la sección entra en la sala. El operario casi no tiene contacto con el producto

terminado [...]. La ya de por sí débil relación entre una mecanógrafa y su trabajo se rompe por completo. Ya no hay sentido alguno en nada de lo que hace.

Durante más de un siglo, en el que se ha aplicado la maquinaria a la producción industrial para someter la organización del trabajo al control directo del patrón, el oficinista, que sigue utilizando la modesta tecnología del bolígrafo y el papel, del archivador y la máquina de escribir, ha conservado el «privilegio» de una disciplina más laxa y una mayor discreción en el trabajo. Ahora, el ordenador y sus accesorios, la «oficina electrónica», ofrecen al capital la oportunidad de lograr por fin la «subordinación real» de los trabajadores de oficina en el comercio, la industria y dentro del Estado.

En la primera edición de *En y contra el Estado* nos centramos en ciertos tipos de empleos «profesionales» y «asistenciales» del Estado y en las contradicciones que representaban para los socialistas. Si entendemos correctamente el nuevo modo de dominación, pronto detectaremos un gran conflicto en torno a las relaciones laborales de las personas que ocupan puestos administrativos y de oficina. El Estado pretende eliminar 102.000 puestos de función pública en cinco años. Incluso si algunas funciones estatales se abandonan por completo, gran parte del ahorro tendrá que conseguirse aumentando la productividad de los trabajadores estatales que permanezcan. El intento de rutinizar y automatizar estos puestos de trabajo, amén de aumentar el control directo sobre las personas que los ocupan, ya está provocando resistencia, y esto bien podría permitir a los socialistas que ocupan estos puestos de trabajo poner directamente sobre la mesa la cuestión de la naturaleza de su trabajo.

Los microprocesadores han atraído mucha atención. Menos comentadas, pero quizás más insidiosas, son las muchas otras formas en que el clima de austeridad conduce a relaciones más represivas entre el Estado y quienes tratan con él, así como dentro del propio aparato estatal.

Así, por ejemplo, el aumento del desempleo crea nuevas relaciones de dependencia del Estado y nuevas relaciones de control. Cada año cientos de miles de personas adicionales se inscriben como desempleadas. Esto las lleva a una interacción más directa con la vertiente «asistencial» de la actividad estatal, lo que ofrece posibilidades de control capitalista de la clase obrera. La reducción del valor real de las prestaciones que hemos visto en los últimos meses no es simplemente una cuestión de ahorro. También está claramente diseñada para obligar a la gente a aceptar (e intentar mantener) cualquier trabajo aburrido y mal remunerado que se les ofrezca. La supresión de la prestación adicional «relacionada con los ingresos» para los nuevos desempleados tiene claramente este objetivo. Y la retirada parcial de las prestaciones a las familias de los huelguistas está diseñada para que los trabajadores se lo piensen dos veces antes de plantearse una acción sindical. La represión se presenta cada vez más en forma de represalia y no de advertencia: las ocupaciones de hospitales se han tratado de forma mucho más sumaria, y los pacientes y trabajadores han sido desalojados de forma rápida y violenta.

Igualmente importantes son las formas más informales de atosigamiento. La antigua separación entre los pobres «que no merecen» y los que «merecen» nunca desapareció por completo bajo el keynesianismo, y ahora está reapareciendo abiertamente. El DHSS está cada vez más dispuesto a amenazar con retirar las prestaciones a quienes no se ajustan a las normas —los «vagos»—. Esto se refleja en los aumentos

diferenciales de las prestaciones económicas, así como en el enorme aumento del grado de vigilancia del DHSS sobre los solicitantes presuntamente «fraudulentos».

En otras áreas del bienestar social, la estrategia monetarista también parece implicar un renovado énfasis en la vigilancia para identificar y controlar las áreas de posible desorden y en la exclusión de los elementos «peligrosos». En los colegios se recurre cada vez más a los «*sin bins*», unidades especiales separadas de la educación normal donde los niños problemáticos pueden ser sometidos a una rutina selectiva. Los *torries* están creando centros de detención preventiva para dar un «golpe breve y contundente» a los jóvenes delincuentes. Incluso quienes primero defendieron esa medida se alarman ahora ante el régimen punitivo, y quienes cobran por imponerla están intranquilos.

Es muy importante pensar en el aumento de la represión estatal no solo como algo que concierne a la policía y el ejército. Ya sea como trabajadores estatales o como «clientes», también *nos* apela, nos enfrenta a problemas cada vez más acuciantes en nuestra vida cotidiana. Si somos profesores, vemos que se está dando una nueva importancia a los exámenes y a las calificaciones. Si somos trabajadores sociales, nos vemos más involucrados en la asignación de «recursos escasos». Si tenemos algún tipo de responsabilidad en materia de finanzas, nos enfrentamos más recurrentemente a «decisiones difíciles» para garantizar que no se sobrepase la asignación de fondos, el tipo de «decisiones difíciles» a las que la gerencia siempre ha tenido que enfrentarse. Hagamos lo que hagamos, nos damos cuenta de que evitar los recortes a menudo implica «obtener resultados», y que los resultados suelen medirse en términos que implican un aumento del control y la supervisión.

A medida que el margen de maniobra se reduce, se hace más importante que nunca que pensemos en las implicaciones políticas de nuestra práctica diaria, en la relación entre nuestra actividad de nueve a cinco y la lucha por el socialismo. Especialmente si somos trabajadores estatales, los cambios en nuestra situación significan que tenemos que examinar con mayor honestidad de qué lado estamos actuando. ¿Cuáles son los límites a nuestra voluntad de cumplir las expectativas que el Estado tiene de nosotros? ¿Cómo podemos desarrollar una práctica de oposición?

3. Rabia, resistencia y socialismo

El colapso de la estrategia de clase keynesiana se ha llevado consigo nuestras últimas pequeñas ilusiones sobre la posibilidad de un capitalismo reformado y tolerable. Ahora podemos ver con mayor claridad. Pero la visión es tan gris que incluso hablar de socialismo parece ahora utópico. La realidad capitalista nos está acorralando, borrando nuestras esperanzas.

La propia desolación del futuro con el que nos amenaza el capitalismo hace urgente que nos preguntemos de nuevo cómo podemos construir el socialismo. Sin socialismo no solo nos espera un mal futuro, sino que puede que no tengamos ninguno.

AVANZANDO HACIA EL SOCIALISMO

Desde que tenemos memoria, la cuestión de la transición al socialismo se ha polarizado entre dos posiciones: por un lado, el gradualismo y, por otro, la «toma del poder estatal». Pero últimamente parece haber un reconocimiento cada vez mayor de que este debate es estéril. La evidente falta de posibilidades de reforma, junto con nuestras reveladoras experiencias de «participación», nos han desengañado de las esperanzas en el gradualismo. No hay forma de que la sociedad pueda transformarse a través de instituciones que han sido desarrolladas precisamente para quitarnos nuestro poder.

Por otro lado, una política que lo apuesta todo a la «toma del poder estatal» hace que muchos socialistas se sientan incómodos. Son escépticos sobre la posibilidad de un cambio de la noche a la mañana, sabiendo que será difícil generar apoyo popular para el socialismo cuando la cuestión de por

qué estamos luchando se mantiene tan irreal. Ni el capital ni el Estado pueden ser confiscados, pues no son *cosas*. Son *relaciones* que no pueden ser captadas y retenidas, tienen que ser deshechas. De una manera extraña, nuestra crítica a la línea de la «toma del poder estatal» comparte mucho con nuestras dudas sobre el gradualismo: «capturar el poder» por cualquiera de los dos medios no es lo mismo que tomar el control.

Necesitamos una política socialista que reconozca que una nueva sociedad no puede construirse a través de las viejas instituciones y que tampoco puede construirse en un solo momento.

La forma de pensar gradualista abarca ideas como la «gestión progresista de las fábricas» y las «buenas prácticas de trabajo social», mientras que la forma de pensar de «destruir el Estado» desestima la idea de que los socialistas deban tener algo que ver —hasta después de la revolución— con intentar cambiar la forma en que se organiza el trabajo en las fábricas o lo que ocurre en las oficinas de trabajo social. Escribimos *En y contra el Estado* porque pensamos que la mayoría de los socialistas reconocen que ninguna de las dos posiciones les resulta útil en su vida cotidiana, ya que intentan contribuir en primera persona a la transición al socialismo.

En la primera edición intentamos plantear una alternativa a estos dos enfoques inútiles. Se basa en la idea de *oposición*. La construcción del socialismo consiste en aprovechar todas las oportunidades para contraponer nuestras formas a las suyas, de manera que se debiliten las relaciones sociales del capital y, al mismo tiempo, se prefigure lo que nos gustaría ver.

Tomemos como ejemplo la asistencia sanitaria. La práctica socialista de la asistencia sanitaria incluiría relaciones de trabajo cooperativas y no jerárquicas entre los trabajadores sanitarios. Significaría compartir información y conocimientos

entre los trabajadores y con los «pacientes», creando oportunidades para que las personas enfermas compartieran sus conocimientos y experiencias. Implicaría prestar más atención a la asistencia sanitaria rutinaria y cotidiana y encontrar formas de identificar y abordar las causas sociales de la mala salud. La lucha por establecer estos principios, por pequeña que sea, ya sea dentro del NHS o fuera de él, en grupos de ayuda mutua, tiene beneficios inmediatos tanto para los trabajadores como para los «pacientes». Pero lo más importante es que también es inevitablemente subversiva. La culpa del capitalismo respecto a nuestra mala salud queda oculta por el servicio sanitario. Empezar a tomar el control de nuestros propios cuerpos y preguntarnos qué nos está enfermando es socavar la separación institucional entre lo que nos enferma y lo que pretende curarnos.

De manera similar, la práctica de la educación socialista, ya sea dentro o fuera del Estado, consiste en aprender de la experiencia y ayudar a las personas a desarrollar su capacidad para hacer preguntas y pensar críticamente. Este es el tipo de educación que nos gustaría ver de forma universal. Pero en la medida en que también podemos luchar por ella ahora, supone una amenaza para el *statu quo*.

Cada vez que los trabajadores se niegan a cooperar con la forma de actuar de la dirección, ya sea en el sector público o en el privado, la acción no es solo una forma de resistencia: también debe implicar pensar qué otras alternativas hay. Y la experiencia de resolverlo colectivamente puede ayudarnos a desarrollar nuestra comprensión de cómo se tomarían las decisiones en una sociedad socialista. Los principios y formas de organización en los que se sustenta y defiende dicha práctica de oposición son precisamente los que constituirían la base de la nueva sociedad.

Decir todo esto no es afirmar que la transición al socialismo pueda realizarse sin revolución. Es reconocer que habrá una continuidad entre las formas de oposición dentro de la vieja sociedad y la forma en que la nueva sociedad se organice. Es mucho más fácil concebir la creación de una nueva sociedad cuando reconocemos que puede comenzar con lo que hemos construido al oponernos a la antigua. Aceptar el concepto revolucionario —que la sociedad no puede transformarse si no lo hace en toda su extensión y que no puede construirse a través de las viejas instituciones— *no* significa que tengamos que participar en el tipo de política socialista que da prioridad absoluta a los momentos álgidos de la lucha de clases, como las huelgas de mineros y similares. No se puede crear una sociedad socialista «derrocando al gobierno» hasta que la práctica socialista esté mucho más extendida y arraigada entre nosotros. La única práctica socialista realista es la de construir una *cultura de oposición*. Por cultura de oposición no nos referimos a la cultura en el sentido estricto relacionado con las formas de ocio de las personas, ni tampoco en el sentido de «cultura alternativa» de hace unos años. Se trata de infundir la práctica de la oposición en todos los aspectos de la vida cotidiana, desde el trabajo y la salud hasta el cuidado de los niños y las relaciones personales. Pero ¿hay alguna esperanza para este tipo de enfoque? ¿Hay alguna forma de avanzar?

EL CONTRAATAQUE

Aunque cualquier explicación del último asalto del capital es inevitablemente deprimente, la situación actual también entraña peligros para este. La intensificación de la dominación puede dar lugar a una resistencia más feroz. Las nuevas formas de gobernarnos y oprimirnos producen nuevas formas de evadir o combatir ese dominio y opresión. Estos son nuevos riesgos para el capital y nuevas oportunidades para

los socialistas. El nuevo modo de dominación, que a veces parece tan sólido, es en realidad una apuesta desesperada. Todas nos encontramos continuamente con ejemplos de resistencia que se manifiestan de formas y en lugares que nunca aparecen en los titulares de prensa.

Joan, una de las trabajadoras del Consejo de Salud Comunitario, nos contó cómo la amenaza de cierre de una clínica había provocado la resistencia de las mujeres que la utilizaban.

Era un lugar precioso, acogedor, no autoritario. Las mujeres que lo utilizaban realmente lo sentían como suyo. Cuando la Autoridad Sanitaria del Área (AHA) anunció su cierre, las mujeres de la clase de gimnasia de la clínica empezaron a organizarse. La AHA no sabía cómo manejarlas: eran un auténtico grupo de presión, enfadadas, impredecibles e incontrolables. Tenían todo tipo de ideas imaginativas, como escribir un poema colectivo y enviárselo a Jimmy Savile.⁵ Y ganaron su lucha. Hubo un enfrentamiento sobre si podían colgar pancartas fuera de la clínica en el que la AHA tuvo que ceder. Al final dijeron que la clínica permanecería abierta. Siempre recordaré lo que me dijo una de las mujeres involucradas: «Me desperté en mitad de la noche y, de repente, todo me quedó tan claro que quise escribirlo. Me di cuenta de que la vida es como un combate de boxeo. Empieza en cuanto tienes hijos. Llevas a tus hijos a la clínica, pero está cerrada. Así que los llevas a otra clínica y tienes que esperar tanto tiempo que nunca llegas a ver al médico. Luego los llevas al colegio y allí también ha habido recortes. Y finalmente, cuando son adolescentes y empiezan a dar problemas, ¡te culpan por no cuidarlos adecuadamente!

5. Savile era considerado por muchos un filántropo recaudador de fondos cuando este libro se publicó por primera vez en 1979, mucho antes de que se revelara que era un delincuente sexual en serie.

Como dijo Joan, «las mujeres sentían que tenían que defender la clínica. Veían el cierre como un ataque contra su propia vida». Muchos otros grupos de personas se han visto empujados a resistir con una rabia similar. Pero normalmente solo cuando estas luchas alcanzan una escala nacional nos enteramos de ellas.

El insulto de un incremento salarial del 2% convirtió a los trabajadores siderúrgicos, por ejemplo —que durante años habían tenido que soportar uno de los sindicatos más moribundos de Gran Bretaña y una industria que se desangraba—, en una fuerza que pasó por encima de los *tories*. Estos habían elegido el acero como su campo de batalla nacionalizado, donde podían imponer recortes salariales reales, despidos masivos y una intensificación del trabajo. No se dieron cuenta de la fuerza de una furia que llevaría la huelga mucho más allá del control moderador de los líderes.

El proyecto de la Ley Corrie⁶ hizo que miles de mujeres olvidaran el cansancio de sus años de marchas contra White y Benyon. Londres y otras ciudades fueron testigos de las mayores manifestaciones en años. Eran manifestaciones decididas, conscientes de la gravedad de la amenaza, sabiendo que los antiabortistas tenían mayoría parlamentaria, sin atreverse a confiar en las tácticas de bloqueo de la Cámara de los Comunes. No obstante, también había un extraño sentimiento de alegría en ellas. Surgía de la constatación de que el movimiento feminista había creado una fuerza de oposición que podría haber llegado a disputar a Corrie en las clínicas y en los consultorios si el derecho al aborto se hubiera restringido seriamente en el Parlamento.

6. NdE: *The Corrie Bill* fue un proyecto de ley introducido en 1979 en el Reino Unido por el diputado conservador John Corrie para restringir los derechos al aborto consagrados en la Ley del Aborto de 1967.

LA IZQUIERDA NO OFRECE RESPUESTAS

Así que hay rabia, resistencia e incluso nuevas oportunidades para la lucha. Sin embargo, estas chispas de rebeldía no han reavivado la fuerza y la confianza de la izquierda organizada. Cabría esperar que los grupos revolucionarios estuvieran floreciendo. Pero, por el contrario, muchas organizaciones de izquierda parecen tener dificultades para evitar que su número de afiliados disminuya. Sus lemas carecen de atractivo directo. Es como si hubiera una brecha entre lo que dicen y la realidad de las luchas populares, de modo que ambas cosas nunca llegan a entrar en contacto.

No es de extrañar que no haya más adeptos a una política basada en el concepto de la toma del poder estatal «en un futuro lejano». Esta forma de pensar no parece tener relación con los problemas de las decisiones cotidianas a las que nos enfrentamos como socialistas dentro del Estado. No nos ofrece ninguna orientación sobre cómo afrontar estas diatribas. Implica que el Estado está ahí fuera, en algún lugar, ajeno a nosotros. Sabemos que estamos dentro de él y enredados en relaciones en las que estamos personalmente implicados.

Al sentir que los grupos de izquierda están desconectados de la realidad, muchos socialistas —incluidos los que conocen todos los argumentos contra el «reformismo» y la «socialdemocracia»— se han afiliado al Partido Laborista. Los concejales laboristas de izquierda con los que hablamos tenían claro que los argumentos y justificaciones reformistas que los habían llevado al ayuntamiento eran aún menos válidos que hace un año: los recursos eran más difíciles de conseguir y el alcance de la función directiva se había reducido. Aun así, informaron de un aumento del 50% en el número de afiliados a sus partidos locales desde las elecciones generales de 1979. Estos nuevos afiliados ven la magnitud de la crisis

y el ataque a la clase trabajadora, se dan cuenta de que no pueden luchar contra ello como individuos y quieren unirse a otros.

Mary y Patrick, dos de los profesores con los que hablamos, se habían afiliado recientemente al Partido Laborista con esta filosofía: de mala gana, por falta de alternativas, sintiendo que debían hacer *algo*. Y, de hecho, esta vía parece ofrecer la posibilidad de tener un impacto. Especialmente en los lugares donde los partidos laboristas locales han estado en declive. En esas zonas cabe la posibilidad de convertirse en candidato en las elecciones locales en el plazo de uno o dos años desde la afiliación.

No obstante, muchos como Mary y Patrick se afilian al Partido Laborista con serias reservas. Rechazan lo que consideran el negativismo del análisis de la izquierda, pero basan su decisión de intervención en la teoría alternativa del Estado, con la que se sienten igualmente desasosegados: la teoría que nos dice que el Estado es un barco en el que podemos navegar hacia el socialismo, infiltrando a miembros socialistas en la tripulación, ajustando las velas aquí y allá y utilizando nuestras propias cartas de navegación.

De esta manera se crea un efecto de péndulo en la política británica, ampliamente demostrado desde la Segunda Guerra Mundial. Un período de gobierno conservador hace que el Partido Laborista se mueva hacia la izquierda; este gana las elecciones, pero se mueve hacia la derecha mientras está en el poder; le sigue otro gobierno conservador, y así sucesivamente. De alguna manera, este vaivén coadyuva al mantenimiento del capitalismo canalizando nuestra energía y nuestra ira hacia la campaña electoral. El barco del Estado parece navegar con más tranquilidad por las aguas capitalistas simplemente porque cambia periódicamente de tripulación y se adapta a cada viento dominante.

Hemos intentado demostrar, a través de las entrevistas con personas que relatan su experiencia de primera mano con el Estado y en el análisis que las sigue, que el Estado capitalista no es una cosa, ni siquiera un conjunto de cosas. Por eso no sirve la metáfora del barco, ni siquiera la de una flota. El Estado es un conjunto complejo de relaciones, relaciones que nos individualizan, que niegan la realidad de las clases, que refuerzan el sexismo y el racismo. Como socialistas, no podemos ser eficaces simplemente buscando influencia, tratando de capturar el poder, sin cuestionar la forma de las relaciones de clase, limitándonos a actuar de acuerdo con los estatutos y los precedentes. Acabamos oprimiéndonos unos a otros y confundiéndonos a nosotros mismos al hacerlo.

El hecho de que los conservadores recibieran los votos de mucha gente de la clase trabajadora, especialmente en el sur y el centro de Inglaterra, no puede interpretarse como una manifestación de la «falsa conciencia» de esas personas. Es un fiel reflejo de su experiencia real con la socialdemocracia y su promesa de reforma a través del Estado. La gente ya no siente que el Estado sea su amigo, ni siquiera el Estado de bienestar. El Estado no solo no ha cumplido sus promesas —mayor igualdad, pleno empleo—, sino que lo que nos ha dado nos llega de una forma opresiva, degradante y divisiva. Por eso, muchos trabajadores están dispuestos a aceptar, por sus propias razones, el rechazo de la clase dominante a un Estado en expansión.

La estrategia de clase keynesiana fue muy eficaz precisamente en la medida en que logró imponer a muchos socialistas unas lentes que niegan este malestar que la gente siente hacia el Estado, lentes «estatistas» que nos llevaron a una lucha «estatista», canalizada exclusivamente a través de formas institucionales preestablecidas, como las elecciones, los partidos, las estructuras sindicales oficiales y las formulaciones de la política social. El objetivo del keynesianismo era centrar

nuestra atención en el cabildeo, las decisiones de los consejos, las resoluciones de las conferencias, etc., que por muy necesarias que sean, descuidan la constante efervescencia de la lucha que no adopta ninguna forma institucional y que a menudo es una lucha *contra* el Estado. Estas gafas estatistas nos llevaron a «participar» en todas las ocasiones que se nos presentaron. Con demasiada frecuencia utilizamos estas oportunidades, pero no por las posibilidades de oposición que realmente ofrecían y que podrían haberse aprovechado. A través de ellas, a menudo nos veíamos obligados a asumir lo que en realidad eran *sus* responsabilidades a cambio de una falsa participación en el poder. Ahora, el monetarismo ha ganado libertad para operar, su propio espacio político, a partir de las debilidades ocultas que la integración y la institucionalización de los años keynesianos han producido en aquellas organizaciones de clase obrera que lo aceptaron sin rechistar.

EL VACIAMIENTO DE NUESTRA FUERZA

Queremos ilustrar el tipo de cosas que nos han estado sucediendo con dos ejemplos aleccionadores. Uno proviene de la industria: British Leyland. El otro ejemplo proviene del Estado: la desaparición de un centro jurídico. Esta combinación de los sectores «privado» y «público» se ha hecho a propósito, porque ayuda a enfatizar que el keynesianismo y el monetarismo son procesos omnipresentes de dominación de clase que influyen en nuestras luchas en todas partes. En conjunto, demuestran claramente que, para luchar contra el monetarismo, debemos deshacernos de las lentes «estatistas». No sirve de nada dar un paso atrás y defendernos con el vocabulario que nos enseñó el keynesianismo. Tenemos que dar un paso adelante y defendernos desde la oposición consciente.

Durante el auge de la posguerra, la gigantesca planta de Longbridge de British Leyland desarrolló una de las organizaciones de delegados sindicales más poderosas de Gran Bretaña, celosa de su creciente control sobre la organización del trabajo. En los años sesenta era tan fuerte que, en una situación de expansión de los mercados, la dirección tuvo que adoptar una actitud conciliadora pagando a ocho de los delegados sindicales para que actuaran efectivamente como funcionarios sindicales a tiempo completo. Incluso después de que la empresa entrara en serias dificultades, esta estrategia de cooperación patrocinada por el Estado continuó. El número de delegados a tiempo completo se incrementó de ocho a cincuenta. Ahora tenían sus propias oficinas proporcionadas por la dirección y pasaban progresivamente menos tiempo en contacto con la planta. Su trabajo consistía en mediar cada vez más entre la dirección y la planta. Sin darse cuenta, difuminaron la resistencia canalizándola a través de estructuras de comités.

La estrategia de la dirección no resolvió los problemas financieros de la empresa: al contrario, estos siguieron aumentando. Después de que Sir Michael Edwardes tomara el mando en 1977, comenzó un ataque más vigoroso. Este culminó con la presentación a la plantilla de la empresa de un plan de gestión para su aprobación mediante votación secreta. Algunos representantes sindicales publicaron un panfleto en contra del plan que, sin embargo, contó con el apoyo abrumador de la plantilla de Leyland. En noviembre de 1979 Derek Robinson, coordinador de los delegados sindicales de Longbridge, fue despedido por ser uno de los autores del folleto. Los intentos de organizar una huelga en apoyo a Robinson no lograron su readmisión.

¿Qué había sucedido? Un fuerte movimiento autónomo de trabajadores se incorporó a través de su participación en comités de gestión. Esta cooptación contribuyó a hacer posible

el contraataque; la «participación» había ofrecido la ilusión de influencia, cuando la realidad era que socavaba la fuerza de la clase trabajadora. Ante el asalto monetarista, esta fuerza demostró haber sido vaciada de contenido.

La historia de British Leyland es un microcosmos de los años setenta: un período de fortaleza y militancia de la clase obrera seguido de un período de concesiones e integración. Fue una estrategia arriesgada y costosa para el capital, e hizo necesario un nuevo ataque. Pero también sentó las bases para ese ataque; cuando llegó, las organizaciones de la clase trabajadora ya no estaban arraigadas en una fuerza real.

El segundo ejemplo de este mismo proceso es uno de los muchos que podrían citarse de nuestras relaciones con el Estado local. En el capítulo 1 hablamos con algunos trabajadores de un centro jurídico financiado por las autoridades locales. Volvimos a hablar con ellos recientemente, un año después. Los tres centros jurídicos de su municipio habían sido cerrados. Lo interesante era cómo su propia naturaleza institucional y su relación con el Estado les había impedido luchar. Las autoridades locales les criticaban cada vez más por actuar «políticamente», por trabajar con grupos, por no «quedarse en la oficina y ofrecer un servicio rentable sin cita previa para particulares».

Cuando surgió la amenaza de cierre, los trabajadores de los centros jurídicos se vieron obligados a defender sus propias sedes en los términos establecidos por el ayuntamiento, tratando de demostrar su utilidad y eficiencia. «Echando la vista atrás, podemos ver que el ayuntamiento nos engañó. Hicimos una concesión tras otra con la esperanza de seguir adelante. Seguimos justificándonos ante ellos, tratando de demostrar que realmente estábamos haciendo lo que querían. Pero al final nos cerraron. Deberíamos habernos dado cuenta antes de lo que estaba pasando y haber luchado de

forma más constructiva, haciendo lo que queríamos con el dinero que nos quedaba, haciendo lo que mejor reflejaba las necesidades de la clase trabajadora de nuestra zona».

Hay innumerables ejemplos de luchas que salieron mal esparcidos a lo largo del camino, desde el auge del poder de la clase obrera a principios de los años setenta hasta la derrota y la desmoralización de 1979 y 1980. La lección de todas las historias es la misma: perseguir el poder ganando posiciones de influencia para la clase obrera *en los términos que impone la forma estatal de las relaciones sociales* es un error.

La clase trabajadora está presente en el Estado en innumerables posiciones y de innumerables maneras. Pero estar presente en puestos formales de responsabilidad o poder es diferente a estar presente en la lucha. La presencia de la clase trabajadora dentro de la propia forma estatal de relaciones es una fuerza vacía. Es esta vacuidad la que ha permitido la entrada de la «nueva derecha», no con un apoyo social masivo —en esto se diferencia del fascismo—, sino con una base social negativa de desconfianza y rechazo hacia el Estado.

Podemos citar tres ejemplos de las formas en que nuestra experiencia del modo monetarista de dominación nos está empujando a cambiar la forma en que vemos nuestra relación, como socialistas, con el Estado.

1) Tomemos, en primer lugar, la amenaza actual que se cierne sobre muchos puestos administrativos y de oficina en la función pública y la administración local. En estos puestos podemos elegir el tipo de campaña que llevamos a cabo en nuestra propia defensa, similar en muchos aspectos a la elección que tenemos en nuestros puestos de trabajo «asistenciales». Podemos adoptar estrategias de oposición que desafíen el propósito oficial de nuestro trabajo, las relaciones de control dentro de él y su efecto sobre la clase trabajadora fuera de él, contrarrestando esas determinaciones con nuestra

propia concepción socialista de lo que este trabajo podría y debería ser. O podemos librar una lucha defensiva y sectorial para asegurar nuestros puestos de trabajo y mejorar nuestro salario y estatus dentro de los términos de la propia forma de relaciones del Estado. Si hacemos esto, obtendremos poco apoyo de una clase trabajadora que comparte el rechazo de los conservadores por «demasiados funcionarios» y «demasiada burocracia».

2) En segundo lugar, hemos visto que un aspecto del nuevo modo de dominación es reducir el número de trabajadores remunerados en los puestos de «cuidado» del Estado y recurrir en su lugar a voluntarios. Como socialistas, a menudo reaccionamos a esto rechazando de plano la idea del trabajo voluntario, tanto para defender los puestos de trabajo estatales como para atribuir al Estado lo que consideramos que son sus responsabilidades propias. En muchas circunstancias, esto es lo correcto. Pero quizás también deberíamos salirnos de los usos oficiales de «público» y «privado». Muchas personas, debido a una mala experiencia, han llegado a identificar los servicios oficiales con el menosprecio, con la falta de atención, y, por el contrario, a valorar la ayuda prestada voluntariamente como algo más humano. Nuestra lucha futura, como socialistas y feministas, tiene que ir más allá del estrecho concepto de que «si es socialista, siempre debe ser estatal». Tenemos que luchar por lo que necesitamos del Estado. Pero, al mismo tiempo, podemos desarrollar estrategias mediante las cuales la acción no remunerada se convierta en (y pueda ser vista como) una lucha ajena a la caridad. Por ejemplo, cuando las mujeres comparten sus habilidades y experiencia en grupos de autoayuda para la salud, esto puede convertirse en la base para una lucha por una mejor atención sanitaria estatal.

3) En tercer lugar, mirando hacia el futuro, es posible ver que surgen peligros similares en la dependencia del Estado y de las formas de acción estatales en relación con las campañas contra los recortes. Varios ayuntamientos laboristas de izquierdas se niegan a aplicar tales recortes. Esto es de agradecer. Pero todos estos ayuntamientos, hasta la fecha, han seguido asumiendo la responsabilidad de gestionar la crisis, aumentando los impuestos hasta en un cuarenta por ciento. De esta manera, la clase trabajadora paga la crisis por otros medios.

Con demasiada frecuencia, incluso los concejales laboristas más izquierdistas ven la batalla como algo que tiene lugar dentro de la cámara del consejo, en lugar de en las escuelas y en las urbanizaciones. Este tipo de «poder» —la «influencia» que la clase trabajadora ha ganado a través del parlamentarismo y el gerencialismo— puede ser a veces una trampa. Tanto los ayuntamientos laboristas como los conservadores son considerados por la mayoría de la gente como el enemigo, el opresor, el organismo que no proporciona viviendas dignas ni repara las existentes, que mantiene a los niños fuera de las guarderías y se niega a pagar salarios dignos a sus trabajadores.

Cuando llegue la crisis, cuando los comisionados de Whitehall intervengan para hacer frente al gasto excesivo, ¿se unirán los habitantes de estas zonas para proteger a los ayuntamientos que defendieron «sus» servicios? Esperamos que sí, pero tememos que no. La forma misma en que se prestan los servicios —a pacientes individuales, padres, clientes— rema en contra de la organización colectiva para defenderlos. Y, como hemos dicho muchas veces, en ningún caso se consideran *nuestros* servicios, mientras que el dinero que tenemos que pagar en impuestos más elevados sale claramente de nuestro bolsillo.

BÚSQUEDA DE NUEVAS FORMAS

No obstante, el fracaso de las organizaciones socialistas y del pensamiento estratégico tiene su lado bueno y su lado malo. Hay una nueva apertura. Hoy en día, hay que engañarse mucho a uno mismo para pensar que se tienen todas las respuestas. Por ejemplo, un libro escrito por tres feministas socialistas, *Beyond the Fragments*, ha causado más revuelo que cualquier otra obra similar en muchos años al cuestionar las suposiciones habituales de la izquierda. Ha tenido su impacto no porque proporcione respuestas que resuelvan todos nuestros problemas, sino porque plantea preguntas que mucha gente se hacía en silencio. ¿Cómo podemos actuar sobre la base de lo que aprendimos en los años sesenta y setenta, de los nuevos movimientos, en particular del movimiento feminista? ¿Qué podemos hacer ante el hecho de que muchos de nosotros, como socialistas comprometidos, consideramos que las organizaciones socialistas existentes son inadecuadas?

Por un lado, la ira, la energía, la oposición; por otro, la ausencia de un movimiento fuerte y organizado. ¿Por qué existe esta brecha? Nuestro punto central es que no podemos buscar la respuesta en la «apatía» de quienes no se unen a la izquierda organizada. Debemos buscar más bien en nuestras propias prácticas como socialistas la respuesta. No debemos preguntarnos «¿qué les pasa a todas estas personas que no se unen a nuestra lucha?», sino «¿qué hay en nuestra forma de organizarnos, en la forma en que planteamos los problemas, en la visión que ofrecemos, que la hace inadecuada como base para la acción de masas?». Porque no es que la gente no esté dispuesta a resistir. La resistencia está por todas partes. No siempre adopta formas tradicionales reconocidas, como las huelgas. El sabotaje en la cadena de montaje, el absentismo escolar, las mujeres que abandonan matrimonios opresivos... Todo ello es resistencia.

Lo que está mal es, sin duda, que nuestros sindicatos e instituciones socialistas actuales ni siquiera perciben, y mucho menos ayudan a colectivizar, los miles de actos de resistencia cotidiana. Nuestras organizaciones, con demasiada frecuencia, no abordan la difícil situación de la gente, no escuchan lo que esta quiere, no reflejan su ira reprimida.

El problema, entonces, es encontrar formas efectivas de lucha con las que responder a la ofensiva del capital. Tenemos que entender a qué nos enfrentamos exactamente, pensar en formas de colectivizar y apoyar las formas de resistencia y dirimir cómo podemos transformar esta resistencia al capitalismo en la consecución del socialismo.

El llamamiento a una renovada confianza en los sindicatos tradicionales y la política del Partido Laborista se basa en parte en la idea errónea de que lo que estamos viviendo ahora es un retorno a los años treinta. Ya hemos señalado algunas de las diferencias entre la situación actual y las décadas anteriores a la guerra. Ahora existe una tecnología de control completamente nueva —desde la energía nuclear hasta las drogas psicotrópicas—, un nuevo modo de dominación y diferentes grupos de personas que soportan el peso de la ofensiva del capital, en particular los negros —apenas presentes en el Reino Unido antes de la guerra—, las mujeres, los jóvenes que abandonan los estudios y los jubilados. Hay nuevas cuestiones y nuevos grupos en el centro de la lucha de clases.

Las viejas formas de organización simplemente no se han adaptado a las nuevas circunstancias, aunque tampoco es que alguna vez hayan expresado adecuadamente la rabia de muchos grupos. Se necesitan nuevas estrategias de lucha que respondan a las necesidades de *todos* los involucrados, tanto en términos de formas adecuadas de organización como de definición de aquello por lo que luchamos.

Tomemos como ejemplo a las mujeres, ya que la mitad de las que escribimos esto lo somos. Son las mujeres las que tienen que hacer frente a la caída del nivel de vida y al cierre de guarderías, hospitales y residencias de ancianos. Son también ellas las que están perdiendo sus puestos de trabajo más rápidamente y las que bien podrían acabar siendo el núcleo de la lucha por las nuevas tecnologías. La autonomía y el control sobre su propia fertilidad que las mujeres han logrado establecer en los últimos años se ve asimismo minado. Por estas razones, ahora es imposible concebir un movimiento de resistencia masiva a la ofensiva del capital que no tenga a las mujeres en el centro, especialmente cuando se trata de luchas en y contra el Estado.

Todo esto es asumido de palabra por los socialistas. Sin embargo, con demasiada frecuencia, los hombres, y a veces también las mujeres, ven el problema desde el «cómo atraer a las mujeres». Creemos que esto es plantear la pregunta de forma errónea. Lo que debemos preguntarnos es cómo podemos replantearnos y cambiar tanto aquello por lo que luchamos como socialistas como nuestra forma de luchar por ello, de modo que ambos se ajusten a las necesidades de aquellas de nosotras que somos mujeres.

Quienes tienen una trayectoria en el movimiento obrero están inmersos en una forma de organización desarrollada principalmente por hombres, con comités, estructuras de delegados, representantes, negociadores, etc., procedimientos y funciones en los que las mujeres a menudo se sienten perdidas. Aun así, las mujeres tienen formas características de organizarse: muchas han aportado coraje e inventiva a la acción directa, desde Irlanda hasta otras comunidades urbanas. También tienen más experiencia que los hombres en el trabajo cooperativo, especialmente en grupos pequeños que se apoyan mutuamente.

Las mujeres tampoco son tan pasivas como se suele suponer. Luchan todo el tiempo: llegar a fin de mes, presionar para conseguir una plaza en la guardería, asegurar un pago por necesidades excepcionales, conseguir que les vuelvan a conectar la electricidad, intentar evitar que les quiten a los niños, asegurar una parte adecuada del salario por las tareas domésticas. El problema es que las numerosas y amargas luchas de las mujeres suelen ser muy aisladas e individuales. A menudo se dan en el ámbito familiar y toman la forma de una lucha contra un hombre, o varios hombres, en el hogar. De lo que se trata es de encontrar formas de desindividualizar estas luchas y fortalecer la organización colectiva allí donde esta existe.

Más allá de las cuestiones de organización, empero, debemos reconocer que casi todas estas cuestiones que preocupan a las mujeres implican sentimientos profundamente arraigados y complejos. Los recortes, por ejemplo, suelen afectar a las guarderías, los hogares y los hospitales que atienden a personas que, de otro modo, serían atendidas por sus familias. Las socialistas se oponen al cierre de estas instituciones: cuidar a familiares dependientes en casa puede suponer una carga intolerable y no hay ninguna razón por la que esto deba ser un trabajo no remunerado de las mujeres. Al mismo tiempo, debemos reconocer que el hecho de que el Estado cuide de nuestros familiares a menudo implica sentimientos profundamente ambiguos, como la culpa por admitir que hay límites a nuestro amor y nuestro cuidado, amén de la ansiedad por la mala calidad de la atención. Por estas razones, es poco probable que consignas como «nos negamos a soportarlo» movilicen a muchas mujeres. En este tipo de situaciones, necesitamos encontrar formas de organizarnos que no pisoteen nuestros sentimientos, que afronten y superen las contradicciones.

Estos son solo algunos ejemplos de los problemas y posibilidades inherentes a la lucha de las mujeres. No hemos escrito sobre otros tipos de escenarios porque da la casualidad de que en este momento ninguna de nosotras es adolescente, ni pensionista, desempleada o negra. Intuimos que todos estos y otros grupos de personas se plantean preguntas similares, preguntas sobre cómo desarrollar formas adecuadas de lucha que se basen en los puntos fuertes de sus propias tradiciones de organización, ya sean formales o informales, y reflejen con precisión su difícil situación.

En los debates sobre la primera edición de *En y contra el Estado* ha habido quien ha señalado: «Habéis presentado una serie de tácticas para la lucha cotidiana, pero ¿dónde está vuestra estrategia para la transición al socialismo?».

No tenemos una estrategia que ofrecer, ni es apropiado que la tengamos. Pequeños grupos de socialistas dedican demasiado tiempo a intentar idear estrategias de forma aislada. No necesitamos una «línea». Lo más importante es desarrollar un sentido tentativo de los principios —sensible a las diferentes y variadas experiencias del capital y el Estado— que pueda ayudar a aquellos de nosotros que nos sentimos atados a las relaciones opresivas del capitalismo a elegir colectivamente formas de oposición cotidiana al mismo. Las directrices ya existen, las hemos sacado de nuestra historia reciente.

AFERRÁNDONOS A LO QUE HEMOS APRENDIDO

No debemos abandonar la comprensión del capitalismo y el Estado que adquirimos con tanto esfuerzo durante las décadas keynesianas. A medida que la crisis se agrava y muchos socialistas piden un retorno a la política tradicional del movimiento obrero, una unión al Partido Laborista, un retorno

a la industria, debemos aferrarnos a lo que hemos aprendido en el movimiento okupa, en el movimiento feminista, en acciones tan diversas como Rock Against Racism y las publicaciones comunitarias. En particular, hay cuatro puntos cruciales.

1) *La práctica socialista debe estar arraigada en la propia experiencia de las personas.* Lo que hemos aprendido, especialmente del movimiento feminista, es que nuestra lucha es más fuerte cuando se basa en una comprensión compartida de lo que lleva a las personas a luchar en primer lugar, cuando nuestras formas de acción se corresponden con las necesidades personales de los implicados. También hemos aprendido que prestar atención a las complejidades y contradicciones de la vida de las personas será, a largo plazo, una fuente de fortaleza. Las opiniones y los sentimientos de las personas no pueden simplemente descartarse como «falsa conciencia». A menudo hay razones coherentes y plausibles por las que las personas recurren a la medicina privada o quieren comprar su vivienda social. A menos que escuchemos estas razones y las tengamos en cuenta a la hora de formular un enfoque socialista de la asistencia sanitaria o la vivienda, según sea el caso, es muy improbable que podamos construir un movimiento de masas.

Hemos estado diciendo que el Estado capitalista individualiza a las personas, que niega el hecho de que tenemos un problema común y, al hacerlo, socava nuestra fuerza colectiva potencial. Tenemos que aceptar, entonces, que las personas están divididas. Las personas son racistas y sexistas, a menudo nos culpamos y luchamos entre nosotros en lugar de contra el capitalismo y quienes lo controlan. No podemos descartar a las personas por volverse unas contra otras, a los jubilados por odiar a los punks, o a los punks por odiar a los jubilados. Tenemos que encontrar formas de integrarlos en una lucha común.

2) *El socialismo no se puede construir sin una perspectiva de lo que es posible.* En el pasado a veces hemos pensado que si explicamos a las personas que sus problemas se deben a que viven en una sociedad capitalista, eso bastará para que se comprometan con el socialismo. No obstante, cada vez está más claro que el compromiso de la gente para luchar está relacionado en parte con la capacidad de ver una salida. Lo sabemos por nuestra propia experiencia: son los atisbos de cómo *podría* ser —obtenidos en muchas de las «alternativas» de finales de los sesenta y principios de los setenta— lo que nos mantiene en marcha. La cruda realidad es que, para la mayoría de la gente, el socialismo no significa nada mejor que el monolito de la Rusia soviética o la monotonía del Estado de bienestar en mayúsculas. No es de extrañar que no tenga mucho atractivo popular.

En este momento es la derecha radical la que lleva la voz cantante en lo que respecta a los «nuevos valores». Mientras tanto, para la mayoría de la gente, el socialismo se asocia con la defensa del *statu quo* de la posguerra. No tiene por qué ser así. Los socialistas podrían dejar de tener miedo a pintar un cuadro de lo que quieren ver, por temor a ser acusados de utópicos o poco realistas. Tenemos que hablar de aquello por lo que estamos trabajando: una vida en la que podamos librarnos del miedo a la guerra, en la que tengamos tiempo para nosotros mismos y para las personas que queremos, en la que podamos vivir en lugares sin contaminación y en casas sin aglomeraciones, comer buena comida y disfrutar de buena salud. Sabemos lo que queremos tener: una sociedad en la que cada persona pueda ser valorada por igual y tener el mismo control, y es necesario explicarlo con detalle, imaginarlo, hacerlo realidad. La forma más tangible de hacerlo es a través de las relaciones que decidimos construir en nuestras luchas actuales. Podemos valorar y enfatizar aquellos aspectos de nuestras luchas que prefiguran y comienzan a construir el tipo de mundo que queremos.

Una campaña hospitalaria, por ejemplo, no tiene por qué ser una mera defensa retórica de una institución que la gente nunca sintió realmente como propia. Las ocupaciones hospitalarias se han convertido en oportunidades para probar nuevas formas en las que los trabajadores de diferentes tipos, o trabajadores y pacientes, o trabajadores y comunidad, puedan relacionarse entre sí, esbozando cómo podría ser. Además, mucha más gente estará dispuesta a apoyar con su fuerza una lucha de este calibre.

Nos parece claro que el socialismo solo se construye en el curso de la resistencia. Nuestras propias formas de hacer las cosas solo pueden desarrollarse a medida que deshacemos las relaciones del capital. Pero la resistencia es más que la negativa a ser dominados. También se trata de afirmar positivamente cómo podrían ser las cosas. Durante demasiado tiempo, los socialistas hemos guardado silencio sobre el *porqué* de todas nuestras luchas. Debemos romper ese silencio.

3) *Toda nuestra vida está sometida al capitalismo.* En la última década hemos aprendido que lo personal es político. Hemos descubierto que la dominación capitalista penetra en todos los aspectos de nuestras vidas: las escuelas, los hospitales, la ley, la tecnología, lo que comemos, incluso el aire que respiramos. A través de los sistemas entrelazados de la supremacía masculina, la dominación racial y la autoridad religiosa con las estructuras opresivas del capitalismo, las relaciones domésticas más personales se ven deformadas. No hay ninguna zona libre de política.

Esta idea es fundamental para hacer política. Nuestra preocupación ya no es simplemente eliminar las injusticias y las anomalías. Ni siquiera se trata de escándalos e historias de horror. No necesitamos buscar casos extremos de brutalidad policial o niños hambrientos para demostrar los males del

capitalismo. Podemos simplemente recordar experiencias cotidianas de opresión. Nuestra lucha consiste en la oposición diaria a la *condición normal de las cosas*.

4) *El socialismo consiste en transformar las relaciones de poder, no en capturar el poder.* Una cosa segura que hemos descubierto de todos los ejercicios de «participación» de los años keynesianos, ya se tratara de inquilinos cooptados para el comité de vivienda, de la federación sindical (*Trades Union Congress*, TUC) sentada a la mesa con el gobierno o de diputados laboristas de izquierda elegidos para el parlamento, es que meter a «nuestra» gente en «sus» estructuras rara vez nos reporta los beneficios que esperábamos. Peor aún, de formas complicadas y sutiles, lo que hace es reforzar de alguna manera nuestra impotencia y confundir nuestra lucha. Por muy excelentes que sean las credenciales socialistas de las personas que han ocupado un lugar en estas estructuras, solo han podido tener impacto cuando han desafiado sus términos de referencia o formas de organización.

Lenin decía que el poder era una cuestión de «quién/a quién». Hemos aprendido que esto no es del todo cierto. No se trata solo de *quién* domina *a quién*: se trata más bien de *cómo*. O, mejor dicho, la cuestión de quién domina no puede separarse de la forma de dominación.

El poder se mantiene en nuestra sociedad no porque haya personas desagradables en el control cuyos intereses no son los nuestros, sino porque las *relaciones de control* han sido moldeadas por el capital a su imagen y semejanza. Nuestra lucha es, por lo tanto, en parte la afirmación de nuestras propias formas de hacer las cosas, formas que están arraigadas en la experiencia vivida por las personas en lugar de traicionarla, formas que fortalecen en lugar de minar la confianza de las personas, y fomentan la colectividad en lugar del individualismo.

Lo esperanzador de los últimos diez o quince años es que hemos tenido algunas experiencias muy positivas, además de negativas, en esta cuestión del poder. Por ejemplo, los ocupantes ilegales pusieron sobre la palestra la indigencia no mediante la incursión de su representante electo en la comisión de vivienda del ayuntamiento, sino con acciones prácticas que cuestionaban las relaciones de propiedad en sí mismas, rebatían el hecho de que el valor de las casas proviene de su estado de desocupación y afirmaban, en cambio, que reside en su potencial de uso.

A veces se dice que las mujeres no tienen poder porque no están bien representadas en los sindicatos, en los partidos o en el parlamento. Y, por supuesto, esto es en parte cierto. Pero el movimiento feminista no buscaba escaños en la Cámara de los Comunes porque las mujeres estaban encontrando un sentido diferente del poder, su propio poder. Nos dimos cuenta de que nuestra opresión se debe en parte a la forma en que nos han separado a unas de otras y que el primer paso para luchar contra ello es reafirmar nuestra propia colectividad.

El proceso en el movimiento por la salud ha sido similar: hemos ganado fuerza para enfrentarnos a los expertos compartiendo nuestra experiencia personal, aprendiendo sobre nuestros propios cuerpos y descubriendo patrones comunes en nuestras enfermedades y nuestras interacciones con el servicio de salud.

En cada una de estas situaciones hemos logrado avances positivos, no por «ganar poder» en un sentido formal, sino por tomar cierto control, contraponiendo nuestras formas de organización a las suyas. A partir de experiencias prácticas en la lucha, y no solo de sueños utópicos, hemos llegado a la conclusión de que debemos forjar nuestras propias formas de organización. No solo porque es más agradable, sino para ganar, para desafiar y erosionar el poder del capital sobre

nuestras vidas. Y no solo para derrotar al capital, sino para construir el socialismo, porque una lucha librada a nuestra manera es el único punto de partida posible para un mundo en el que podamos vivir según nuestros propios términos. El futuro debe ser nuestro, no suyo, y debemos construirlo ahora.

Índice

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN	3
PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN	9
1. EN EL ESTADO	11
Nuestra experiencia con el Estado es contradictoria	13
Profundizando en las contradicciones	15
Trabajando en los autobuses	24
Trabajadores de centros de asesoramiento	32
Profesores	39
Trabajadores del Consejo de Salud Municipal	46
En el partido laborista	52
2. EL CONFLICTO	61
Los tabús del sexo y la clase.	71
La necesidad de nuevas maneras de defenderse	73
3. ENTENDER EL ESTADO CAPITALISTA	77
Nuestra experiencia recae en el mito del Estado de bienestar	77
Un Estado capitalista en una sociedad capitalista	79
¿Qué hace que un Estado sea capitalista?	82
Los dos sentidos del «Estado»	85
4. CRISIS	91
¿Por qué es inevitable la crisis?	92
Keynesianismo y la crisis actual	96
Desafiando al capital	103
El nuevo ataque	107
5. CONTRA EL ESTADO	111
¿Qué tipo de lucha?	115
Contraorganización material	117
Relaciones significa sexo y raza	121

Decepción en los partidos	122
Frustración en los sindicatos	126
Cómo puede funcionar	129
Luchas autónomas	131
6. POSIBILIDADES DE OPOSICIÓN ACTUALES	133
Elementos comunes	147
La necesidad de nuevas estrategias	148

POSEACIOS

1. VIVIR EN CRISIS	161
2. EL NUEVO MODO DE DOMINACIÓN	169
Monetarismo	171
«Reducción del Estado»	174
De la incorporación a la exclusión	179
Nuevas formas de dividirnos y desorganizarnos	182
Represión	188
3. RABIA, RESISTENCIA Y SOCIALISMO	195
Avanzando hacia el socialismo	195
El contraataque	198
La izquierda no ofrece respuestas	201
El vaciamiento de nuestra fuerza	204
Búsqueda de nuevas formas	210
Aferrándonos a lo que hemos aprendido	214